

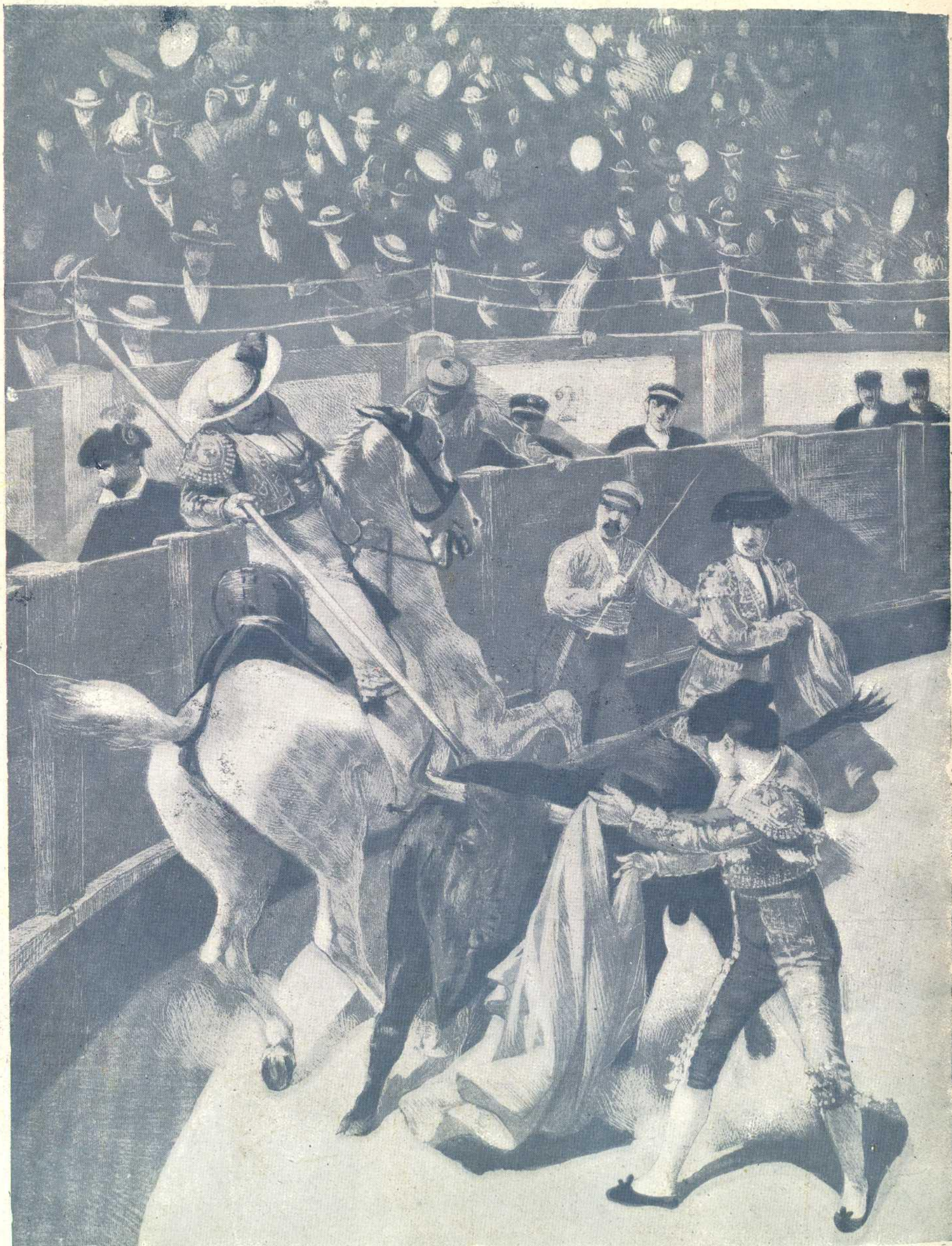
SEMANAL DE MARCHA
SUPLEMENTO TAURINO

El Ruedo

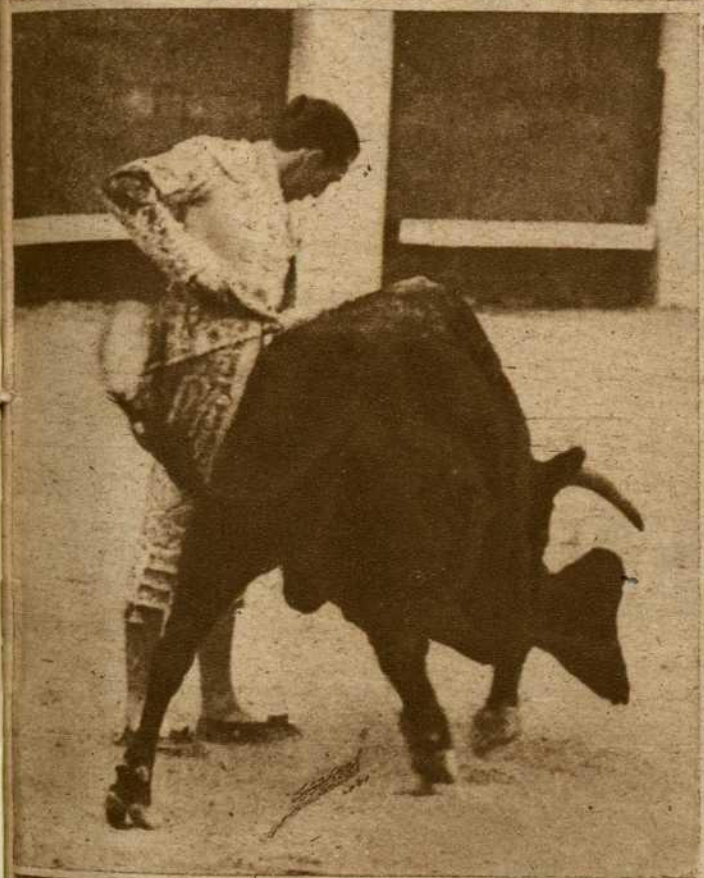
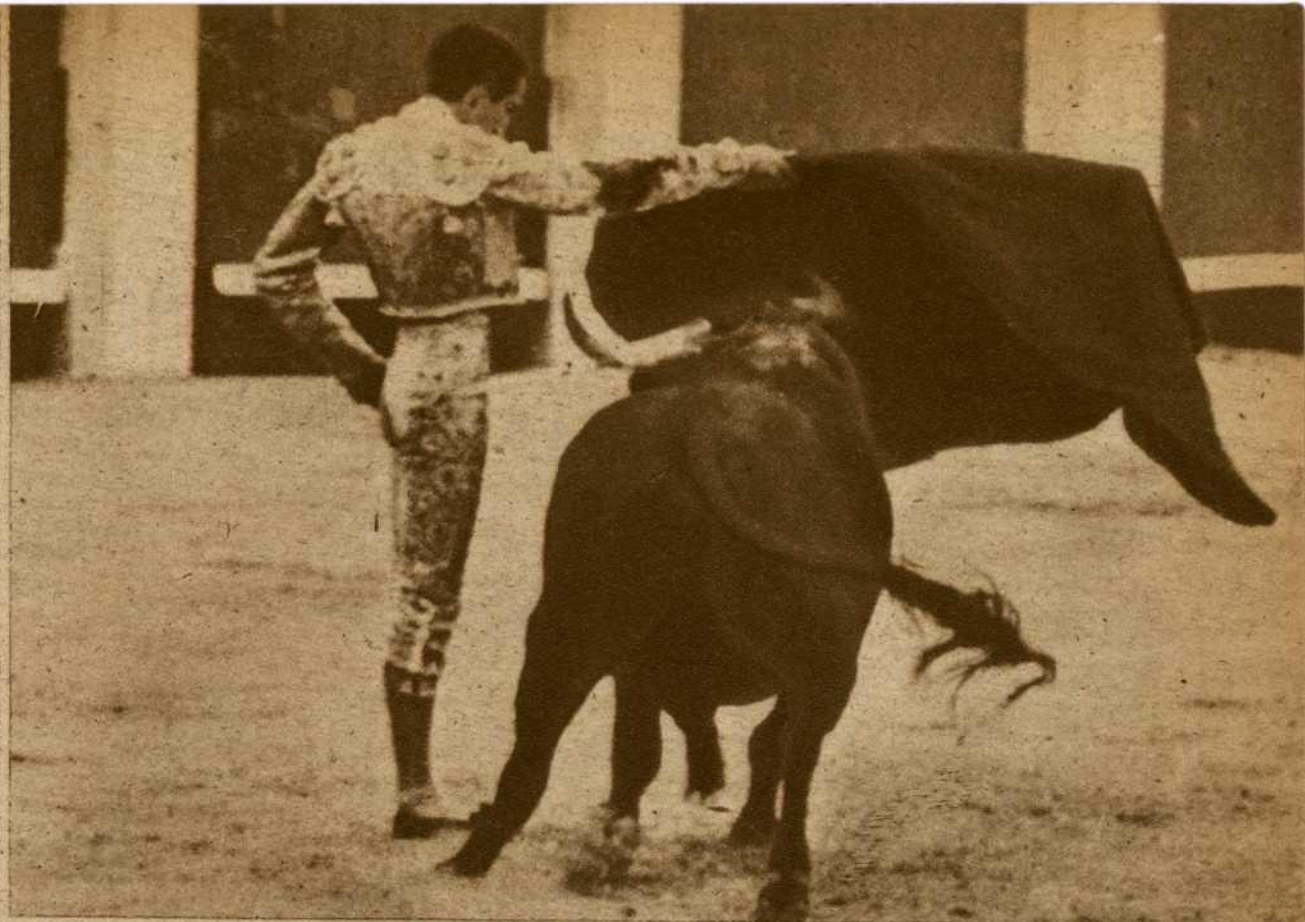
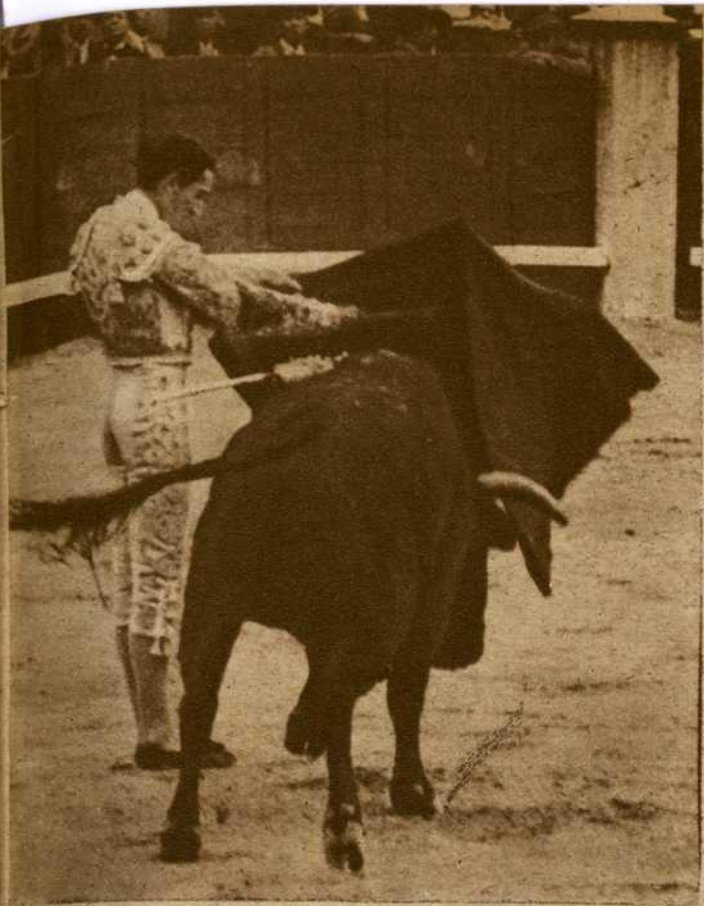


1⁵⁰
PES

JAAYEDRA



Echando al toro por delante

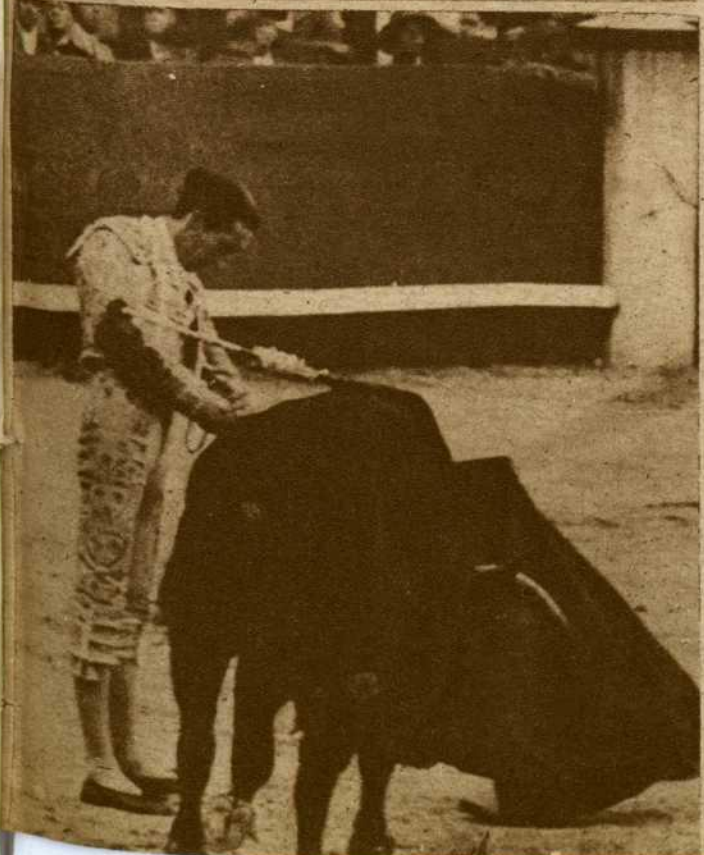


El Ruedo

EL JUEVES, EN MADRID

Manoíete, durante la faena de su primer toro en la corrida del Sindicato del Espectáculo

(Fots. Baldomero y Mari)



EL LAPIZ EN LOS TOROS

Por ANTONIO CASERO

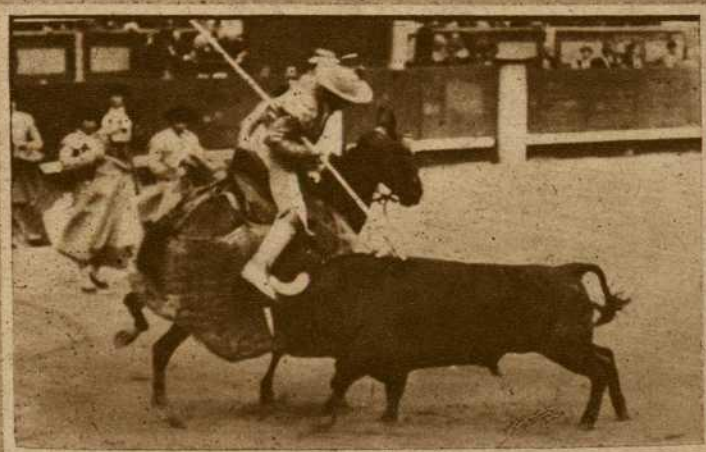
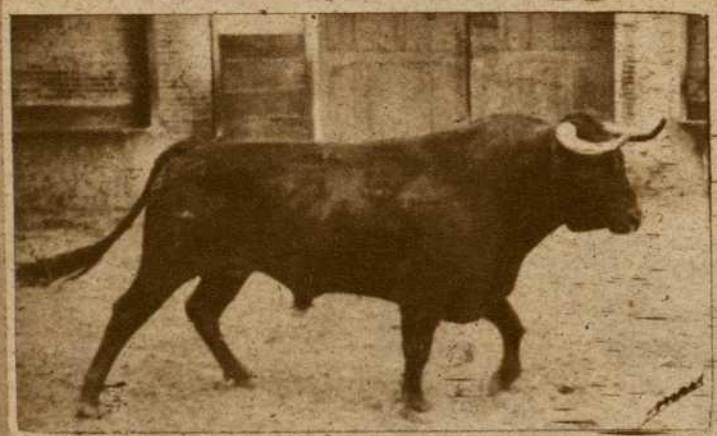


Cañitas toreando, sentado en el estribo, a su segundo toro

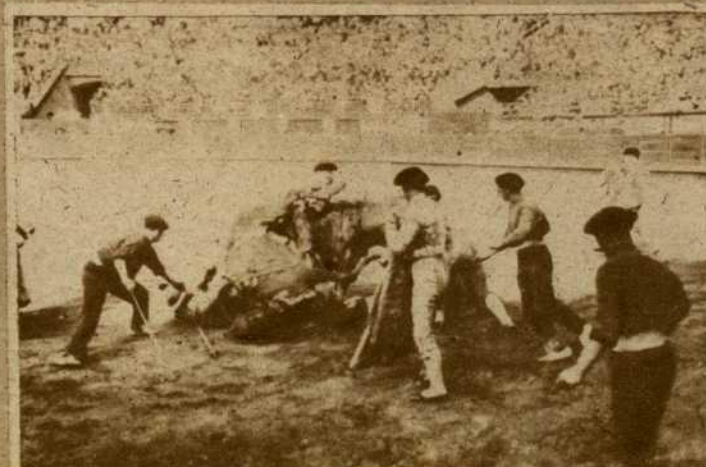
Dominguín iniciando la faena que llevó a cabo con su primer toro

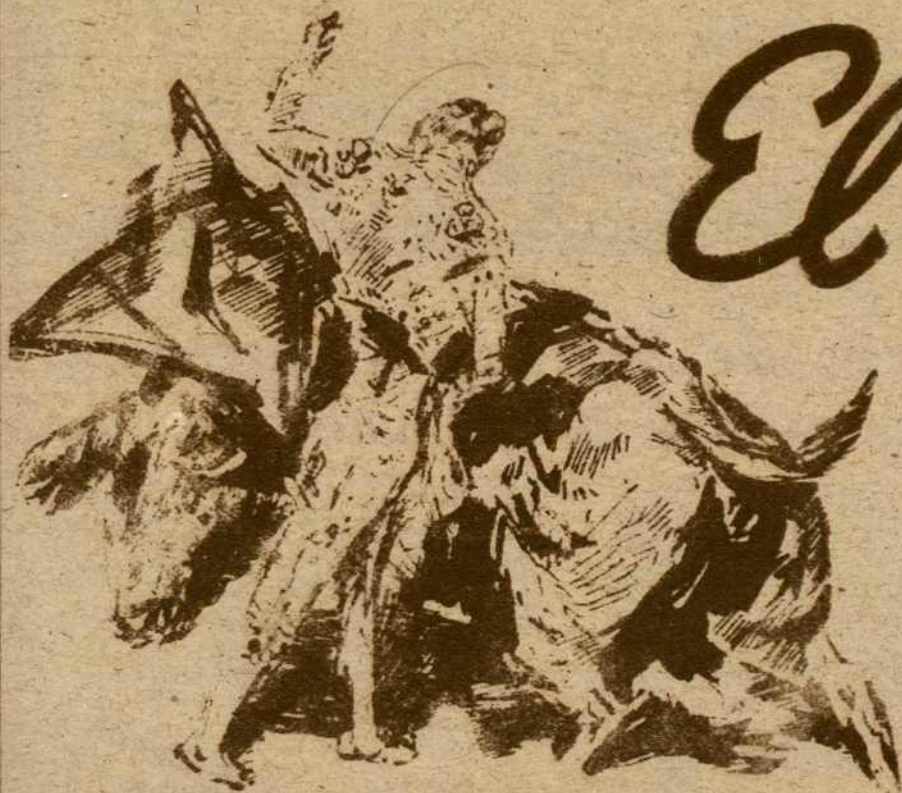


TOROS de don Graciliano Pérez-Tabernerero



HIERRO DE LA GANADERIA





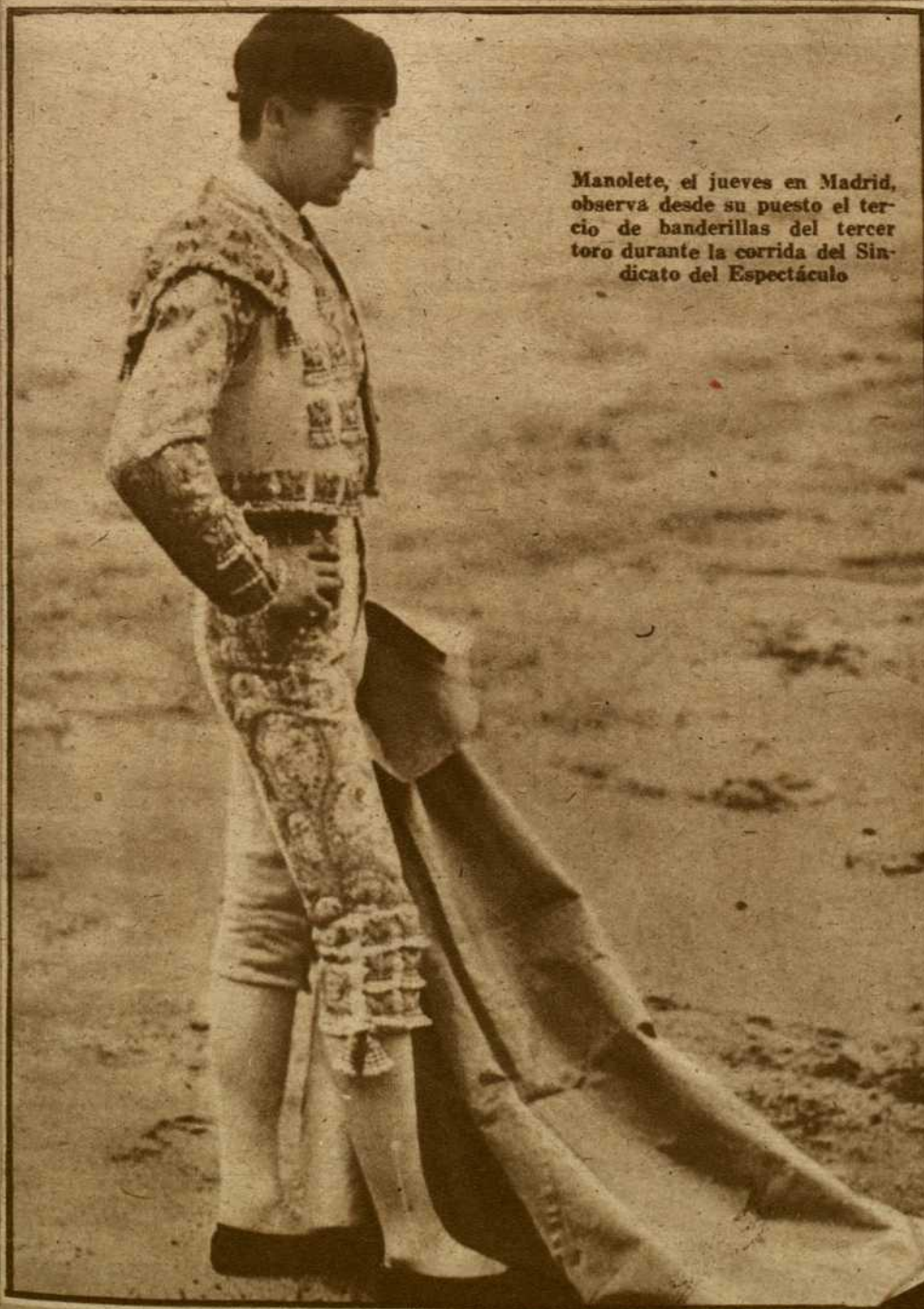
El Ruedo

Suplemento taurino de MARCA

Año 1 - Madrid, 3 de octubre de 1944 - Núm. 16

PREGON DE TOROS

Por JUAN LEON



Manolete, el jueves en Madrid, observa desde su puesto el tercio de banderillas del tercer toro durante la corrida del Sindicato del Espectáculo



Pesar las reses en vivo no es, precisamente, una obra de romanos; todo lo más, sería de romanos. Si, además de pesarlás, los resultados se hicieran públicos, como con acierto me decía en carta un aficionado valenciano, no habríamos encontrado sin excesivos sacrificios ni dificultades la solución de muchas cosas.

Porque bien cerca está la corrida del Sindicato Nacional del Espectáculo, que muy bien pudo haber naufragado a causa de los toros... chicos. Sólo el celo de las autoridades y la presencia de Manolete en el cartel evitaron no ya una suspensión, sino que esa humanitaria sección de Obras

Asistenciales de dicho Sindicato se viera privada de uno de sus principales ingresos, de no haberse llenado la Plaza. Por cierto, que esta corrida benéfica va tomando ya categoría, y este año la ha adquirido de un modo excepcional, además de por sus resultados en sus aspectos económico y artístico, porque ha servido—parece que ha servido y bien quisiera no equivocarme!—para plantear la cuestión "toro". Y más todavía para que nos enteremos de quiénes son los causantes de que los toros sean excesivamente pequeños y excesivamente jóvenes.

Una campaña más o menos solapada a veces, y absolutamente descarada otras, señalaba acusatoriamente al diestro cordobés. Los demás diestros, fuera o no cierta la acusación de la campaña, cabalgaban a gusto en el machito. Cuando sus toros se caían, muchos se cruzaban de brazos y dirigían sus miradas al público, como diciendo: "¿Ven ustedes? El toro se cae, pero la culpa no es mía. ¿Qué le voy a hacer yo?"

La pasión desbordada del público irritado produjo en más de una ocasión espectáculos bien poco agradables, y Manolete precisó de toda su seriedad, de toda su honradez profesional y de todos los innegables recursos de su arte para saltar por encima de aquellas pasiones. Renunciar a una vuelta al ruedo, arrojar una oreja debajo del estribo o escuchar una gran ovación, agriada con iracundos gritos de protesta, fué todo.

Pero resulta que Manolete ha manifestado, según se asegura en las páginas cotidianas de "El Ruedo", que publica MARCA, que a él no le importan los toros grandes, ni los toros viejos, ni los toros incómodos. Y como, según se desprende de esas mismas declaraciones y de otras que personalmente conozco bien, al agudo cronista de Cifra Santos Alcocer, el diestro de Córdoba está dispuesto a todo para descolgarse el "sambenito" que le colgaron, es muy posible que la temporada próxima empecemos a ver TOROS.

Y si empezamos a ver TOROS, necesariamente tendremos que ver, de paso, quiénes son los llamados y quiénes los elegidos.

Claro que, con auténtico dolor, proclamamos que, en estas fechas, con los mismos toros chicos que estamos viendo, los sanatorios de toreros tienen bastantes y desdichadas taras que cumplir: unos mueren, otros son sometidos a tremendas amputaciones, y otros languidecen en una lenta curación, que les dejará inútiles para ejercer su arriesgada profesión.

Todo hay que decirlo.

La corrida del domingo en MADRID



Seis toros de Claudio Moura, de Portugal, para Carlos Vera (Cañitas), Domingo Dominguí y Angel Luis Bienvenida

RESEÑA



Cañitas antes de la corrida

Lleno en sombra y más bigado el sol. Tardes magníficas. Preside el señor Caruncho. Cuatro toros de Moura y dos de Pinto Barreiro para Cañitas, Domingo Dominguí y Angel Luis Bienvenida.

Primero. — Terrible y manso perdido. Cañitas lancea. Huye de las varas y se condena a fuego. Un par y tres medidos. Cañitas lo alfia con brevedad y mata de un pinchazo y una estocada. (Algunas palmas.)

Segundo. — Cardeno y flo. Dominguí lo recibe de rodillas y luego da dos verónicas aceptables. Toma dos refilonazos y tres varas con apuros. Tres medios para Domingo brinda al doctor Jiménez Guinea y comienza con dos pases de rodillas. Tres pases por alto. (Olas.) Haras en redondo y molineta, que se aplauden. Entrando bien, un pinchazo y una estocada que mata. (Ovación, vuelta y saludo.)

Tercero. — Berrendo, astifino y manso. Cuatro varas y dos pares y medio. Bienvenida pasa por bajo. Dos pases altos. Sigue trastean-do sin relieve. Media ladeada y da la lateral. Un mal pinchazo y media estocada. (Algunas palmas.)

Cuarto. — De Pinto Barreiro. Cañitas lancea valiente y oye aplausos. Cinco varas. Quite del mejicano por verónicas. (Muchas palmas.) Dominguí capote a su espalda, se echuchada. Cañitas quita por chulinas y remata con una larga frascada. Coloca un par al cuartero. (Olas, mejor.) (Applausos.) Pone delante el toro, pero y todos pugnan por arrancarlo hasta la muerte. En el intermedio, Cañitas da tres pases sentado en el estribo. Dos por alto, ocure un palotazo. Tironea a la banderilla. Tres altos. Más intentos de pesca y trapazos. Un pinchazo y un golletazo. El toro dobla y le arrancan la bebidilla. (Pitos.)

Quinto. — Huido y manso. Dominguí lancea mal. Su lidia es acrobáticamente mala, cayendo cinco varas en el toro. Dos pares de banderillas. (Una voz: "¿Qué dirán los revisteros?" Lea, lee...) Dominguí muletea mal y desconfiado. Un pinchazo y media estocada volviendo la cara.

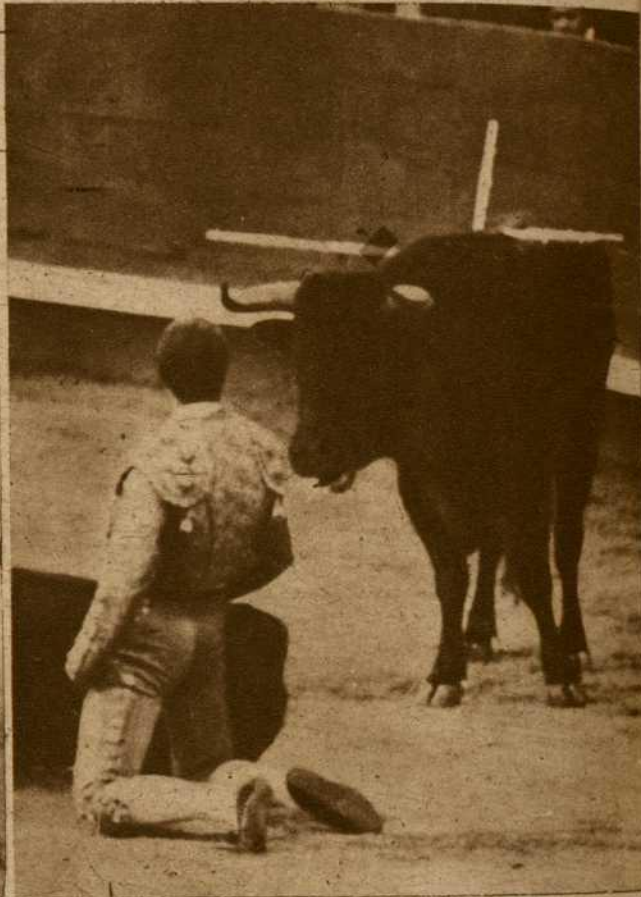
Sexto. — De Pinto Barreiro. Muy pequeño. Angel Luis lancea de cualquier modo. Peor lidia aún. Varas y refilonazos sin control. Un par y dos medidos. Bienvenida comienza por bajo y tironea del toro de aquí para allá. Se desconfía y no hace nada. Se arroja un capatán; jorncillo. Cuca lo detiene y lo ebuchean. Angel Luis sigue muy mal. Mata de un pinchazo malo y una estocada de cualquier modo. (Brava.)

Angel Luis sale de la Plaza en pleno griterío y demás.

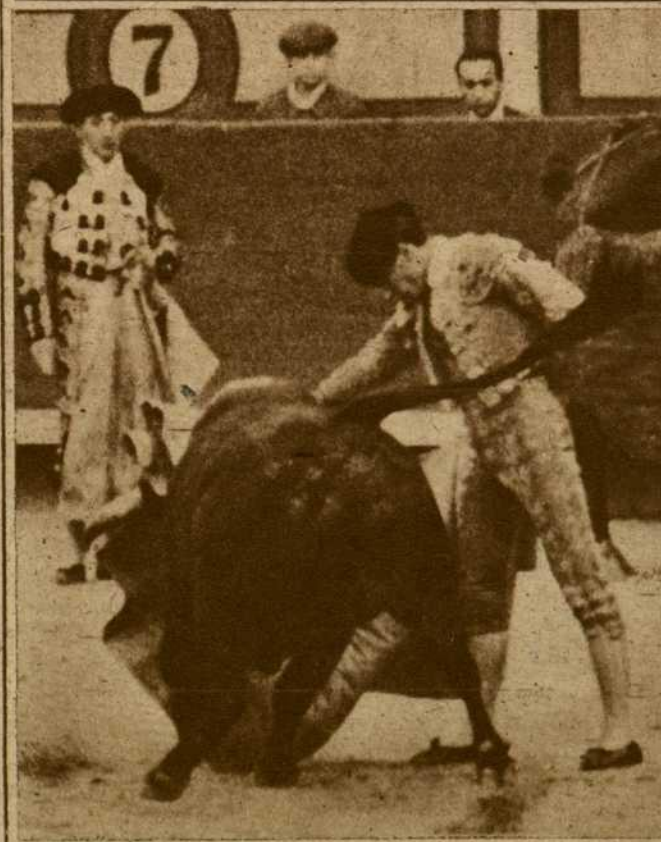
Peso de los toros: 410, 410, 447, 495, 479 y 400 kilos, respectivamente.



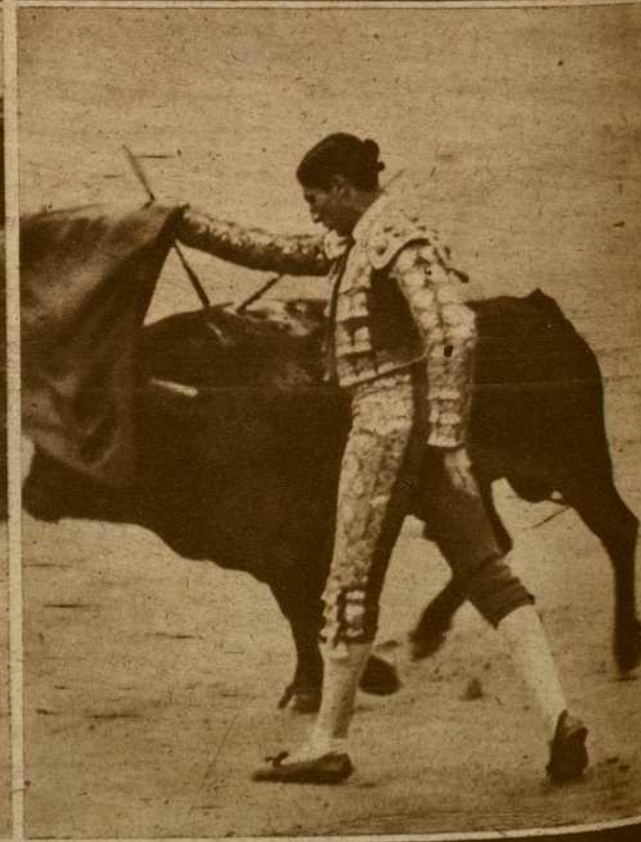
El mejicano Carlos Vera, Cañitas, toreando por verónicas



Domingo González Dominguí en un adorno de rodillas



Dominguí toreando de frente por detrás a la salida de un quite



Un pase por alto de Angel Luis a su primero (Fots. Baldómero.)



Angel Luis con Checa

DESPUES DE LA CORRIDA

HABLAN LOS TOREROS



Cañitas espera el toro de clarín

CAÑITAS

Si es un alivio para él que pase por una hora adversa ver y oír que hay quien se duele de ella, al torero mejicano no le faltaron motivos para experimentar cumplido consuelo.

En poco tiempo, Cañitas se ha granjeado numerosas amistades, que al concluir la corrida fueron a testimoniarse su afecto. Los comentarios rezumaban acritud contra el mal resultado del ganado. Otros versaban acerca del tercer

opinara que estetero, el mejor del lote del mejicano, se malogró por el exeso y defectuoso estigo infligido por los señores del castoreño.

En tanto, Carlos Vera, inmóvil en el lecho, acogía los comentarios con un gesto de muda pesadumbre.

Al fin rompió el mutismo para decirnos:

—Está visto que la buena voluntad se estrella ante la adversidad! Díganme si no es mala suerte que tras un manso de media arrancada, me haya salido un toro que fué a peor y llegó a la muleta quedado y muy peligroso por el lado derecho.

Hubo de interrumpir el diestro su alegato para atender una llamada telefónica de su apoderado para Portugal. Cañitas rehusó las ofertas de torrear en el vecino país por coincidir con compromisos adquiridos con las Empresas de Jerez, Ubeda y Cádiz.

DOMINGO DOMINGUIN

Como siempre, mucha gente en el domicilio del señor Domingo González. Solicitar una tregua entre el clamor de las conversaciones, para que Domingo nos atendiera, nos resultaba empresa imposible de acometer.

La fortuna vino en nuestra ayuda en forma de un requerimiento telefónico hecho al torero. Por estar el aparato en otra habitación, salió Domingúin de la estancia y nosotros tras él. Y antes de que se reuniera con el conclave amical, le interrogamos:

—¿Qué juicio te mereció tu primer enemigo?

—Se trataba de un toro manso, al que para aprovecharle

fué menester torrearle en terreno difícil; de lo contrario, me arrian cada no se hubieran producido.

—¿Contento entonces con el resultado obtenido?

—Sí, si se tiene en cuenta que para hacerle tomar la muleta había que ahogarle, apurarle en una palabra, y sucede que cuando se tienen que forzar los paseos, éstos no suelen salir con la limpieza deseada.

—¿Qué nos dices del quinto de la tarde?

—Los toros que, como acaeció con éste, carecen de lidia, resultan los más molestos para el torero. Sin llegar a peligrosos, presentan el inconveniente de que no se les puede sacar lucimiento posible.

—¿Cómo te encuentras, teniendo en cuenta que hoy toreabas por segunda vez después de tu último percance?

—Te contestaré un poco en geometría. Yo creo que el torero tiene un algo de cálculo geométrico. Después de dos cornadas en una misma temporada, por mucho o que se desee evitar, no siempre se consigue al principio que la línea recta, deje de serlo para asemejarse a los trazos curvos.

—Pues, como la distancia más corta entre dos puntos—torero y toro—es la recta, mantente en ella, que para algo dominas la geometría taurina.

ANGEL L. BIENVENIDA

Mientras el mozo le iba deslizando, el menor de la actual dinastía, fundada por Manuel Mejías Luján, se tendió en la cama sin proferir palabra.

Conferencia desde Hellín, y Antonio al aparato. Desde la ciudad albaceteña, Pepe da cuenta del éxito que acaba de obtener y reclama noticias de la corrida de Madrid.

—Antonio dice a su hermano:

«La corrida ha resultado muy mansa, con todas las características de los

bueyes: gazapones, medias arrancadas y tendencia a la huida. Por ello Angel Luis no pudo lucirse con la muleta ni con el capote, pese a que lo intentó en sus dos toros.»

Concluye la conferencia y corre Antonio a tranquilizar a sus familiares, mientras nosotros, concluida nuestra misión, dejamos paso franco a los primeros visitantes.



Domingúin rodeado de admiradores



Angel Luis y su hermano Antonio

JUICIO CRITICO

MOURA, NO

Todos mis amigos, y creo que mis lectores también—si los hay—, por la lectura de mis pergeños, se habrán dado cuenta que es la primera vez que uso del retruécano. Cárquese esta calamidad más a esa quintesencia del aburrimiento, del tedio, de la somnolencia, que fué la corrida del domingo. Tal castigo no terminó cuando Angel Luis Bienvenida está inclinado bajo el peso de su troceno y bajo la amenaza más perentoria de que le acertase alguno de los proyectiles semi-vidados que ayer levantaron la cabeza, y es que las catástrofes no se sabe en dóz de han de acabar, si es que acaban alguna vez. El domingo, a las seis y cuarto, pareció acabar de mala manera con un espantoso, con la gesticulación del peón Checa, de hincos a momento frente al tendido 5; con el fuego ligeramente granca de botillería y almohadilla y con braca general. Pero no era todo. Cinco minutos más tarde, de camino por la cuesta de Alcalá, el señor Barico, que es un hombre bastante serio, me esperaba como si tal cosa:

—Tenía que salir una «moruchada» infalible.

Cuarenta pasos más allá me entregaban un artículo de colaboración para EL RUEDO, cuyo peso me dislocó el bolsillo toda la tarde. No sé las cosas que habrán sucedido después, porque me metí en casa a la carrera; pero habrán sido terribles. Sé que mucho tiempo después aun no se había desvanecido la «jetatura», porque al ir a escribir, una fuerza desconocida me ha impedido a estampar un «¡Moura, no!» sobre las albas curullas. Ya lo saben ustedes.

Y el caso es que lo del «¡Moura, no!» está más lejos de tener gracia como de ser un desatino para resumir una corrida lamentable. En su rotundidad, brevedad y firmeza van implícitas las millares de vejaciones que habría que formular apesillando lo que se vio o lo que no se vio en la Plaza. ¡Qué «touras», cinco tanto! Busyes como para haber acabado la pólvora de todas las banderillas de fuego que en el mundo han sido. Moncs, quedados, sin arrancada, derrochando echardiz y no buena intención, cuando la huida les era imposible. Ante los cuatro ejemplares de distinta capa—negro, cárdeno, berrendo y sciponado—que hemos padecido, el «¡Moura, no!» es tanto un resumen, como una aspiración, como una bandera a defender. Apenas el segundo se salva, pues si es verdad que llegó a la muleta como un bote, lo hizo con tal ausencia de gracia, con tal ssera tan entregado a lo irremediable y a congraciarse con el torero como para que lo perdonase, que doba asco verlo. Lo mejor que hizo Domingo Domingúin fué matar a aquel bicho de una gran estocada, por la estocada y por quitarnos de delante aquella cveja triste.

Para apuntalar dos benditos huecos de la «tourada» se apeló a dos de Pinto Barreiro, que no en bumo y apenas se regular

mejoraron aquello increíblemente. Pero entonces fueron los toreros los que se empuñaron en torrear de «Moura», y todo se fué abajo—los silbidos, el descontento y otras cosas más graves—, hasta cuajar en la peor corrida del año y de no sé cuántos años. Los tercios de varas fueron no ya malos, sino de aquilarte y, al parecer, por unidades: el conca general, los matadores...

Si decimos que Cañitas estuvo menos torero que nunca, más embarullado y desgraciado que siempre y que su valor sufrió una merma del sesenta por ciento y su espectacularidad del ochenta, verán ustedes en lo que se quedó. El primero era muy malo, y lo alifó a tono. Al Pinto Barreiro quiso hacerle cosas y se redujeron a unos lances, dos parás aceptables y un tercero en el testuz. Desde ahí se quebró la lidia, pues pareció que el diestro y su cuadrilla sólo ostendían a arrancar paltraques. Con un intermedio de pases sentado en el estribo y un trazarazo, a qué el juego del arranque. No sé quién advertiría al diestro que aque llo, aun divertido, tenía poco que ver con el toro, y Cañitas optó por matar. Aun para lo esperado, fracasó respetable.

Domingo Domingúin estuvo entre Pinto y Valdemor. Puso voluntad y apretó con aquel segundo msntado con un recuerdo que lo elevó a diez codos sobre sus compañeros. Buenos pases por alto rodilla en tierra y sobre la derecha en redondo. Buen estilo de matar en el pinchazo y en la estocada y buen premio de ovación y vuelta al ruedo. En el otro, flojedad, coxeria y volver la cara al matar. Así, así, se salvó de la quema.

Y vamos con el joven Bienvenida, que estuvo muy mal. A este respecto, hay que contar una cosa, que tenía reservada para una ocasión, fraternal a ser posible. Habían torreado en no sé dónde los tres hermanos por no sé qué vez en la temporada. Un camarero de un bar fronterero y adicto a la casa madre con testaba, de cachecida, por el resultado.

—¿Y los chicos?

—Pues, verá usted. Pepete, muy bien. Oreja en el primero. Vuelta en el segundo. Ha banderilleado estupendamente. Antonio ha estado fino. Le han aplaudido un quite y la faena del segundo. ¡Lástima! Fincho demasiado.

—¿Y Angel Luis?

—Angel Luis, sin novedad.

Vaya por delante que su primera era un buey de pinta y hachos. Y vaya en contra que el último de Pinto Barreiro, pequeño, era toreable. Y que ni lo toró, ni se arrió, lo mató mal y ganó a pulso un fracaso de los que echan da una Plaza de media manera. Claro es que al buey le hizo lo mismo. Sin novedad, que para el año de la alternativa es lo peor que le puede caer a un torero encima.

—Usted, señor Cachetero, dijo no sé qué de un túnel.

—Sí, y ahora digo de no sé qué descarrilamiento y castastro fe. Esto es lo único que digo hoy por debajo del «¡Moura, no!»

EL CACHETERO

BANDERILLAS DE FUEGO

Por ALFREDO MARQUERIE



Cañitas

En la gran mella del 3 es donde enseña la boca de la Plaza la mala dentadura de su entrada.

Siempre hay gente que va por primera vez a los toros y "descubre" que los monosabios "son los que ganan menos y son los más valientes", o grita sorprendida: "¡Ahora salen esos que van a pedir la llave!"

Pululan los espectadores en los tendidos con los mismos movimientos de las preparaciones vivas en el microscopio.

Hay ahora unos pendientes que parecen hechos con plumas de sombrero de alguacillillo.

Domingúin saca un capote de paseo maravilloso, un capote de escaparate y de exposición, y luego nos da la gran sorpresa con un toro imposible.

Lo más difícil es eso que hizo Domingúin: torrear a un manso, y, sobre todo, buscar y elegir el terreno para poder hacerlo.

Cañitas pasa el tiempo diciendo que no con la cabeza y hablando en el callejón con un señor de un burladero. Parvacia un orador de mitin echando un discurso.

Todo lo pierde Cañitas: caen sobre la arena el pafuelo, un lazo de la zapatilla, y también se le van, y vuelan, el estoque y la muleta. Pero la cabeza, esta vez no la perdió. Fué prudente.

Angel Luis llevaba un traje grana precioso. Y un espectador le dijo, aludiendo a su inmadurez: "En la próxima corrida debes salir de verde."



Angel Luis

¡Vaya un lío en el ruedo! Era como si de un manotón se hubieran derribado sobre el tablero las ordenadas piezas del ajedrez taurino.

¡Banderillas de fuego! Esta sección se hace capicúa. Y lo curioso es que el toro foguado echaba humo por la boca. ¿Quién nos explica ese misterio superparralesco?

Ante el tercer buey de la tarde, pensamos: "Es un cabastro escapado de los corrales."

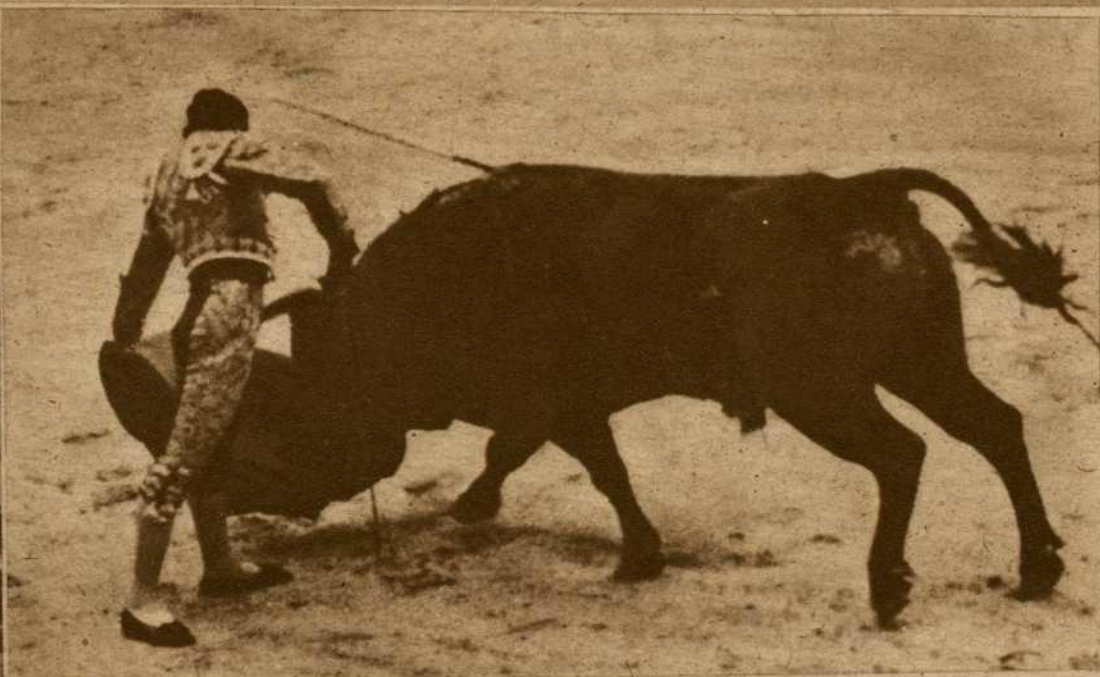
Desde la barrera probaban todos a quitarle una banderilla al toro, como si jugaran a la ruleta.

Los corneados petos se convertían en sofás revoltados.

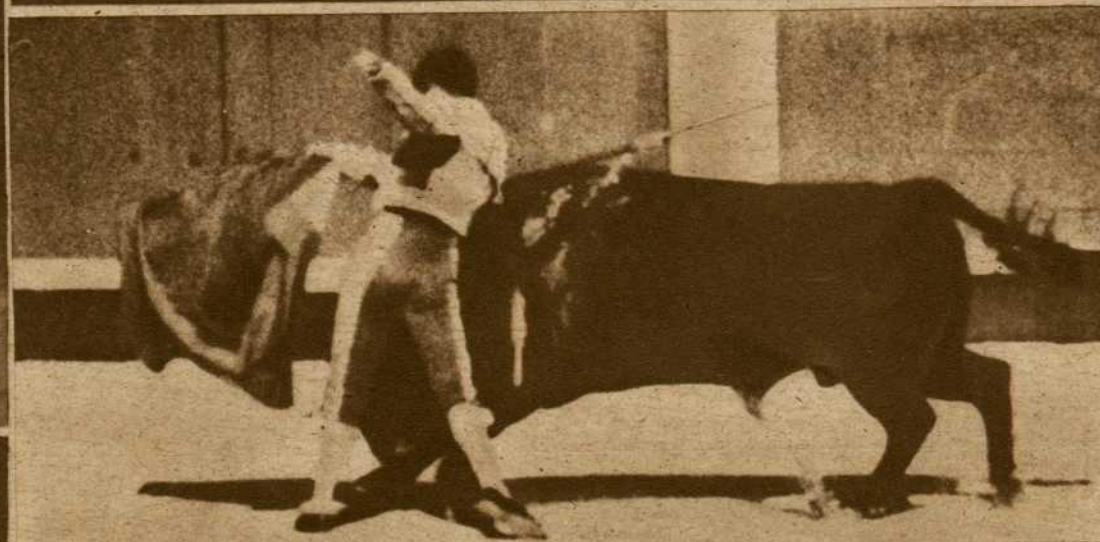
LA CORRIDA DEL SINDICATO DEL ESPECTACULO



Rafael Vega de los Reyes, que tuvo una buena tarde en la corrida del Sindicato del Espectáculo



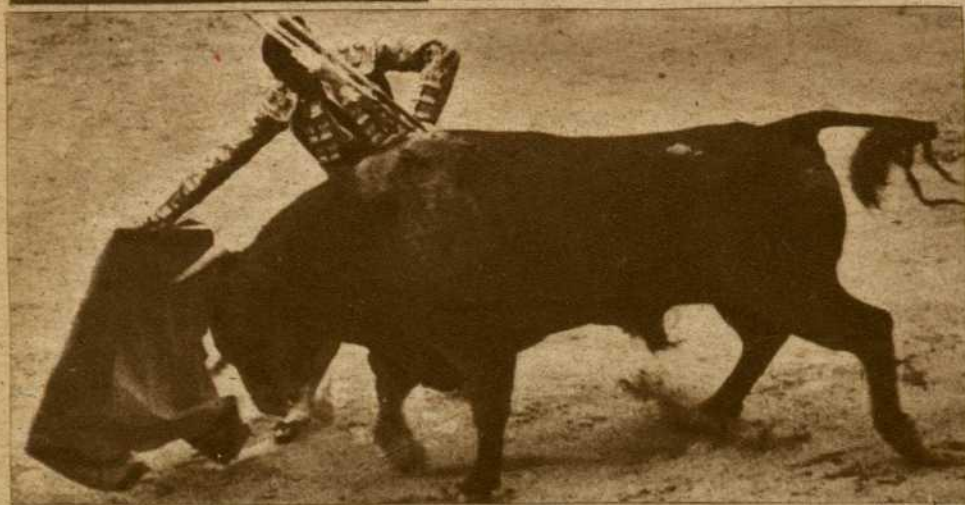
Quietas las plantas, corriendo bien la mano y llevando bien toreado al toro, dió Gitanillo de Triana magníficos naturales. Giraba únicamente la cintura a compás de la embestida del toro y el lidiador cargaba la suerte a la perfección



Un buen muletazo por alto de Rafael Vega de los Reyes al toro lidiado en cuarto lugar



El cordobés Manuel Rodríguez, Manolete, antes de hacer el paseo el pasado jueves



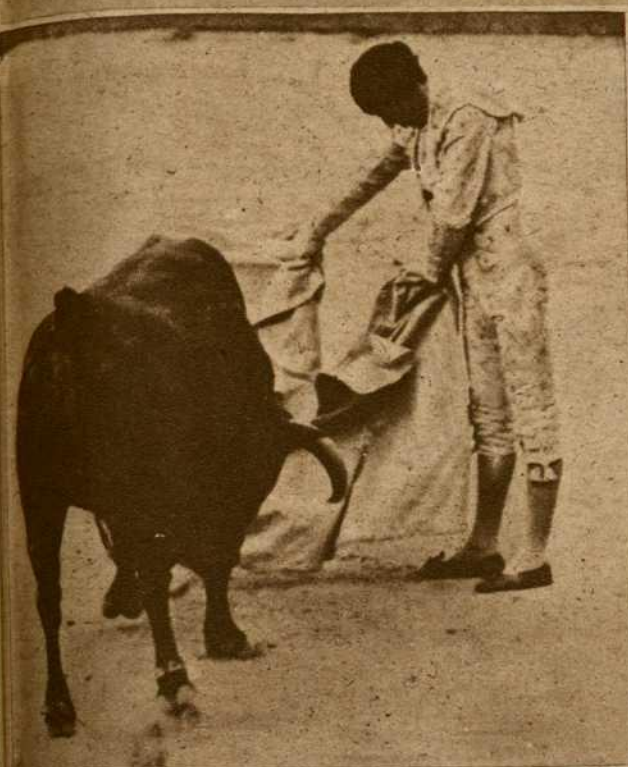
Gitanillo de Triana dió la vuelta al ruedo en sus dos toros. Le vemos aquí dando un excelente rechazazo a su primero



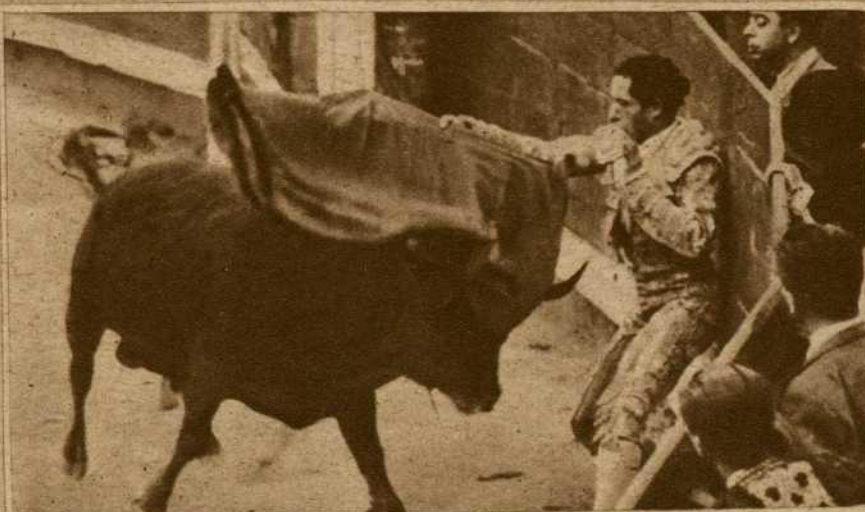
Rafael Vega de los Reyes, después de su cogida, de la que, por fortuna, salió ileso, toreando magníficamente a la verónica, tras haber hecho un gran quite en una caída al descubierto

No se pudieron lidiar las reses de González. De los seis, sólo fué dado por bueno uno y éste fué manso. En lugar de los cinco rechazados salieron por los chiqueros otros tantos de Atanasio Fernández. Uno fué devuelto a los corrales y otro fué protestado. El único toro que vimos en el ruedo de la Monumental fué un sobrero de Clemente Tassara, que llegó al último tercio algo agotado por exceso de castigo en el primer tercio, pero que tenía las características y condiciones precisas que debe tener todo toro de lidia. Los novillos, que novillos eran aunque se corriesen como toros, de Atanasio Fernández no tuvieron fuerza, ni genio, ni bravura. Salvó el compromiso el señor Fernández; pero nada más. Con tal ganado no se acredita la solicitada divisa salmantina.

UN NOVILLO DE DOMEQ PARA ALVARO DOMEQ, CINCO TOROS DE ANASTASIO FERNANDEZ Y UNO DE MANUEL GONZALEZ PARA GITANILLO DE TRIANA, EL SOLDADO Y MANOLETE



Manolete en una de las medias verónicas con que remató los colosales lances que de salida dió al sexto toro



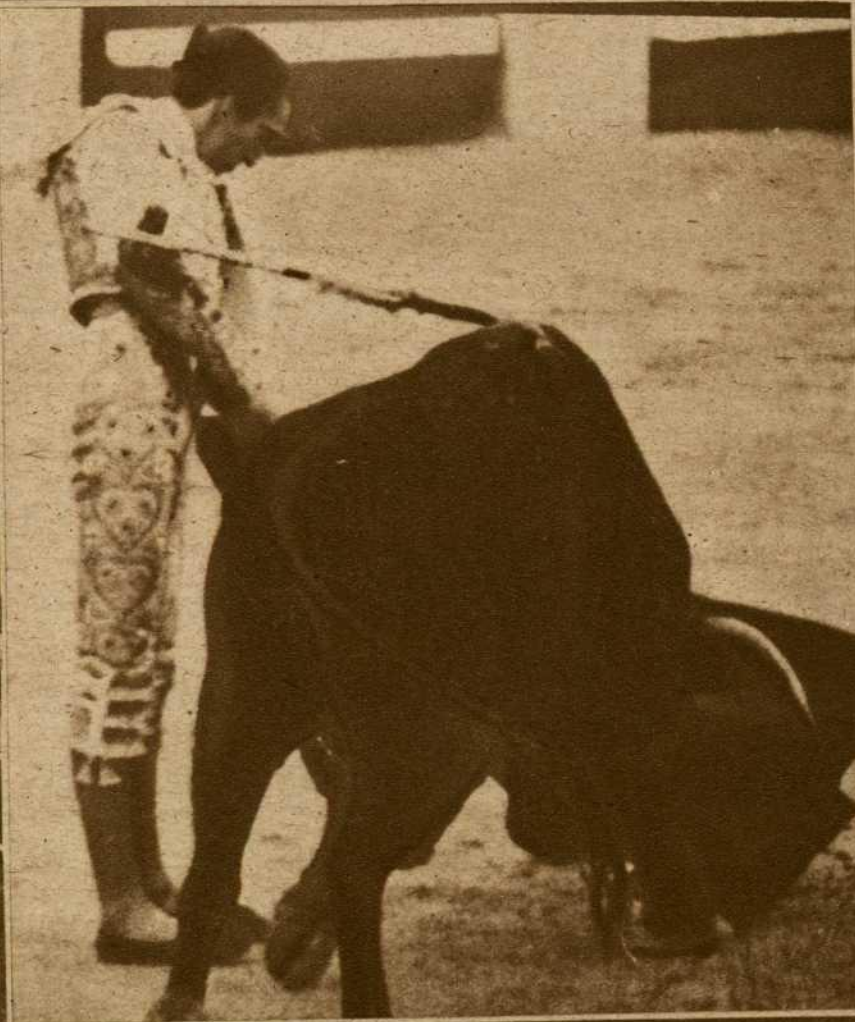
Uno de los pocos momentos, relativamente brillante, de Luis Castro, El Soldado, en la corrida de toros celebrada el jueves en la Monumental



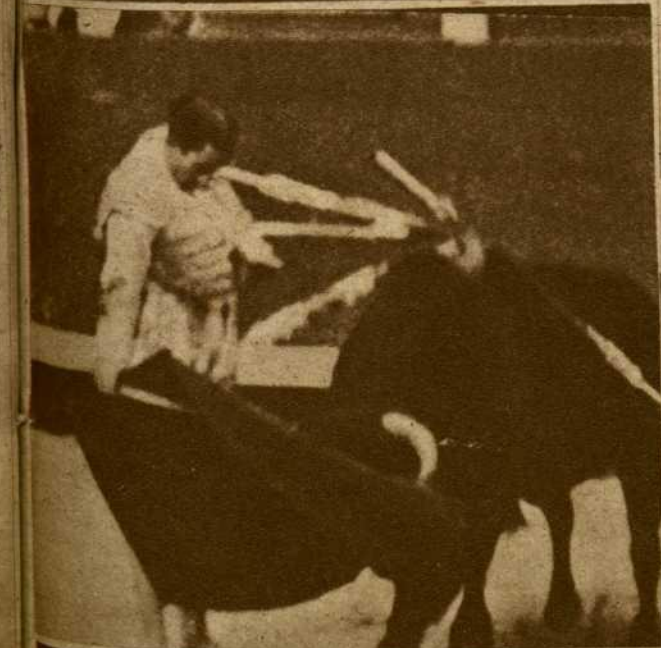
Luis Castro, El Soldado, que reapareció con poca fortuna en Madrid



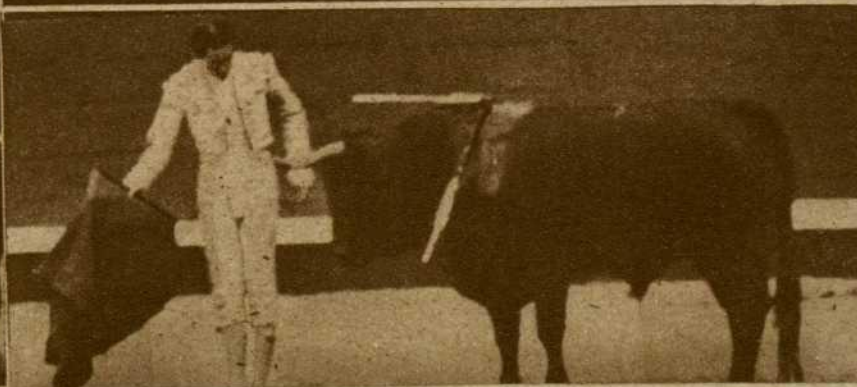
La actuación de Domecq, a pesar de sus buenos deseos, no fué todo lo brillante que se esperaba. Domecq en una de las pasadas que hizo sin clavar



Un natural de Manolete al tercer bicho de la tarde. Poco toro para un torero tan grande



Manolete dando un magnífico derechazo al sexto toro, del que cortó la oreja, concedida en esta ocasión sin protesta alguna



Manolete en la faena al sexto. Un toro—ni más ni menos—de los que el cordobés torea a gusto

El caballista don Alvaro Domecq tuvo una actuación que no pasó de discreta. Dobó su toro y Carnicerito lo levantó. Intentó el descabello Alcántara y remató Carnicerito después de varios intentos. La lidia de este toro resultó pesada.

Gitanillo de Triana dió dos vueltas al ruedo. Esto le será fácil repetirlo a Rafael siempre que salga a los ruedos decidido a triunfar. Gitanillo es un gran torero, que el jueves estuvo valiente y consiguió un éxito muy estimable.

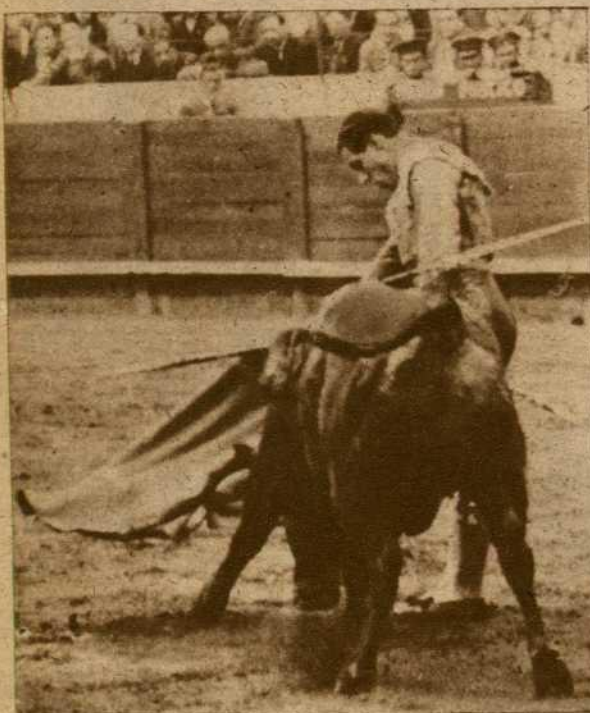
De Luis Castro no podemos decir lo mismo que de Gitanillo. Una actuación la suya desafortunada.

Manolete logró lo que algunos creían imposible. Los espectadores de los tendidos de sol pidieron unánimemente la oreja del sexto toro para el cordobés. La faena y la estocada fueron muy buenas, y—este fué su primero y principal mérito—Manolete demostró que puede con toros. Al final quisieron sacarle en hombros, y Manuel Rodríguez se zafó de sus admiradores.

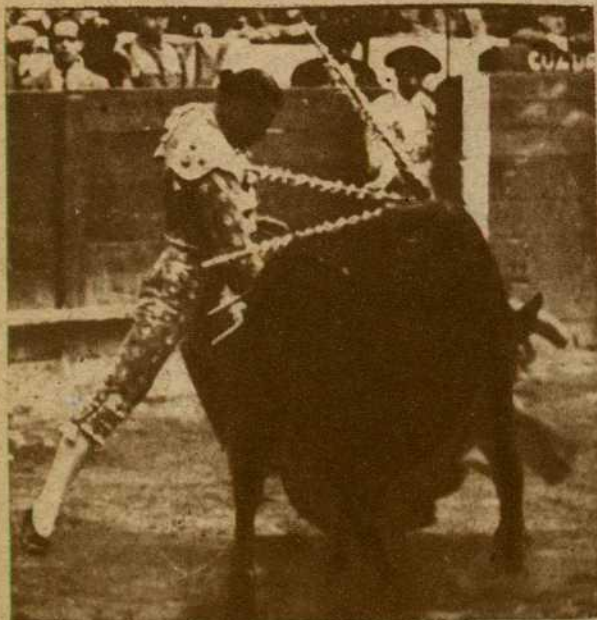
CARTEL DE BARCELONA



Un pase de pecho de El Estudiante a su primero



Mario Cabré en un apretado pase por bajo



Fermín Rivera en un derechazo a su primero



Mario Cabré, en uno de los quites que realizó, torea por verónicas suave y templado, con su estilo característico

RESEÑA

BARCELONA 1. (De nuestro corresponsal, Subirán).—Mal tiempo; sol con viento otoñal. Algo más de media entrada, Rivera hace el paseillo montera en mano. Cabré tiene que saludar terminado el paseillo.

Primero.—Pucherito, negro, grande y gordo, recogido de defensas. Lo fija El Estudiante con unas buenas verónicas, que se aplauden.

Cuatro varas, tres quites muy buenos de los matadores, en especial el de Cabré, con verónicas templadas, lentas y bajos los brazos. Brinda El Estudiante al público y aprovecha la nobleza ideal del toro con una buena faena con las rodillas en tierra. Suena la música y sigue por naturales, derechos, afarolados, molinetes, manoletinas y de pecho. Media en las agujas, con tierra que mata. (Ovación, oreja y vuelta al anillo.)

Segundo.—Ladrón, negro, bragado, del mismo tipo, pero mejor encornado. Lo fija bien el mejicano. Cuatro varas de castigo, tomadas con bravura y poder, que se aplauden. Quite grande de Rivera y otro muy bueno de Cabré. Tres pares de los maestros, fáciles y de estupenda colocación, que se aplauden. Brinda Rivera al público y comienza con tres pases sentado en el estribo. Suena la charanga y sigue con pases en redondo, por alto y molinetes. Como se descomponen el toro, lo prepara prontamente el matador y lo despacha con media superior, que mata sin puntilla. (Gran ovación.)

Tercero.—Dinamito, castaño, de menor talla, pero más bonito.

Toma cuatro varas con poder, y el tercio de quites es muy animado. El toro va a menos durante la lidia y queda difícil para la muerte. Cabré intenta la faena; pero como su enemigo no toma bien la muleta y por ambos lados se suceden los sustos y achuchones, el maestro se decide por la brevedad y mata de media con derrame. (Las palmas se imponen a algunos pitos de un grupo de descontentadizos.)

Cuarto.—Manzanero, negro, bragado, grande, con mal estilo, que se advierte desde los primeros capotazos.

El Estudiante se encuentra con un regalito, pero con el que se dobla dominador. Cuando ha conseguido hacerse con el bicho, lo despacha con una casi entera en buen sitio y descabella a la segunda. (Ovación.)

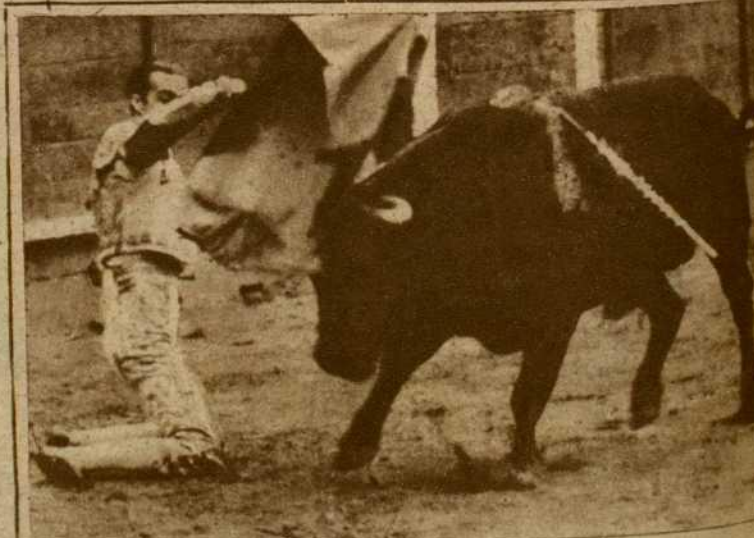
Quinto.—Aprendiz, negro, bragado, un magnífico ejemplar por su tipo. Rivera lo fija bien y se adorna en el primer quite de frente por detrás. Cinco varas.

El mejicano lo trastea brevemente con mucha vista, sin perderle la cara. Lo despacha con una casi entera muy buena y descabella al primer intento. (No hay fallo.)

Sexto.—Olivito, negro, bragado; el más chico de la tarde, pero de "recibo".

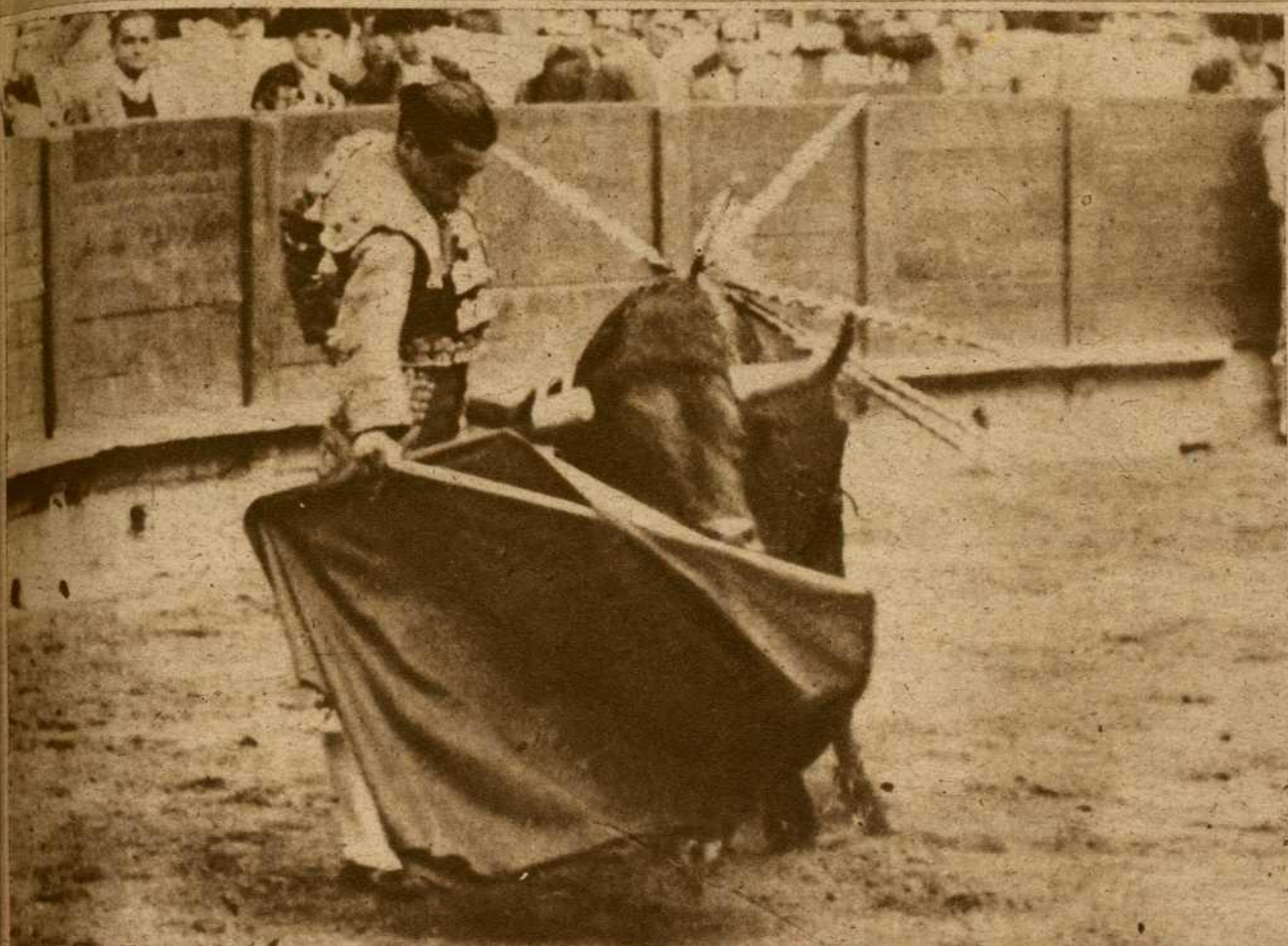
Cuatro varas y un tercio vistoso de quites, en el que destaca una chicuelina de Cabré. Un gran par de Bernal.

Mario Cabré brinda al público y toma la muleta con muchas ganas de cortar la oreja. Faena reposada, valiente y artista, con pases de pecho y de otras marcas. El toro achucha peligrosamente por todos lados. Tras varios sustos y achuchones, en los que se cruce Cabré, un pinchazo sin soltar, seguido de un estoconazo hasta las cintas y de un certero descabello. (Gran ovación y despedida triunfal.)



El Estudiante al iniciar la faena del toro que cortó la oreja

Seis toros de FELIPE PABLO LLORENT para EL ESTUDIANTE, FERMIN RIVERA y MARIO CABRÉ



Fermín Rivera, el torero mejicano, en un ceñido derechazo al segundo de los suyos en la corrida celebrada en Barcelona

JUICIO CRITICO

EL cartel del domingo, con tres toreros valientes y enterados y con seis toros anunciados a bombo y platillo, con señales del hierro de los pablorromero, aunque no lucieron lo mismo, pues todo su nervio se quedó en el primer tercio de la lidia. Reconozcamos que, en honor a la verdad, como es norma nuestra siempre, tuvimos toros y no "cucarachas" como las que nos soltaron para la Merced, con el general beneplácito del empresario, de la presidencia y de los asesores y coro general. Hubo toros de inmejorable presentación, en su punto, pero no con bravura suficiente para ser justo parangón con su bonita lámina. Se dejaron torear y fueron bravos y nobles los dos primeros; el resto, sin tener la categoría de "marrajos", ofrecieron notables dificultades

y no fueron propicios para la gente de a pie.

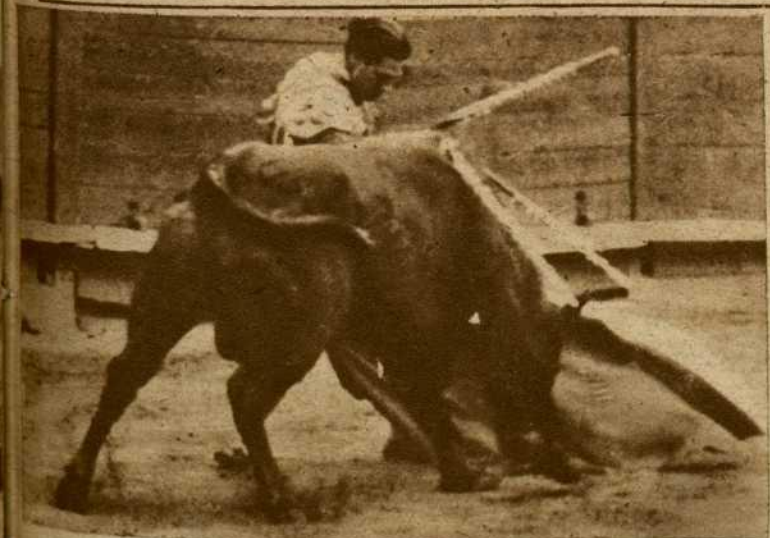
Con los montados, los cornúpetos sevillanos de don Felipe de Pablo Llorent acusaron casta, si bien algunos no hicieron nada de particular.

Tuvo El Estudiante la suerte de topar con el mejor toro de la tarde, el primero, noble, bravo y suave, para hacerle una gran faena, y después de matarlo muy bien cortó la oreja. En su segundo hizo todo lo que se podía hacer: lidiarlo, fijarlo y quitárselo de encima con harto decoro. (Don Luis Gómez, sin tener tarde de fenómeno, quedó inmejorablemente y salió con la oreja de su primero, quedando en el mismo lugar preeminente en que la afición lo tiene catalogado.)

El mejicano Fermín Rivera causó muy buena impresión. Es un torero hecho, que pisa con mucha seguridad en todos los terrenos. Bien con la capichuela, fácil con las banderillas y excelente con la muleta. Seguro con el estoque, mató guapamente y fue muy aplaudido, y mereció más, mucho más; al menos, la vuelta al ruedo en su primer toro.

Nuestro paisano Mario Cabré no tuvo suerte, pues le tocó el peor lote. Se lució con la capa, interpretando unas verónicas magníficas. Hizo lo que se pudo hacer con su primero, difícil, sin faena posible, y como nadie es profeta en su tierra, hubo alguien que se manifestó en contra. Y para salir triunfalmente tuvo que colgarse de los pitones del que cerró plaza. Lo alcanzó y Mario Cabré pudo mantener el inmejorable cartel que disfruta en nuestros medios taurómicos.

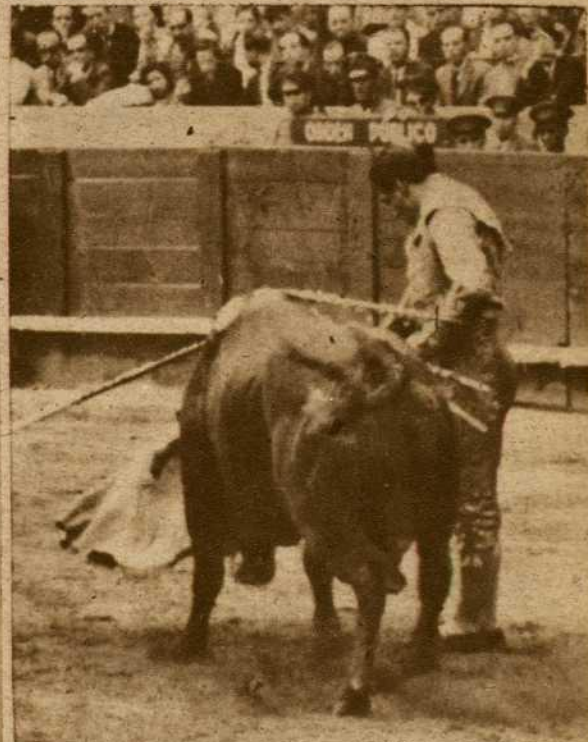
La cosa, como se puede ver, quedó en mitad y mitad.



Mario Cabré haciendo doblar a su difícil primer enemigo



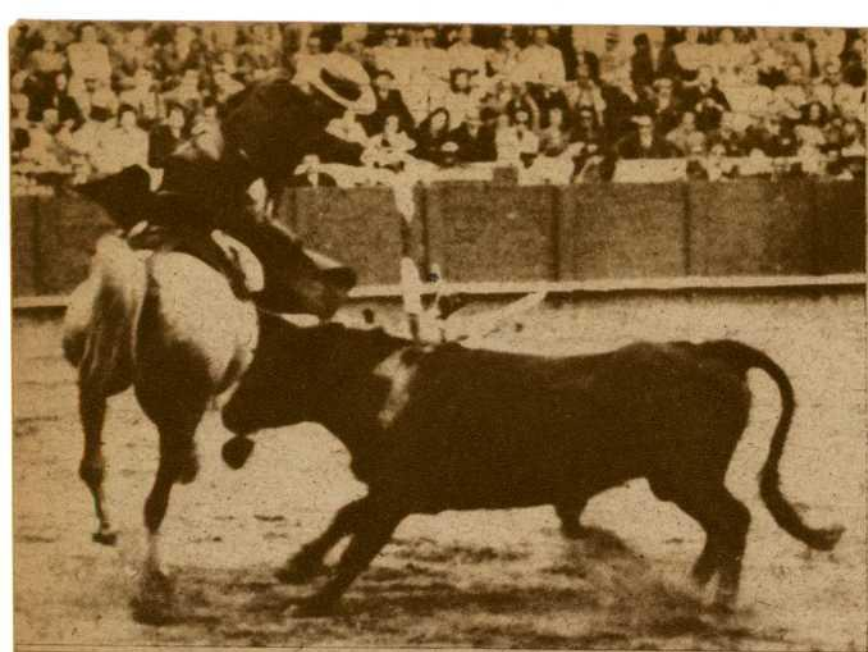
Rivera colocando un estupendo par de banderillas a su primero



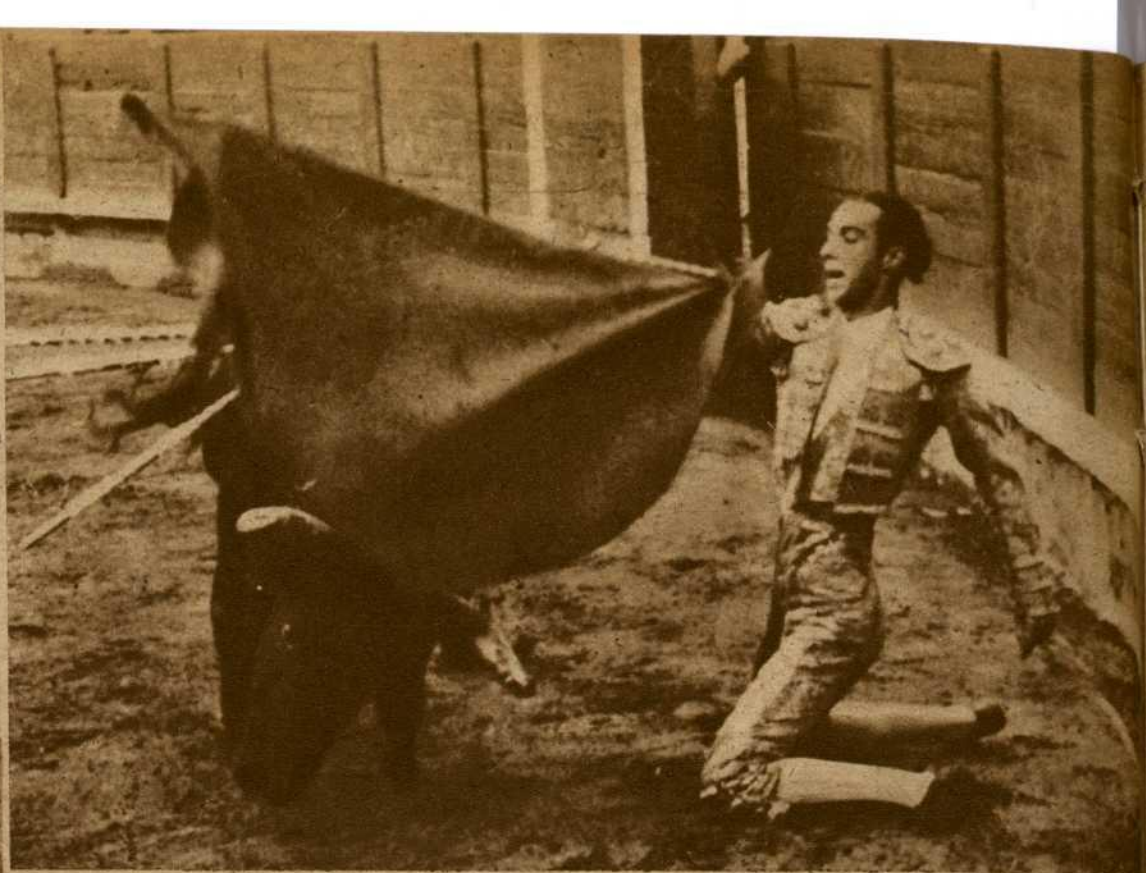
Un momento de la faena de Cabré a su segundo, en la que a fuerza de coraje logró sacar pases como éste



El Estudiante en un natural al toro que cortó la oreja el domingo en Barcelona. (Fotos Valls.)



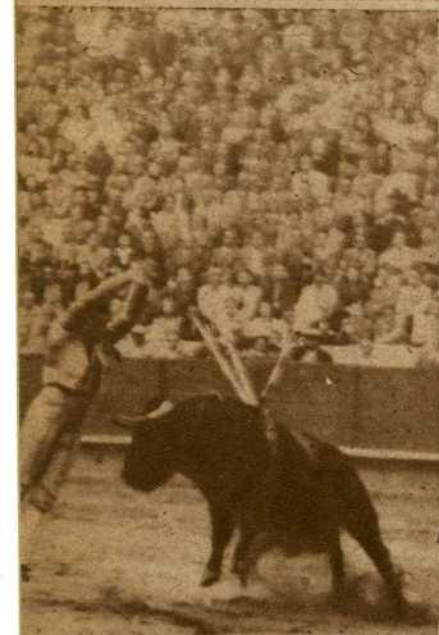
El caballero jerezano Alvaro Domecq en un par de banderillas



El Estudiante en un pase por alto de rodillas, encerrado en tablas (Fotos Valls.)

LAS CORRIDAS DE LA MERCED EN BARCELONA

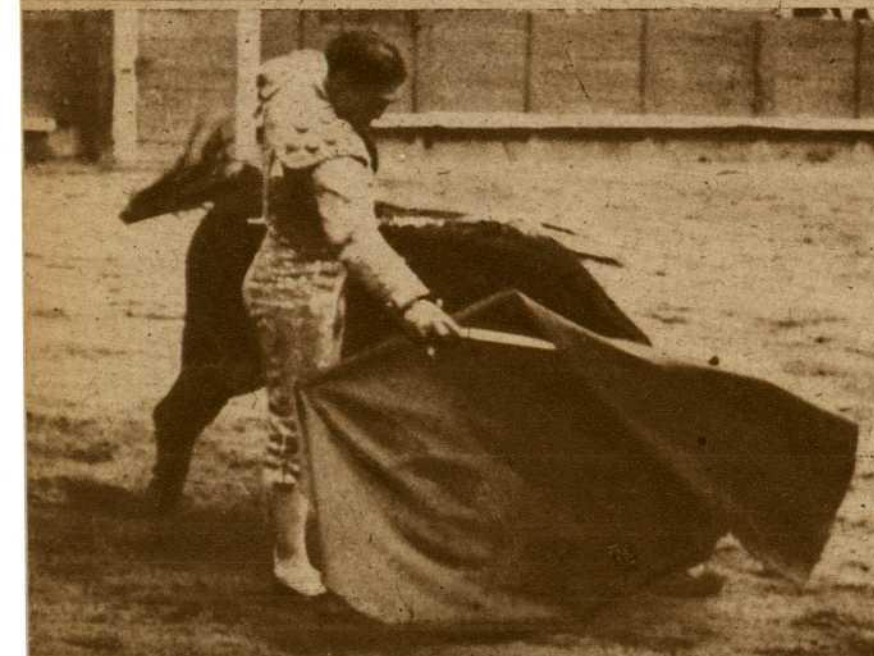
Alvaro Domecq, Ortega, Pepe Bienvenida, Arruza, Andaluz y Pepín Martín Vázquez



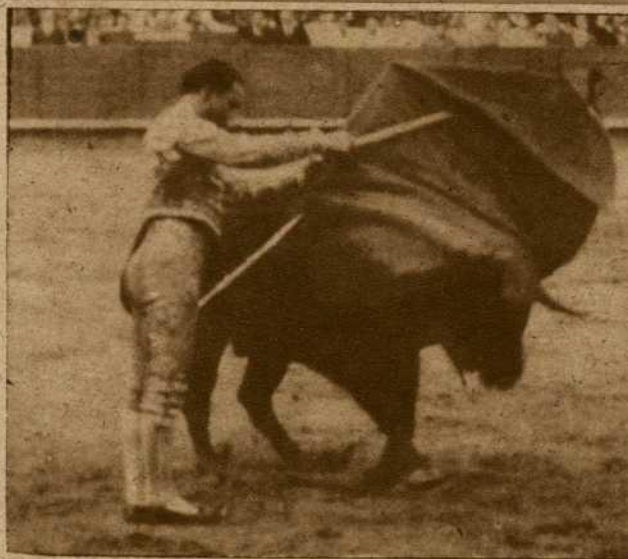
Pepe Bienvenida en un par a su primer toro



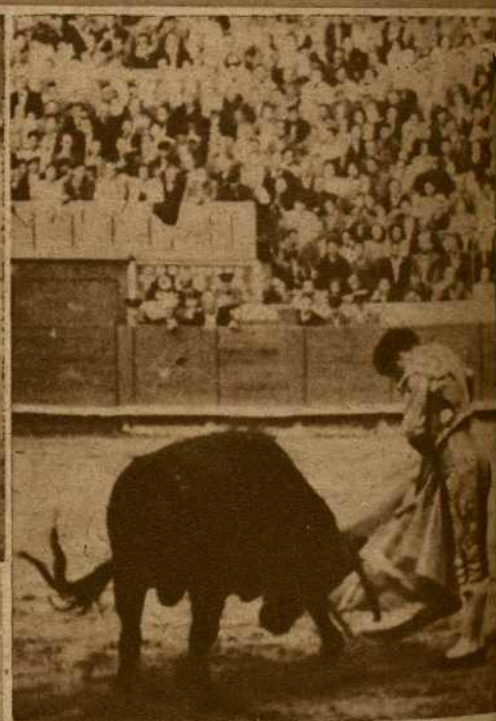
Arruza banderilleando a uno de sus toros



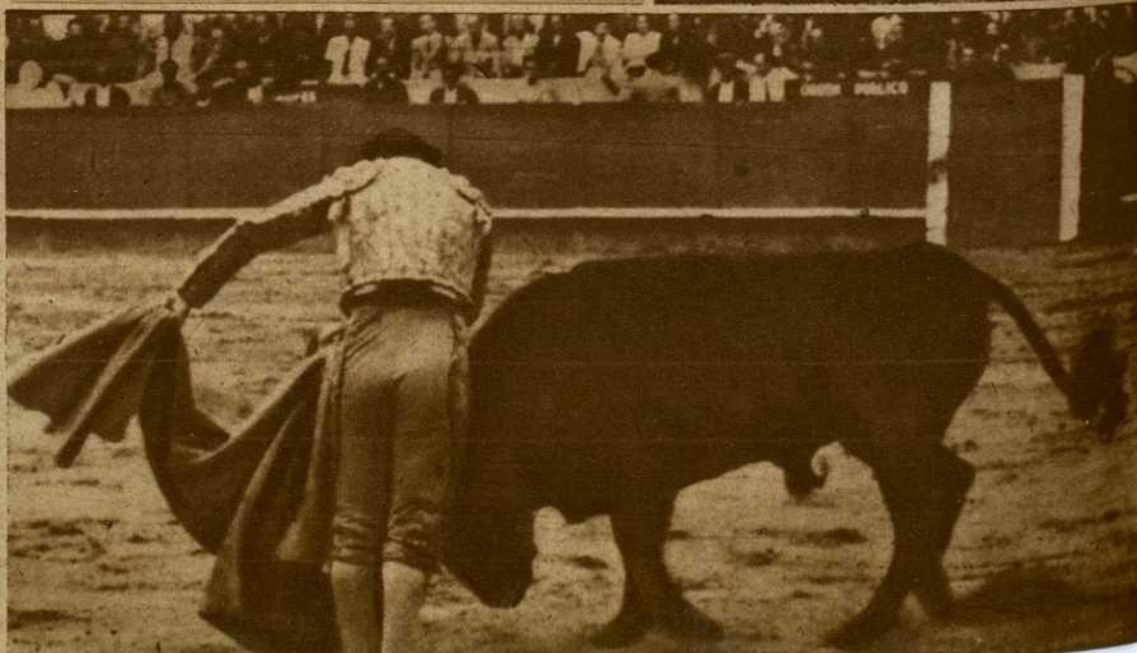
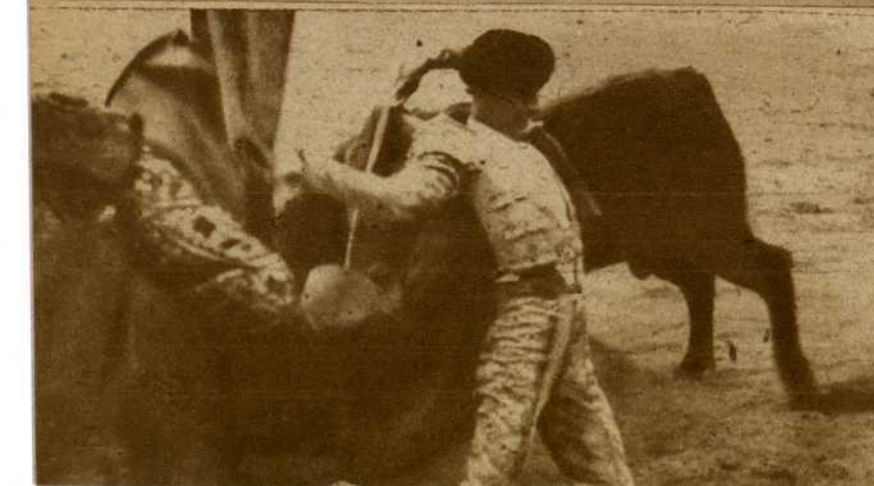
Bienvenida en un pase en redondo con la derecha. Abajo: Arruza en un farol de rodillas

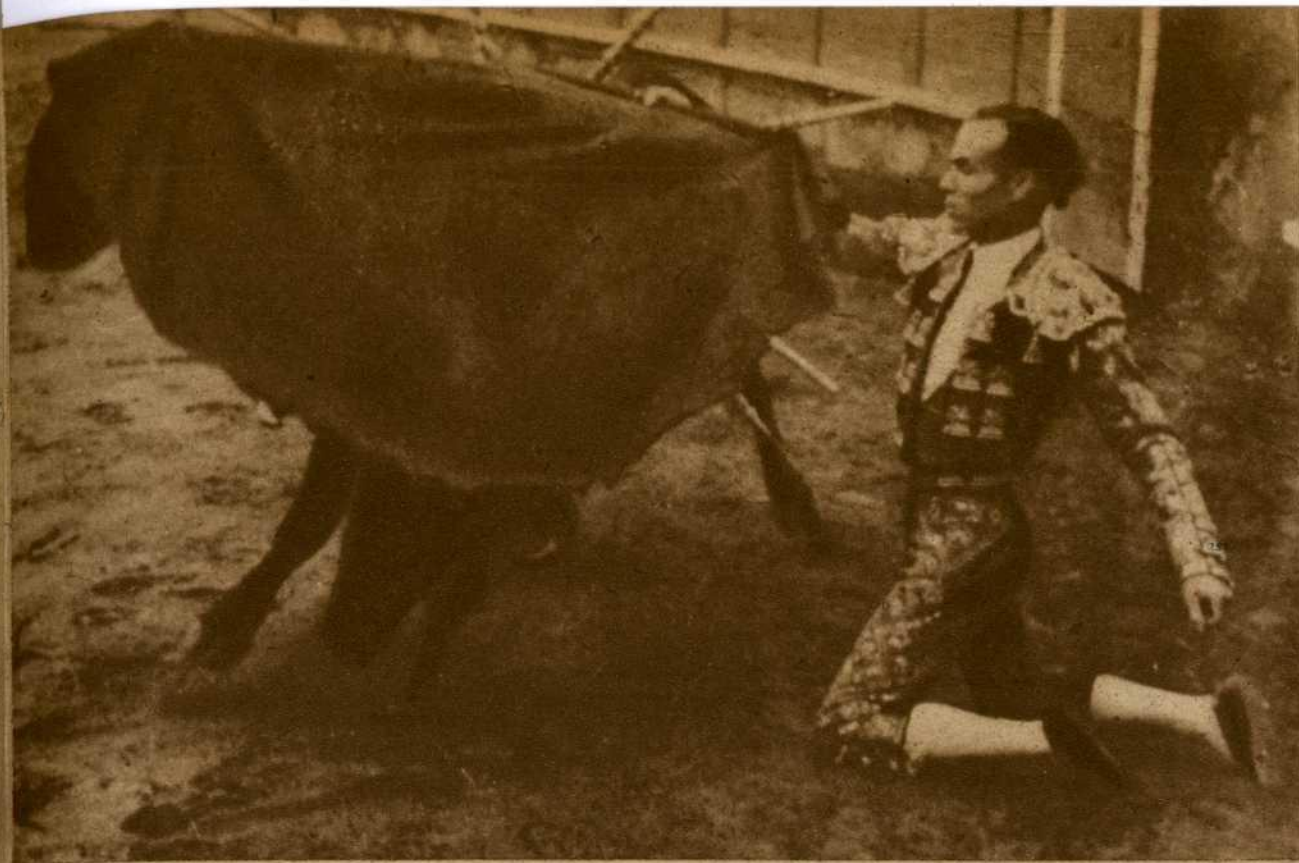


El Andaluz en un ayudado por alto



Pepe Bienvenida toreando a la verónica a sus dos toros, en la corrida de la Merced, de Barcelona

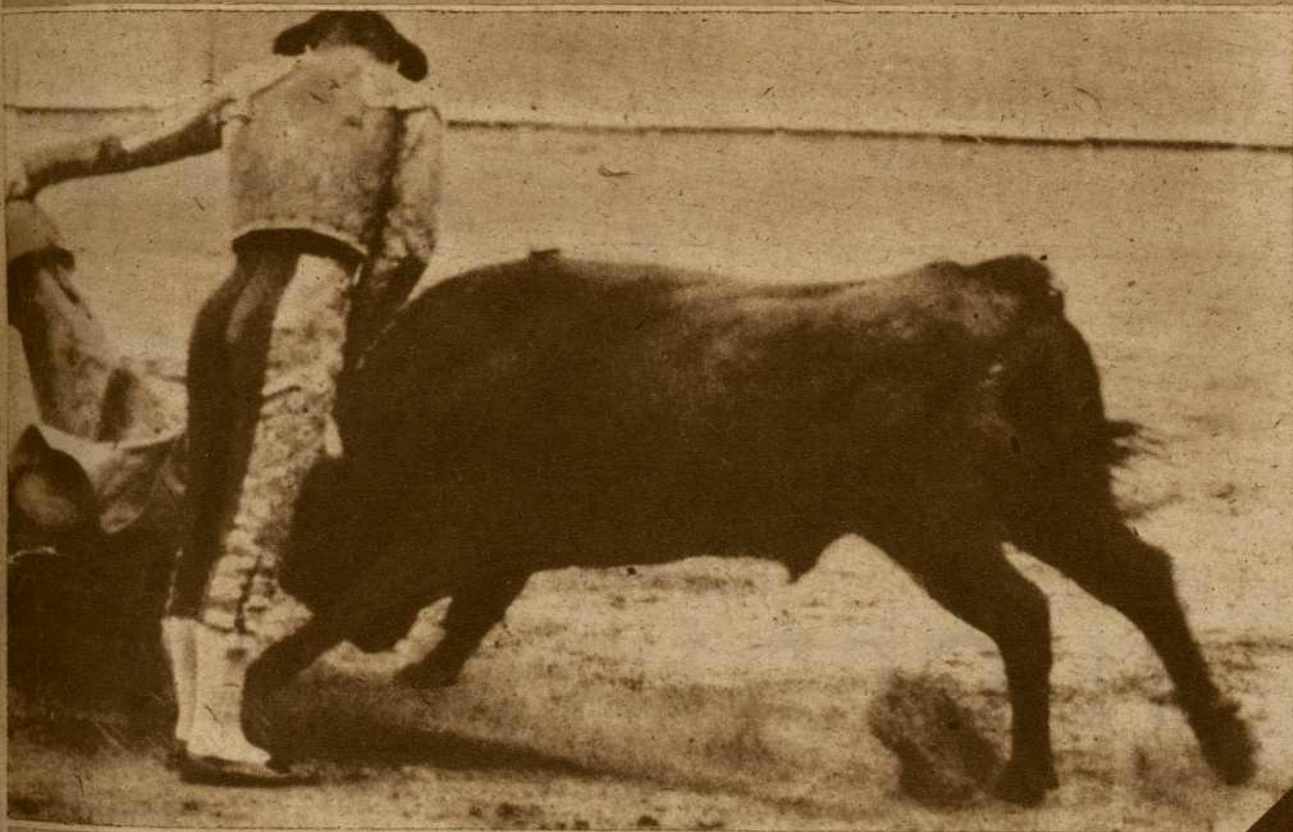




Domingo Ortega inicia la faena de su toro con un pase por alto de rodillas junto a las tablas



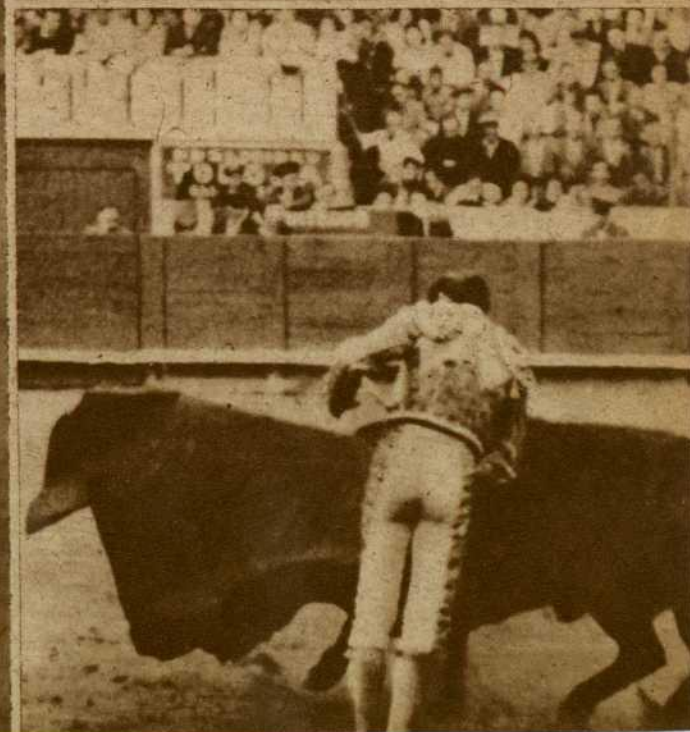
Pepín Martín Vázquez en un muletazo con la derecha, sin mirar al toro

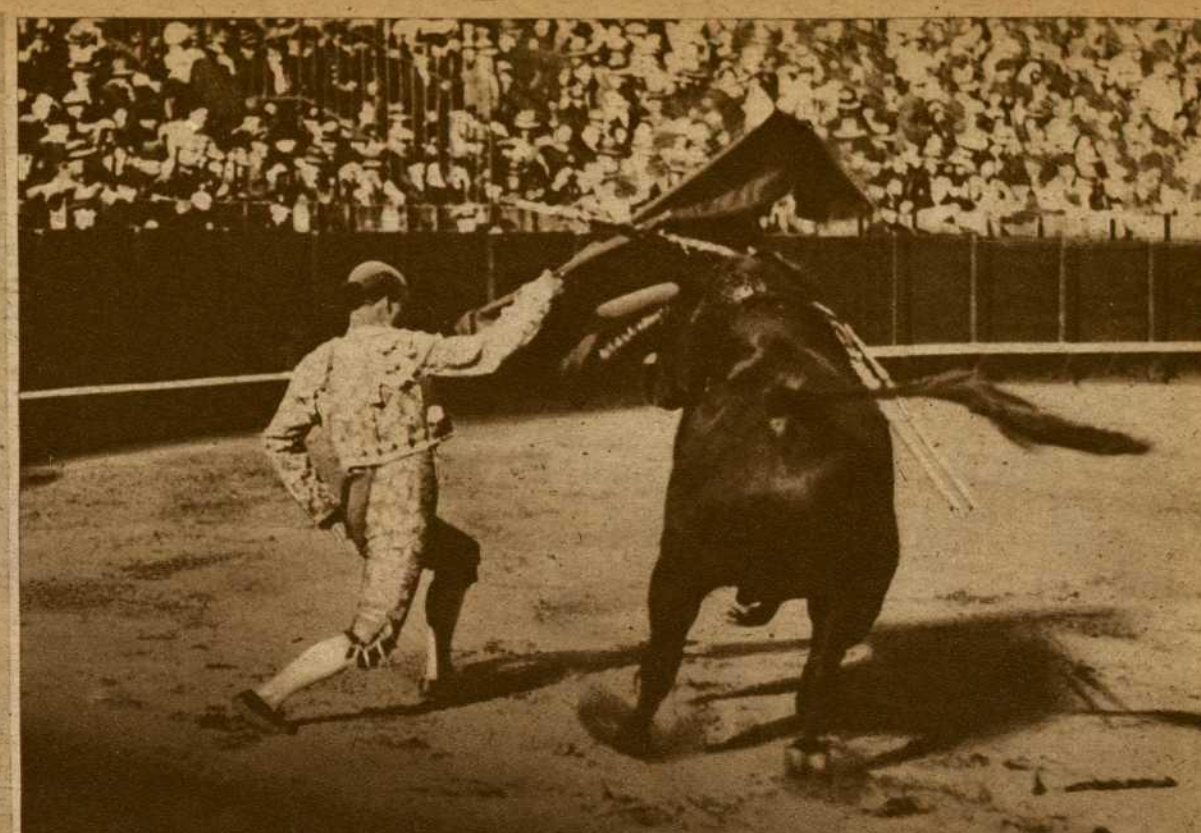
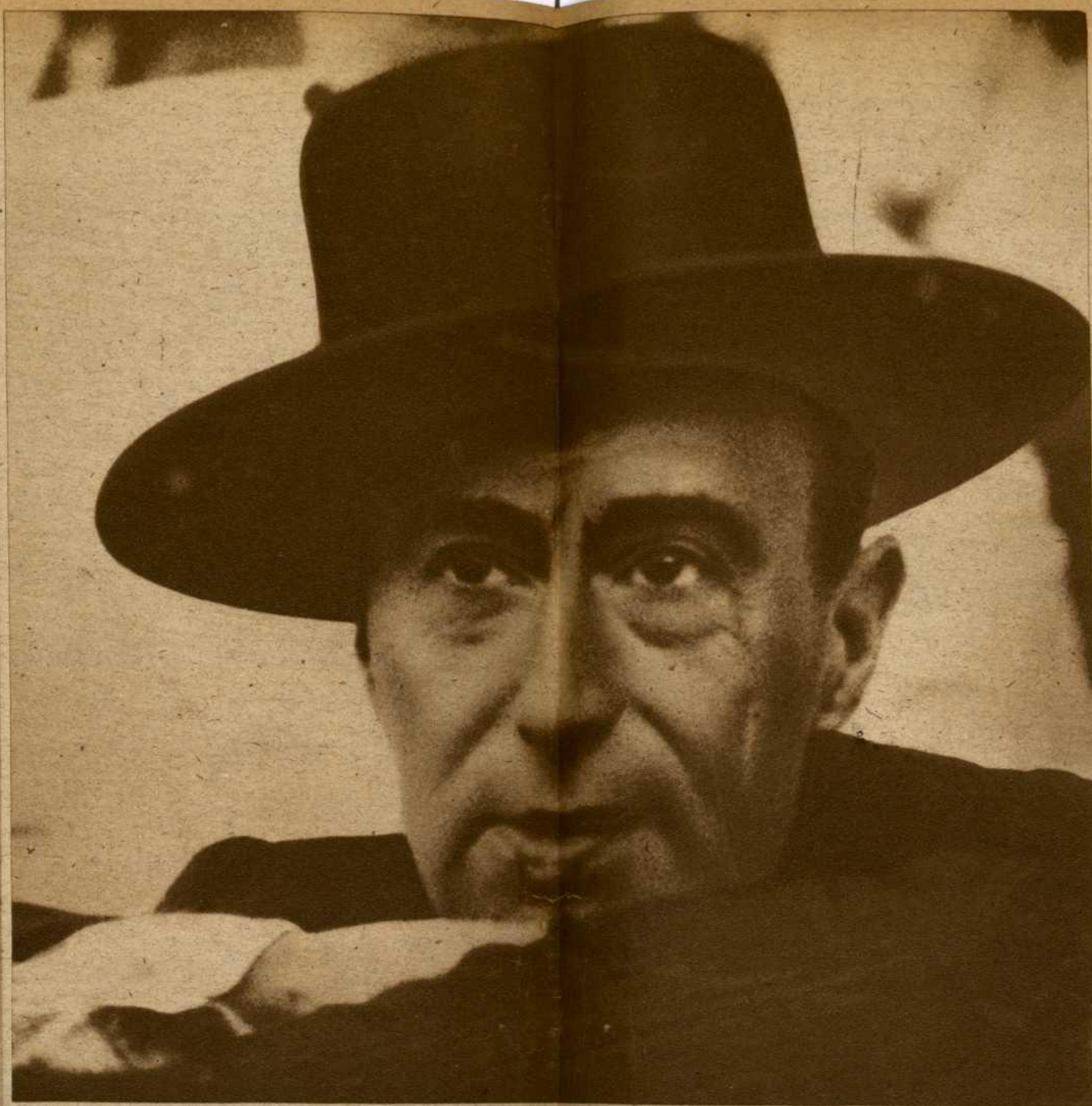
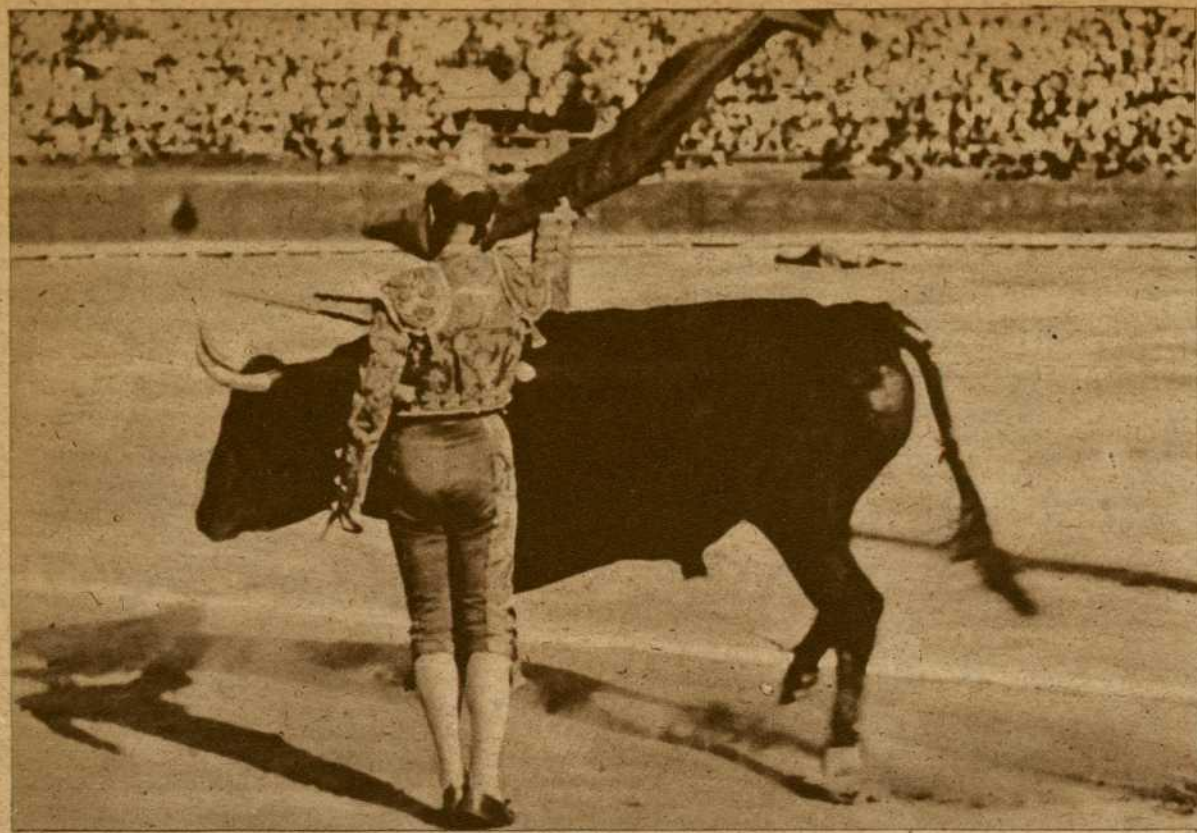


Arriba: Una verónica del de Borox en una de las corridas celebradas en Barcelona.—Abajo: El mejicano Artuza en un temerario molinete de rodillas



Pepín Martín Vázquez, en la faena de muleta, da un natural con la izquierda.—Abajo: Otro momento de la faena de Martín Vázquez. (Fotós Valis.)





XVII

UN TORO CON MUCHA QUIMICA

El cobrador del autobús lo había dicho: «Rafael-Arte». ¡Y qué arte el suyo, amigos, cuando quería, y qué trances hizo pasar a los que iban con él, por aquello de la química!

¡La química! Nada más y nada menos que eso. Cuando Rafael se empeñaba en que un toro tenía química, ¡la hecatombe!

¿Y en qué consistía la dichosa química? Eso es lo que no ha podido averiguar nadie todavía. El no tuvo nunca la costumbre de ir al apartado. No obstante, una mañana, no se sabe qué viento le sopló, que empezó en ir a ver los toros que tenía que despachar por la tarde. Y a los corrales de la Plaza fueron Moyita y él. Entró El Gallo por delante, y uno de los toros se le quedó fijo mirándolo.



—Oye, Moyita. Moyita se echó a temblar, porque El Gallo le hablaba sin quitarle ojo al toro y ya empezaba a figurarse algo malo.

—¿Qué pasa, maestro?
—¿Es que no lo ves?
—Yo no veo nada.
—Fíjate en ese toro.
—¿Qué tiene ese toro, maestro?
—Mucha química. ¡Pero mucha química!

Moyita pidió al cielo que no le tocara en el sorteo a su matador; pero de allá arriba no quisieron oírle y... ¡le tocó!

Rafael tomó en seguida su resolución:
—A ese pájaro no le mato yo.
—¿Si no tiene nada, maestro!
—Que te he dicho que tiene química.
Y no lo mató... aquel domingo. El cielo se compadeció al fin y envió su protección en forma de un diluvio que obligó a suspender la corrida, con lo que se evitó una catástrofe de las típicas de Rafael.

La corrida se celebró al domingo siguiente. Ni El Gallo había aludido para nada durante la semana al toro de la química, ni ninguno de los miembros de su cuadrilla rozó siquiera la cuestión para no alarmar al maestro.

Y fué en ese toro en el que Rafael obtuvo en América uno de los mayores triunfos de su vida torera. Le cortó todos los apéndices y se vió llevado en hombros hasta el hotel y seguido y vitoreado por centenares de espectadores mejicanos. Del fracaso previsto a la apotheosis imprevista.

Y sólo este comentario:
—¡Y decía usted que el toro tenía química!
—Eso era el otro día. Hoy estaba más bueno que el pan.

EN NUEVA YORK Y SIN DINERO.

Para uno de los viajes que emprendió, en una ocasión en que su inspiración estaba en baja como su bolsillo y los empresarios no se acordaban de él, le pidió prestadas a Juan Manuel, que más tarde fué apoderado de Belmonte, mil pesetas, que unidas a quinientas que tenía él, constituían todo su capital. Tomó un barco inglés y se pasó el viaje jugando a la brisca. Llegó a Nueva York con un duro. Se instaló en uno de los mejores hoteles. Total, veinticinco o treinta dólares diarios.

A poco de llegar conoció a un compatriota que estaba en mala situación y no podía darle de comer a su hijo. Le dió el único duro que poseía. Después se hizo amigo de unos marineros que jugaban al dominó. Les contó su caso.

—Nosotros le ayudaremos en lo que podamos. ¿Qué necesita usted?
—Nada más que me paguéis un telegrama que voy a poner.

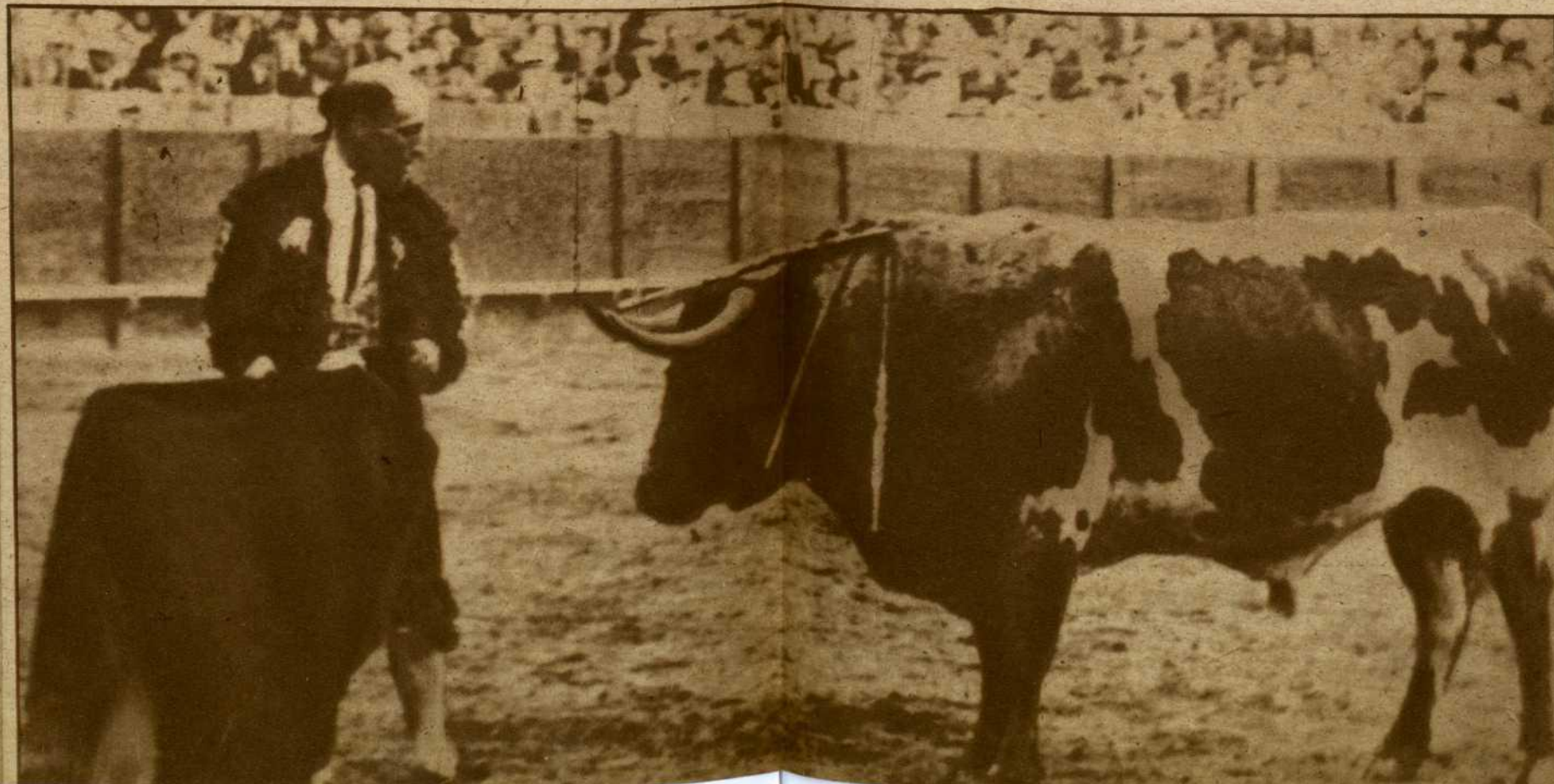
Se fueron todos a poner el telegrama a una Empresa. Y... a esperar. Lo malo es que los días pasaban y El Gallo sabía que la factura la pasaban por semanas. Al sexto día, cuando ya el abono de la cuenta iba a ser pedido, llegó la contestación a nombre de la gerencia del hotel. Al empresario no le acababa de entrar en la cabeza que El Gallo acabara de llegar a América y encargaba a los dueños que averiguaran si era verdad y no se trataba de ningún impostor, en cuyo caso le ofrecían catorce mil dólares y enviaban mil de anticipo.

¡Ea! Ya estaba todo resuelto. El Gallo se despidió de sus amigos recientes y se fué a cumplir su compromiso. En poco tiempo ganó más de sesenta mil duros. Y de pronto, sin esperar a que terminara una temporada que tan bien se le daba, se volvió a España.

—¿Y eso por qué, Rafael?

LOS CUARENTA Y CINCO AÑOS DE VIDA TORERA DE RAFAEL EL GALLO

SUCEDIO... al otro lado del charco



—Que me entraron ganas de ver a la familia y saludar a los amigos. En el puerto de Algeciras le esperaban su madre y Joselito, «que era así de chiquitiyo...»

UN BRILLANTE POR TOREAR UN BECERRO

En Cuzco recibió una cornada que le tuvo muchos meses alejado de los ruedos. Se hizo trasladar a Buenos Aires y estuvo en la clínica cerca de un año. Este y el percance de 1902 son los dos más graves que ha sufrido en América.

—¿Ha toreado usted en Buenos Aires?
—En Buenos Aires y en Santa Fe y en las Pampas. Aquí me pasó una cosa notable. Yo iba a buscar seis toros para dar una exhibición en la capital. Fuimos a un rancho, que aquél sí que era el rancho grande. Miles y miles de cabezas. Todo aquello era de una señora muy simpática, pero algo desconfiada. Le dije quién era y a lo que iba. Y no se creyó que estaba delante de El Gallo.

—Señora—le dije—, por la memoria de mis más ilustres antepasados que yo soy el verdadero Rafael Gómez Ortega y me tiene usted que servir.
—Puede ser—contestó aquella buena señora—, pero yo vi torear a El Gallo en San Sebastián y dudo mucho que usted sea capaz de hacer lo que hace él con los toros. Tendrá que demostrarlo.

—¿Cómo?

—Ahora le soltarán un becerro.

Y esa fué la prueba, que, gracias a Dios, satisfizo cumplidamente a aquella espectadora que me había visto en San Sebastián. Conseguí mis propósitos, la señora quedó encantada y además me regaló un brillante así de grande.

EL HOTELERO QUE ATRAVESO EL ATLANTICO

De América, rara vez llegaban noticias directas de él. En lo que se refiere a escribir, El Gallo es de un laconismo que suele desembocar en la mudéz. En cuatro años seguidos de ausencia sólo le puso a la familia unas líneas a lápiz, y eso aprovechando el viaje de un amigo que se venía para España y que se le ofreció para todo lo que quisiera y para llevar a su casa los encargos que deseara.

—Llévale estas cuatro letras, hombre, ya que eres tan amable, para que vea que estoy bien.

Y en un trozo de papel envió su saludo. El ha ido del apuro al bienestar por sí solo y no le ha gustado, en las épocas desafortunadas, contarle a nadie, ni a la familia, cosas tristes. El se metía en una situación y él salía de ella sin pedir ni dar cuernjas. ¿Cómo salía? Cada vez de una manera.

Por ejemplo, en una ocasión estaban Rafael y su cuadrilla sancionados, pero que del todo, en Méjico, en el hotel de un español que veía pasar los días y aumentar la cuenta de una manera terrible. No había que pensar en obtener ninguna corrida para Rafael. Las Empresas, después de unas tardes épicas, no se atrevían a presentárselo al público. Se mandaron cables a España, y todas las Empresas a quienes se dirigieron estaban dispuestas a contratar a El Gallo; pero, con rara unanimidad, ninguna quería dar anticipo hasta que El Gallo no pusiera pie en la Península.

¿Qué hacer? Moyita se fué a ver al hotelero. Le habló con toda la fuerza de su persuasión: le pintó la Patria lejana, a la que no veía hacía muchos años; el paisaje donde se había desarrollado su niñez. Un bello poema. Al hotelero se le caía la baba, se sentía gratamente bañado en una ducha de ternura. ¡Volver a la tierra querida! Pero eso resultaba muy caro. No: aun no podía ser. Aun tenía que ahorrar más para poder realizar el anhelado viaje. Era el momento propicio.

—Es que puede usted ir gratis.
—¿Cómo gratis?
—Rafael, que tiene mucho gusto en que nos acompañe usted.

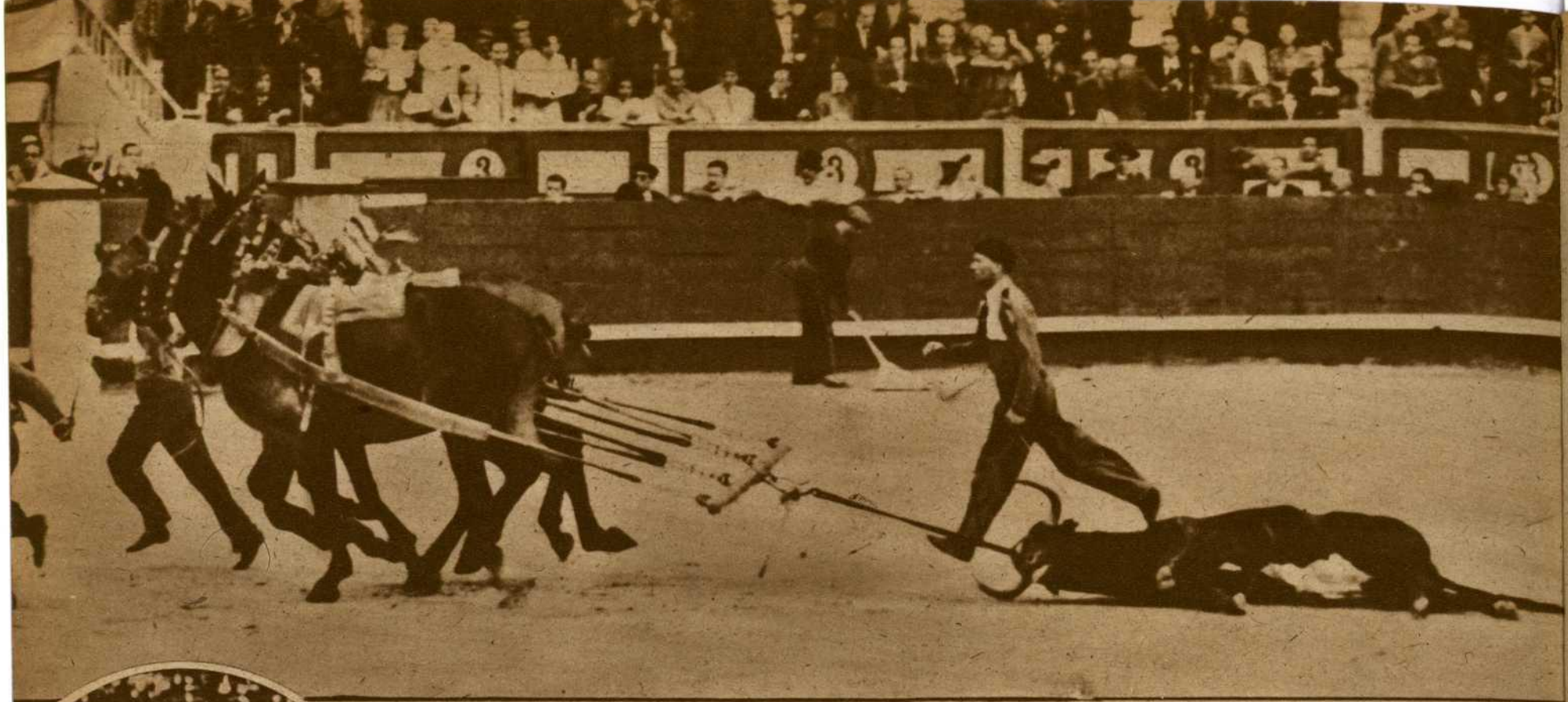
—Entendámonos. Primero vea usted estos cablegramas. Le enseñé las proposiciones que le hacían a Rafael.

—La única manera de que usted cobre es que se venga a España. Usted anticipa todos los gastos, se viene con nosotros, se está allí todo el tiempo que quiera, cobra lo suyo, se le paga la convidada y asunto liquidado.

Y así fué.

RAFAEL MARTINEZ GANDIA





HABLAN LOS BECERROS

Por ANTONIO DIAZ CAÑABATE

Es una noche clara, estrellada, del mes de agosto. La escena ocurre en el desolladero de una plaza de toros provinciana. Arrumbadas en un rincón, seis cabezas de becerros esperan la mano que ha de descuartizarlas. Los seis becerros murieron aquella tarde a manos de tres famosos espadas que se titulaban matadores de toros, y que cobran por tal hazaña cantidades fabulosas. El desolladero está en silencio. Los carniceros se han ido a cenar. De los garfios penden las carnicitas tiernas de los becerros. A la puerta, un guarda fuma. Lejana llega la baránda de la feria, tamizada por la distancia. En los corrales paredaños al desolladero se agitan los cencerros de los cabestros. A su conjuro, a su sonido tan amado, las cabezas muertas de los becerros parece que se agitan. El guarda, sobresaltado, llega hasta ellas para inquirir

a ti: mareos y más mareos, que si ahora te llevan al tercio, que luego a los medios, que ahora a las tablas, que si aquí un pase muy bonito, que si allá otro aun más precioso, y lo que más rabia me daba de todo es que mi matador, de vez en cuando, se volvía hacia el público, como diciendo: «¡Lo veis! ¡Soy el único!» Y el público veaga a aplaudir como locos y a decir que aquello que se estaba haciendo conmigo no lo había hecho nunca nadie en el toro.

Quizá un ratón. Y vuelve a la puerta y sigue fumando. Estas cabezas de becerro hasta hace muy poco estuvieron animadas de un espíritu. Estos espíritus se evaporaban en aquel momento para perderse no sé dónde. Antes de desaparecer charlaron. He aquí lo que dijeron:

«¡Ah, si yo hubiera tenido fuerza, si no me hubieran purgado, ni cortado los cuernos ni tirado encima de los riñones aquel saco de piedras, de dónde me hubiera hecho lo mismo mi matador!...»

ESPIRITU DEL PRIMER BECERRO MUERTO.—¡Adiós, amigos, terminó nuestro sufrimiento! **ESPIRITU DEL SEGUNDO.**—Adiós; pero no te puedes quejar. Total, ayer te cortaron los pitones, cosa dolorosa, es verdad; pero luego te los limaron, y la lima es como una caricia. Después, en el ruedo, te picaron una vez y media, porque al segundo puyazo, con muy buen acuerdo, te tumbaste, ya que con lo mal alimentado que estabas no podías casi tenerte en pie, dos pares de banderillas; y luego, tras de marearte un poco con la muleta aquel vestido de grana y oro, te despachó para la eternidad con una estocada que acabó con tu vida sin que te enterases. No hables del sufrimiento. Escucha los míos. Te acordarás de que yo, en la dehesa, estaba gordo y lustroso. Descubrí por casualidad un montón de habas que tenía apartadas el mayoral él sabrá para qué, y me las comí sin dejar una. ¡Ay, cómo me arrepiento de ello! ¡Por esas malditas habas he sufrido tanto!... Cuando, al cabo de aquel viaje infernal en los cajones, llegamos a estos corrales, no sé si os fijasteis que estaban presenciando el desencajonamiento varios señores. Uno de ellos, en cuanto me vió, la tomó conmigo (!). Dirigiéndose a los demás, dijo: «Ese toro desentona bastante, está gordo, tiene fuerza y mucha cabeza. Hay que purgarle inmediatamente, porque si le toca mañana a mi torero, no torea.» Aquellos otros señores dijeron a todo que sí, que lo que quisiera, que todo menos que su matador no torea. No sé si en el agua, o en el pienso, o en donde demonios me echaron algo, no sé cómo ni cuándo; pero sí sé la noche y el día que he pasado, con una flojera, con una dejadez enormes. Aquí está Luce-río, ¿te acuerdas del odio que te tenía en la dehesa?, nada más verte me cogaba, me iba para ti y te sacudía cuatro trastazos buenos y no te metía el pitón; porque salías corriendo más que de prisa. Bueno; pues en los corrales, después de la purga, ni siquiera te tiré un hachazo, no podía, me era imposible tirar una mala cornadita. Pero, ¿cómo iba a tirarla si ya apenas tenía cuernos? Me metieron otra vez en un cajón, y míralos cómo me los dejaron, mochos, ahí están en mi cabeza. ¡Ay, mis pitones finos, astifinos, que eran mi orgullo! ¿Crees que ahí terminaron mis desdichas? ¡Ni mucho menos! Quiso mi mala suerte que le tocara al torero que apoderaba aquel hombre que me mandó purgar, y en cuanto lo supo ordenó al mayoral que al entrar en el chiquero dejara caer encima de mis riñones un saco lleno de piedras que pesaba más de cincuenta kilos. ¡Figúrate cómo saldría a la plaza y las ganas de pelea que yo tendría. Pero ya conocéis mi genio; saqué fuerzas de donde pueda con ansia de vengarme del que me había causado todos mis sufrimientos pasados. Mi instinto no me engañó; era aquel vestido de azul y oro que me citaba con el capote desplegado. Me fui para él, ya te digo que sacando bríos de no sé dónde, y por poco lo entrapillo bien; claro es que no le hubiera podido dar más que un buen trompazo, porque mis pobres cuernos parecían la parte inferior de una bota de vino; pero se me escabulló, y oí que le decía al picador: «¡Pégale fuerte!» ¡Y cómo me pegó el indio! Sentí mis carnes taladradas; sentí cómo la herida que con el palo me produjo la iba agrandando moviendo la pica a derecha e izquierda. Y al no caerme como tú, pues el torero le volvió a gritar al picador: «¡Pégale duro!» Y al segundo puyazo ya no pude más, y me tumbé patas arriba. Me tiraron del rabo para que me levantara, y aquel torero, que se había retirado con bastante prudencia cuando recién salido del chiquero, purgado, baldado y sin cuernos apenas, le embestí, al verme en el suelo se acercó hasta mi hocico, abanicándome con su capote. Cuando sonó la hora de mi muerte, yo ya estaba muerto, me lo podéis creer, me tenía de pie por un esfuerzo de voluntad, por este maldito genio mío; pero ya era una piltrafa sin energías más que para arrancaditas cortas. Entonces mi matador se dedicó a hacer locuras conmigo. No os describo la faena porque fué parecida a la que te hicieron

En esto interrumpe el espíritu del quinto becerro:

«¡Y dices que a ti te tiraron un saco de piedras? Puedes darte por satisfecho, que a mí me dieron tres o cuatro veces con un tablón en los riñones, y al salir al ruedo me caí en cuanto me dieron el segundo capotazo. Y al percibir las voces del público, que pedía me devolvieran a los corrales, dije: «¡Vaya, ya he salvado la vida!» ¡Pero, sí, sí; quieras que no, aquí me caigo, aquí me levanto, me picaron una vez, me pusieron un par de banderillas, hizo el matador conmigo todas esas monerías, y encima, aun así sin morirme del todo, me cortaron la oreja para dársela en premio a mi matador.

«¡Como a mí, como a mí!»—gritaron a coro los espíritus de los otros cinco.

«¡Qué suerte la nuestra!—clamó el espíritu del sexto—. Con dos añitos y medio, cuando aun nos quedaba por lo menos dos años de disfrutar, nos sacrifican en vida, porque para que te enteres tú, Mimoso, a mí también me purgaron, y luego me tocó un pinchauvas que me arreo seis pinchazos como si yo fuera mi abuelo Jaquetón.

«¡Y esto no tendrá arreglo! ¡Nuestros hermanos más pequeños, los añijos que se quedaron en la dehesa, van a pasar por todos estos trances! ¿Es que nuestro amo no tiene conciencia? ¿Cómo tolera que nos hagan estas perrerías?

«Pero, ¿qué estás diciendo? Nuestro amo está encantado. ¿No ves que han pagado por nosotros, por una corrida de becerros, lo mismo que por una corrida de toros?

«¡Y a los toreros no les da vergüenza!

«¡A los toreros! ¿No ves que todas las tardes les dan orejas y rabos y una de miles de duros que tumba?

«¡Y el público?

«Ahora has dado en el quid. El público, el público es el que tiene la culpa. Si las plazas no se llenaran, si no se tolerasen becerros, si no se concedieran orejas...

Suenan unos porrazos. El guarda abre la puerta. Llegan los carros de la carne. Un matarife va arrojando en uno de ellos las cabezas de los seis becerros. Sus espíritus, ya callados para siempre, se pierden, se van. ¿Adónde? No lo sé.





Ricardo Torres, Bombita, rematando un quite en una corrida en la Plaza de Toros de Madrid. Machaquito esperando su turno. La gran pareja fué la promotora de aquel famoso pleito de los toros de Miura

Aquel pleito de los Miuras...

BOMBITA y MACHAQUITO fueron los promotores
El público pagó las consecuencias de la disidencia entre ganaderos y toreros

EL pleito de los Miuras. ¡Cuántas veces se ha escrito sobre esto! Y cuántas veces también, al hacerlo, se ha tratado de sacar una enseñanza aleccionadora o hacer comparaciones más o menos acertadas sobre la influencia que aquel pleito trajo consigo para la fiesta de lidiar reses bravas. Y, sin embargo, bien podemos afirmar que aquel pleito, provocado solamente por dos toreros, aunque luego le secundaran otros más, fué la piedra de toque que dió comienzo a la degeneración del toro de lidia. Del toro, que ya hoy apenas existe, y que de seguir el camino actual traerá consigo un colapso funestísimo para la Fiesta Nacional.

Los toros de Miura, mansos y bravos—pues de todo da esta vacada—, pero con presencia, poder y nervio siempre—no hablemos ya de la fatídica leyenda—, interesaban siempre a los públicos. Y no había feria de importancia en España en donde no fuese lidiada una corrida que lleva a la divisa encarnada y negra. Bombita y Machaquito, que eran entonces los amos del cotarro taurino, y que, lógicamente por ello, se veían precisados a torear mayor número de miureños todos los años, al saber que el propietario de la vacada, don Eduardo Miura, había subido el precio de sus toros, que cada año contrataba con las Empresas más corridas a base de su peligroso ganado, y que, finalmente, don Eduardo había sido el promotor de la Asociación de ganaderos andaluces, más tarde convertida en Unión de ganaderos en general y en cuyos estatutos se hacía constar que ningún empresario aceptara en los contratos de los toreros la condición—impuestas por éstos—de no torear toros de determinadas ganaderías, al terminar una corrida celebrada en Zaragoza, y en la que los dos, Bombita y Machaquito, habían lidiado una dura corrida de Miura, se pusieron de acuerdo y acordaron pedir más dinero por torear aquellos toros que tantos trabajos y fatigas les hacían pasar. Y poco después hicieron pública su determinación. Puesto que el ganadero pedía más dinero por sus toros, ellos, los toreros, también pedirían más dinero por torearlos. Pero Bombita y Machaquito, en vez de hacer esto ellos solos, por su cuenta y riesgo, embarcaron en esta aventura a otros toreros y lanzaron a la afición un manifiesto antipático y coaccionador, y que firmaron junto con ellos Vicente Pastor, Gallito, Pepe-Hillo, Lagartijo, Saleri, Lagartijillo Chico, Cocherito de Bilbao, Mazzantinito, Pepete, Bombita III, Manolete y Segurita.

Y los toreros, mal aconsejados o faltos de visión no se dieron cuenta de que este fué su mayor error, pues el público vió con desilusión que aquellos sus ídolos, por encima de su arte, valor y afición, expresaban en el manifiesto temores, dificultades y hablaban de negocios. Y la afición contrariamente a lo que ellos esperaban, se puso en contra. Y lanzado a la pública voracidad este pleito, todo el mundo se creyó en la obligación de opinar, y cada cual,



Dos gestos y dos actitudes de don Eduardo Miura, posiblemente el ganadero de más popular leyenda en la historia del toreo. Su divisa verde y negra ha sido durante muchos años el terror de los toreros

al expresarla, ponía algo de interés o pasión, no siempre legítima.

Los ganaderos se reunieron en el domicilio de la Unión. Los toreros, en casa de Bombita. Los ánimos se excitaban y se enviaron conminaciones, por una y otra parte, a las Empresas:

—Si contrata usted a esos toreros, nosotros no le daremos toros...

—Si usted compra toros a esos señores ganaderos, nosotros no los torearemos jamás...

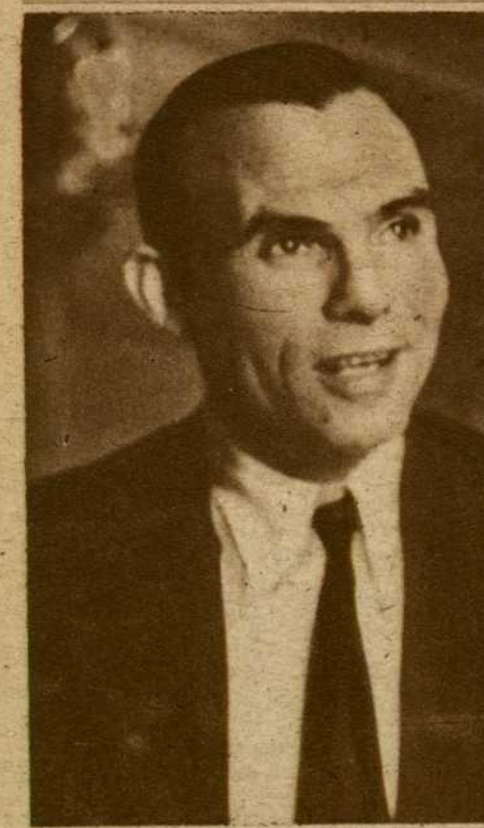
Y las Empresas, entre la espada y la pared, apenas podían decidir. Mientras tanto el público se frotaba las manos de gozo ante la batalla entablada.

Pero pronto vino la disidencia entre las fuerzas contendientes, y el Marqués de Saltillo, don Anastasio Martín, la viuda de Concha y Sierra, señores Pérez de la Concha y Benjumea, se separaron de la Unión. Y, finalmente, el Duque de Veragua intervino conciliador. Vinieron a Madrid los ganaderos disidentes; los toreros cantaron el yo p.qué, y las aguas revueltas se serenaron.

Pero había algo más que un arreglo satisfactorio, que el público no vió entonces claramente, ni supo valorar la trascendencia que había de tener la determinación que se tomó entre los ganaderos reunidos, de considerar como toro todo becerro que tuviera tres años en adelante.

Esto ocurría en 1908. Desde entonces acá el tamaño de los toros ha ido disminuyendo tanto que hoy, ya lo ven los aficionados, los toros apenas tienen más de los tres años y doscientos kilos de peso.

LOS TOREROS QUE ADEMÁS SON CRIADORES DE RESES DE LIDIA



Tres expresiones de Domingo Ortega, torero y criador de reses de lidia

No es lo mismo nombrar a un ganadero que a un torero. La figura del torero está auro-lada de una popularidad facilona y, a veces, empalagosa, porque en ella convergen, en aluvión de adjetivos, todos los comentarios, campechanías y familiaridades. No hemos oído nunca, refiriéndose a un torero activo, decir: "Don Marcial Lalanda", "Don Manuel Rodríguez" o "Don Antonio Mejías", por ejemplo. El contacto directo con las muchedumbres, el arrojo de esa profesión y la naturaleza del arte taurino dan derecho, por lo visto, al trato llano y confanzudo. De toreros, recuerdo que allá por los años de mi infancia, a Mazzantini, cuando se hablaba de él, se le anteponía casi siempre el "don".

"Don Luis Mazzantini". ¿Acaso por la exuberancia de su constitución física? ¿Por su carácter enérgico? ¿Porque era un hombre culto? ¿Porque a volapié mataba toros con muchas arrobas, sin dar importancia a la suerte suprema? Quizá por todas esas cualidades reunidas.

Los ganaderos toreros ya son otra cosa. Tienen actividades industriales o comerciales, y por la respetabilidad de sus negocios necesitan un tratamiento más adecuado a las serias funciones que desempeñaban en toda sociedad bien organizada, o libremente. El torero tiene que enfrentarse con el toro,—y con el público,—mientras que al ganadero, bien disimulado entre los espectadores, porque carece de popularidad, sólo se le ve, en rarísimas ocasiones, cuando uno de sus toros ha sido de bandera. Entonces, al menor requerimiento de lidiadores o público, salta diligentemente al ruedo para agradecer los aplausos de la multitud. Y bien; a este propósito se me ocurre una idea: ¿Por qué al ganadero no se le obliga a ocupar en la plaza una localidad bien visible? Sería justo que cuando salen al ruedo reses diminutas, encienques y renqueantes, la ira de la masa no cayera sobre los lidiadores, que si no es probable que exijan el toro de 600 kilos, tampoco les hace ninguna gracia el desaire que supone a sus faenas esos cornúpetos que, de pronto, se ponen en curdillas. ¿A que Manolete se fué a su casa, después de la corrida organizada por el Sindicato del Espectáculo, más satisfecho que nunca? Como es el coloso del toreo, le importó un ardite vérselas con un toro de trapío y de peso excepcionales, comparado con el "género" averiado que tan frecuentemente nos sirven. Ni un solo "traspatas"—uso el vocablo porque ni los gastos ni los toros tienen pies, y ahí están ilustres filólogos que pueden achacarnos la exactitud del término—dió durante su lidia la res de la divisa de Tassara. Fuerte y bravo el toro,



Domingo Ortega, en su charla con nuestro colaborador acerca del toro de lidia, cuyas interesantes manifestaciones publicamos en este reportaje

y mucho más fuerte y más bravo que el toro, el torero, en su arte singular.

Y qué coincidencias depara a veces la fortuna al cronista. Hacia escasamente setenta y tantas horas antes que habíamos encontrado al genial torero y ganadero Domingo Ortega—no es justo que con las glorias se olviden las memorias—curioseando en las vitrinas de un íntimo amigo suyo, poseedor de un verdadero museo de arte, en el que figuran, aparte de muebles de gran valor, una serie de admirables porcelanas fabricadas en el Retiro, Sevres, Sajonia... Esmaltes de Simoges, relojes de valor incalculable... Y el torero ganadero está embebido en todas estas maravillas, sin acordarse para nada de los toros que al día siguiente tiene que lidiar. Yo lamento tener que sacarlo de su arrobo, pero es que Ortega (don Domingo) es ganadero y torero. Por tanto, se impone la realidad.

—¿Qué opina usted de la actitud del público ante los toreros cuando, como ahora ocurre con tanta frecuencia, se caen los toros?

—Todo el que tiene experiencia en esto de las reacciones del público sabe que es muy impresionable. Yo no me atrevo a decir que sea precisamente el público quien tenga la culpa de que los toros se caigan; pero no hay que olvidar que la fiesta de toros es un espectáculo público y la gente aspira a divertirse.

—¡Ya! Pero como criador de reses de lidia, ¿a qué obedece esa debilidad?

—Puesto que usted me pregunta concretamente, quiero que la respuesta sea también concreta. Si los toros se caen es por falta de alimentación desde que nacen. Esto por una parte. El otro aspecto es que los ganaderos "han" atendido con mucho empeño en estos últimos tiempos

Al toro que se cae en un pase ya se le pueden hacer "diabluras", que el público, con razón, no lo tiene en cuenta--dice Domingo Ortega

al temple y estilo de los toros en su embestida. Estos, al emplearse más en la acometividad, gastan las energías, y todo, unido a su escasa fuerza, determina la debilidad de patas. Los técnicos de Zoología no han explicado claramente las causas que originan esas caídas que tanto indignan, con razón, a los públicos.

—Y usted, como ganadero, ¿qué procedimientos sigue en la selección de sus toros? ¿Se molesta que se caigan cuando actúa como torero, o le desagrada más desde el punto de vista ganaderil?

—Me molesta en todos los aspectos, como ganadero y como torero. Al toro que se cae en un pase ya se le pueden hacer diabluras, porque el público, con razón, no lo agradece nunca. Al ganadero le gusta también que los espectadores, cuando salen de la plaza, hablen del ganado. Cuesta también mucho dinero, mas desvelos y sinsabores sin cuento. Esto apenas lo sabe la gente. Y el procedimiento de selección que sigo en mi ganadería es el usual. Tiento los machos sesentales y todas las hembras de la vacada.

—¿Qué procedencia tiene?

—La de Parladé. Le compré la ganadería a don Manuel Blanco, quien a su vez la había adquirido a Gamero Cívico. Eso una parte. La otra era de mi cuñado, a quien se la compré. También Tassara tenía una porción de esta ganadería.

—Bien. Buen juego dan esos toros. Lo hemos visto recientemente con esa res que lidió Manolete el otro día en la Plaza de Madrid. Aparte de estas elucubraciones, ¿quiere decirme qué fundamen-

to tienen esos rumores, nacidos en corrillos, donde se dice que se va a formar un "trust" de toreros mejicanos y españoles?

—Yo no tengo nada que ver ni con esos rumores ni con este "trust", porque, además, no creo en su eficacia. Opino que el toro es un "dúo" entre el torero y el toro.

—¿Qué opinión tiene usted de sus compañeros?

—Para mis compañeros actuales tengo todos mis respetos y mi admiración. Todo el que se viste de torero y sale a hacer el paseillo lleva el ánimo dispuesto para lograr el máximo triunfo. Luego viene el factor suerte, en el que entran las condiciones del enemigo.

—¿Usted cree que la actuación de los toreros mejicanos dará un rumbo nuevo y beneficioso a la fiesta?

—Yo no creo nada, porque la verdad es que la fiesta de toros no necesita rumbos nuevos. Su abolengo y su estilo, fundamentalmente españoles, están por encima de todas las modalidades.

—¿Qué le parecen a usted, como toreros, Manolete y Arruza?

—Que siento por ellos, como por todos mis compañeros de profesión, una admiración profunda.

—Pero...

—¡Sí, claro!

—Y de los aficionados de hoy, ¿qué concepto tiene?

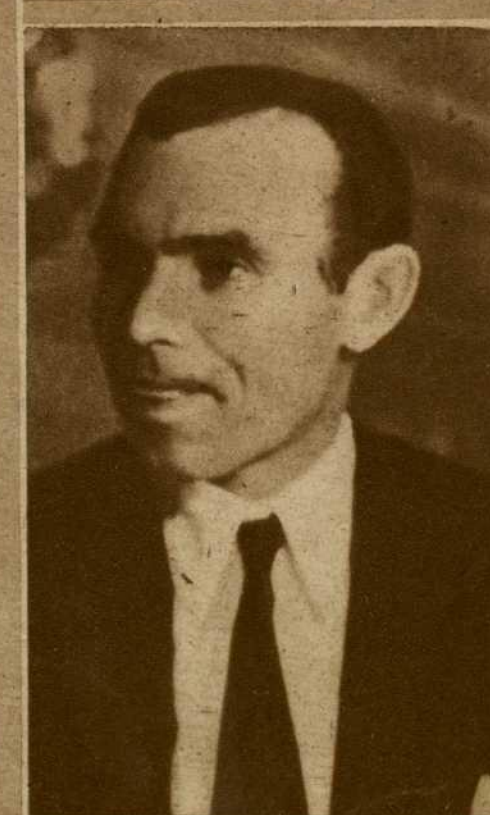
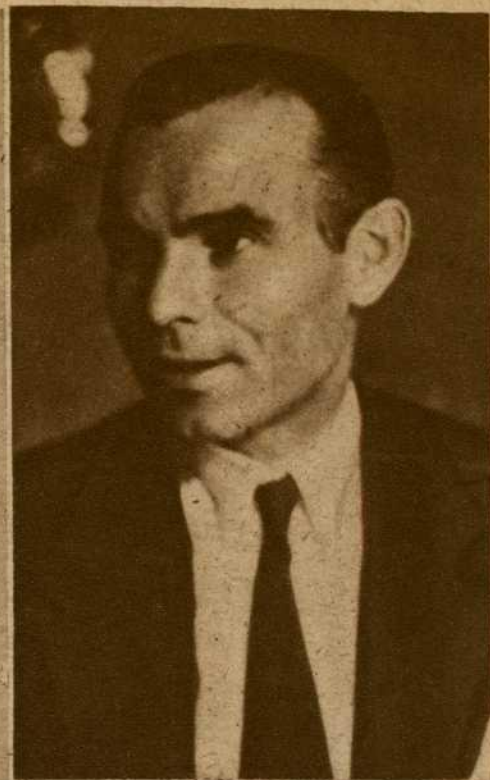
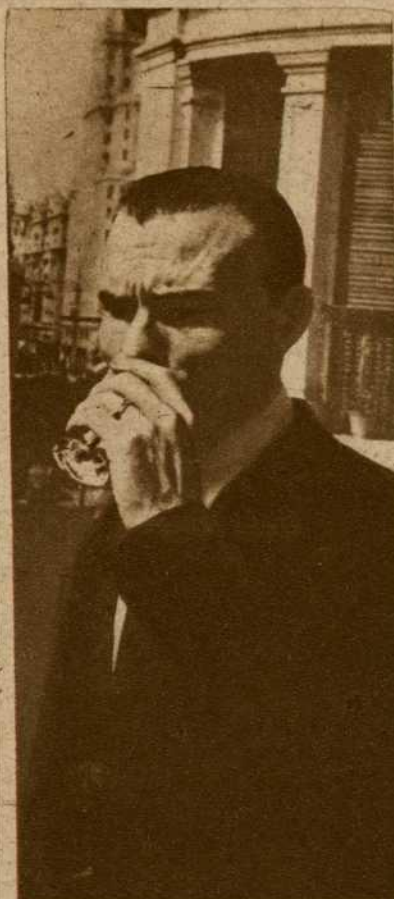
—Las Plazas monumentales y las condiciones de excepción por que atravesamos, a consecuencia de la guerra, determinan una afluencia de público nuevo en las Plazas que influye con su inexperiencia en las directrices de nuestra fiesta de toros. ¿Quiere usted ver esta porcelana de Sajonia? Es una maravilla.

Ortega, buen torero y buen castellano, quiere desviar la conversación. Nos ha dicho muchas cosas interesantes, con el ruego de que no las transcribamos. Y cumplimos la palabra dada. Sus razones tendrá.

Lo que importa es que este gran torero-ganadero tiene toros que no abren la boca durante la lidia, aunque son fuertes y pastueños, y él se queda boquiabierto ante estas maravillas artísticas que tienen la misma delicadeza, suavidad y armonía de una de esas grandes faenas que, en los ruedos y ante los toros, le dieron fama merecida.

Ortega hace punto y aparte en la charla, insiste en que ya fué bastante el rato acerca del tema taurino y nos ofrece una copa de vino español para desviar el palique.

MIGUEL RODENAS



Gesto y rostro de Domingo Ortega durante su charla.—(Fotos Zarco.)



En el momento recogido por nuestro fotógrafo, mientras Domingo Ortega y Miguel Rodenas hablaban de toros. El torero toledano tiene en su doble significación de ganadero una autorizada opinión en este aspecto

En Madrid son de novillos muchas corridas consideradas de toros en provincias

A malos carteles, pérdida segura para los empresarios

Don José Alonso Orduña quisiera acabar con que a la Plaza de la capital de España se la considere como el asilo de los toreros fracasados



LUEVEN críticas y admoniciones sobre la Empresa de la Plaza Monumental de Madrid. La mediocridad de los carteles que nos ha venido prodigando a lo largo y a lo ancho de la temporada que ya languidece, hace recrudescer la campaña de juicios reprobatorios. Desde esta misma Revista se han elevado autorizadas voces vituperando lo que se ha venido en considerar como el sacramento del organismo que rige nuestra Plaza de Toros.

Nos hemos personado en el despacho de don José Alonso Orduña, que por estar encargado de la gerencia de la Empresa, es la persona más capacitada para responder a nuestras aseveraciones.

Tras el ruego a nuestro visitado que por unos momentos corte el aluvión de costumbres, integridad por apoderados, padrinos, ganaderos y toreros en paro forzoso, entramos de lleno en el tema, preguntándole:

—¿Qué factores se oponen a que Madrid tenga en lo taurino el prestigio que merece?

—Muchos y muy complejos. Le hablaré de los más esenciales. El primero, el ganado, que en Madrid ha de tener un trapío y un peso no exigido en ninguna otra Plaza de España. Aquí hay que dar el peso reglamentario, y usted recuerde los pesos que han arrojado algunas corridas dadas en provincias cercanas a Madrid.

Tan exigentes son las autoridades y los veterinarios en la capital de España, que sus escrúpulos llegan hasta el novillo, al que sabido es que reglamentariamente está admitido el ganado desecho de tonta y defectuoso y sin peso.

—Usted es, al comprar el ganado en gran cantidad, ¿no experimentan unos considerables descuentos?

—Alto, amiguito, que ya le voy a usted venir. Conste de una manera categórica que en Madrid se satisface el precio máximo de cotización en el mercado para corridas de toros y de novillos. No se compra nada de saldo ni por lotes. Y conste también que en la Plaza de las Ventas son de novillos muchas corridas consideradas de toros en provincias.

—¿No cabe un mayor esmero en la confección de carteles?

—Es muy difícil, debido a que los toreros de cierto prestigio huyen de nuestra Plaza, procurando torrear en ella lo menos posible, para airear todo cuanto pueden en provincias el más pequeño éxito aquí conseguido.

—Pero ellos alegan que ustedes son parcos en justipreciar sus honorarios.

—No tienen razón a hablar así, puesto que en la Monumental se paga al torero más que en ninguna parte, con la excepción de algunos, que

puedan interesar más en otras Plazas que en la nuestra.

—Reconozca, don José, que en provincias nos dan ciento y raya en materia de organizar corridas.

—No es lo mismo montar una feria con la anticipación necesaria a uno o dos festejos por semana durante un plazo de siete meses.

—¿Influye en las dificultades que ustedes encuentran los votos de los toreros opuestos a determinadas ganaderías?

—He aquí el nudo de la cuestión. Madrid, que necesita, aproximadamente, unas treinta corridas de toros y otras tantas de novillos, se ve obligada a adquirir a un determinado número de ganaderías, que me atrevo a calificar de más o menos gratas para el torero. Este agrado, mejor dicho, el desagrado hacia la ganadería, influye poderosamente en el cartel, hasta el punto de que éste será del agrado del público si el ganado satisface los gustos de los toreros, y viceversa si la ganadería es de las que hacen ascos los señores diestros.

—¿Con qué programas experimenta la Empresa mejores ingresos?

—Con los buenos, sin duda alguna. Estos, aunque su presupuesto sea elevado y los precios, por tanto, en relación con los gastos, dejan margen para la ganancia. En cambio, con los carteles malos, aunque parezcan baratos, siempre se experimenta pérdida. ¡Comprenda usted que es completamente ridículo nos fiarnos de ser amigos de los malos carteles a ciencia y conciencia de saber que nunca reportan beneficio!

—De lo que se deduce...

... que el torero más barato, siendo el más caro, es Manuel Rodríguez, el milagroso para toda Empresa taurina.

—¿Y el punzante tema de los precios?

—Los precios están embalsados en una carrera desalentada. Asusta pensar, no ya en el presupuesto de una corrida de toros, sino en el de una modesta novillada. Desde los matadores de toros de mayor categoría, que cobran unos honorarios estratosféricos, hasta llegar a los de categoría más modesta, que vienen a cobrar lo que nunca llegaron a recibir muchos matadores de toros de hace unos años. El ganadero de categoría ya no tiene novillada; todas son corridas de toros, ya sean grandes o chicas, vendidas siempre a precios fabulosos. Y por si fuera poco, el ganadero se desentiende de su responsabilidad desde que la corrida sale de la dehesa.

—Pero a ese paso acabarán entre todos con la famosa gallina.

—Mi opinión es que debemos dejarnos de ambiciones para llegar a una armónica colaboración, no vaya a ser que el público empiece a cansarse. Aunque llevo observado que la afición acude a los espectáculos caros y paga lo que se le pide, y, en cambio, huye de lo barato cuando no le satisface.

—¿Qué opina usted del desfile continuo de debutantes, de los que, salvo dos o tres, los demás más valiera que no hubieran venido?

—Certo. Los debutantes no vienen con la debida preparación, demostrada en cincuenta o sesenta novilladas realizadas en Plazas de importancia. Los antiguos lo hacen así y vienen a Madrid a demostrar hallarse en condiciones de pasar a la alternativa. En cambio, ahora vienen a desfilarse. Y es evidente que la Plaza Monumental de Madrid no debiera tomarse ni como un asilo



Don José Alonso Orduña, gerente de la Plaza de Toros de Madrid, en un momento de su conversación

de fracasados ni como un laboratorio de toreros incipientes.

—Entonces, ¿por qué les abren ustedes las puertas?

—El debutante sin méritos propios intenta salir en Madrid, y a falta de presentar un lucido bagaje de carteles, apela al socorrido recurso de las recomendaciones, hasta conseguir una que haga mella en los organizadores, pero, ¿a costa de qué? Pues a cuenta de su fracaso, y si pudiera afirmarse que el traje es de su propiedad, cabría pedirle que lo enajenara para siempre al abandonar la Plaza. Y lo peor no esto sólo: lo lamentable es que por el empeño de los padrinos—siempre a cubierto de riesgos y responsabilidades—sale el recomendado sin méritos tapando el sitio a otro que posiblemente los posea.

—¿Proyectos finales de temporada?

—Faltarán uno o cuatro o cinco festejos entre corridas de toros y novilladas. Quisieramos ofrecer a la afición buenos carteles, de idéntica categoría a las dos corridas últimamente torreadas por Manólete y Arruza, las indiscutibles figuras de la torería contemporánea.

Hasta aquí las manifestaciones del primer rector de la Empresa de la Monumental de Madrid. En ellas tiene el aficionado materia abundante para tejer unos dilatados comentarios, que a su albedrío dejemos.

GENIO Y FIGURA

DE GITANILLO DE RICLA A DON BRAULIO LAUSIN



Braulio Lausín en su época de Gitanillo de Ricla

Aspero y rudo fué el tránsito por los ruedos para Gitanillo de Ricla. Después de luchar incesantemente durante diez años y de sufrir numerosas cornadas—cuatro de ellas gravísimas—, se retiró de los ruedos con un menguado capital. Las intervenciones quirúrgicas y los largos periodos de convalecencia se llevaron buena parte de los ingresos laboriosamente conseguidos.

Si no hubiera sido Braulio Lausín un hombre activo y emprendedor habría llegado a la plenitud de su existencia tan limpio de bienes como empezó. Ocupado ahora en la compra y venta de ganado y en explotaciones agrícolas, cuenta con un saneado capital y un crédito ilimitado.

Los años han acentuado los rasgos juveniles que ya marcaban una precoz seriedad. Era un arrapiezo cuando la necesidad lo empujó a las duras faenas campestres. Dió cara al hambre, dispuesto a vencerla, y lo logró plenamente.

Nacido en el corazón de Aragón, en la villa de Ricla, enclavada en la línea férrea de Madrid a Zaragoza, a los once años se emancipó de la gleba para enrolarse al servicio de un tratante de caballerías. De su obligado chalaneo con los errantes «calés» le vino el apodo que hasta su muerte ha de acompañarle.

De mis conversaciones con Braulio obtuve la impresión de que le agradaba poco recordar sus tiempos de torero. Da la sensación de que los olvida de intento, de que los rehuye por un sentimiento de modestia, o de que al menos los reserva para rumiárselos en sus meditaciones solitarias.

Pero no por ello los ha olvidado. En 1918 sintió las primeras incitantes llamadas de su vocación taurina. El debut como matador de novillos tuvo lugar en Zaragoza, en una corrida-concurso de novales celebrada en el coso taurino de Zaragoza el 3 de agosto de 1919. Pronto adquirió fama de torero valiente y pundonoroso, llegando a ser el insustituible en cuantas novilladas se celebraban en los ruedos aragoneses.

Tan rápida fué su carrera ascensional que en el mismo año de su presentación toreó con caballos en varias plazas de superior categoría, como Barcelona y Valencia. El 26 de mayo de 1921 hizo su presentación en la Plaza vieja de Madrid en la lidia de seis astados de Atanasio Martín, llevando de compañeros a dos malogrados espadas: Maera y Nacional II.

Los toros salieron sosos y apagados, pero «el maño»; a fuerza de temerario valor, los obligó a embestir, y ante el escalofrio reflejado en los semblantes de los espectadores consumió dos faenas prodigio de valor y temeridad.

Y el que empezó catalogado como torero valiente a secas, supo asimilar un estilo brillante y artístico sin mengua de un granítico valor, el más genuino exponente de su personalísima forma de torear.

Tras una campaña novilleril de cuatro años, Gitanillo, ya convertido en el León de Ricla, fué consagrado matador de toros en la Plaza de Santander, por Ignacio Sánchez Mejías, que le cedió el toro *Tarifeño*, como los siete restantes, de Surga. Con ambos espadas compitieron Maera y Marcial Lalanda. La efemérides lleva la fecha del 10 de agosto de 1922.

Pocas semanas después, el 24 de septiembre, vino a Madrid a verificar la confirmación, siendo esta vez Domingo González, Dominguín, el encargado de referendarlo el doctorado. De testigo actuó Joseito de Málaga. El ganado, de Palha, resultó tan poderoso como manso de solemnidad.

Los triunfos más legítimos los obtuvo Braulio en la Plaza de Toros de Madrid, y ya se sabía: si Gitanillo aguantaba la corrida sin tener que pasar a la enfermería, era seguro que cortaba orejas en alguno de sus toros.

Aun recuerdan algunos aficionados madrileños la tarde del 16 de mayo de 1926, en la que se corrieron toros de Santa Coloma para Márquez, Villalta y Gitanillo. Tanto Antonio como Nicanor habían elevado el tono de la corrida con sus formidables actuaciones, cuando Braulio Lausín, por no ser menos, salió dispuesto a que nadie le pisara el terreno.

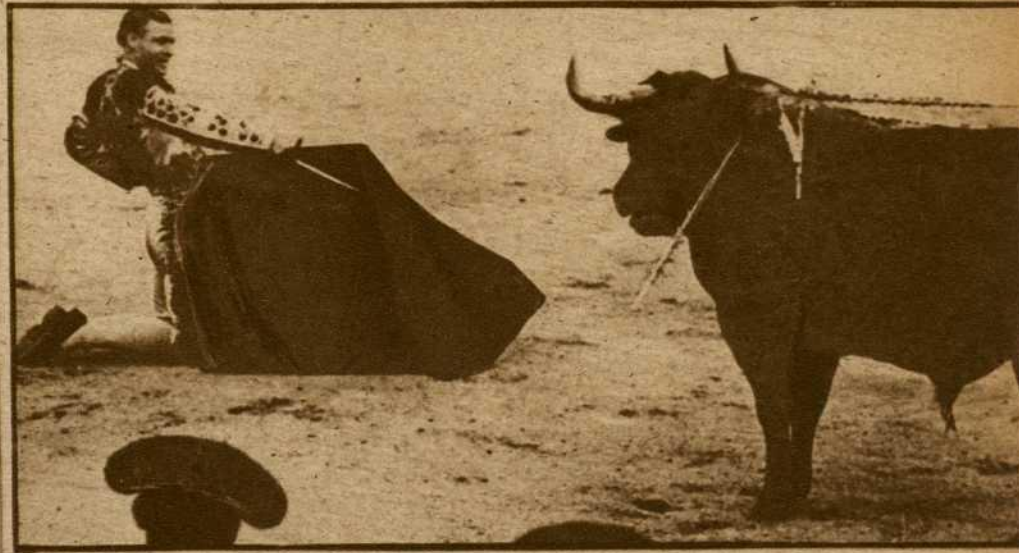
Casi sin dar sitio al astado para revolverse, citó al natural con la izquierda, obteniendo una serie escalofriante de pases rubricados con el de pecho, que hizo auparse al público presa de incontenible emoción. Y juzgando sin duda que aun faltaba trágico sabor a la faena, se arrojó a dos dedos de la fiera y de espaldas a ella. El de Santa Coloma se le arrancó súbitamente. Por un verdadero milagro la res se limitó a suspender al torero por una de las axilas, sin causarle lesión alguna. Gitanillo de Ricla, sin inmutarse, montó el estoque y citando a recibir lo hundió certero hasta la empuñadura. El público, al volver de su atonía, se lanzó al ruedo, y tras de serle concedidas las orejas y el rabo, paseó en triunfo al bravo torero aragonés.

Lo más terrible de la vida taurina del diestro de Ricla son las cornadas. Tiene una en el costado derecho, la que le quitó de torear, que lo puso en inminente trance de muerte. Le interesó la pleura y el pulmón. Los cinco doctores que en los primeros momentos le asistieron dieron casi por seguro un rápido y mortal desenlace.

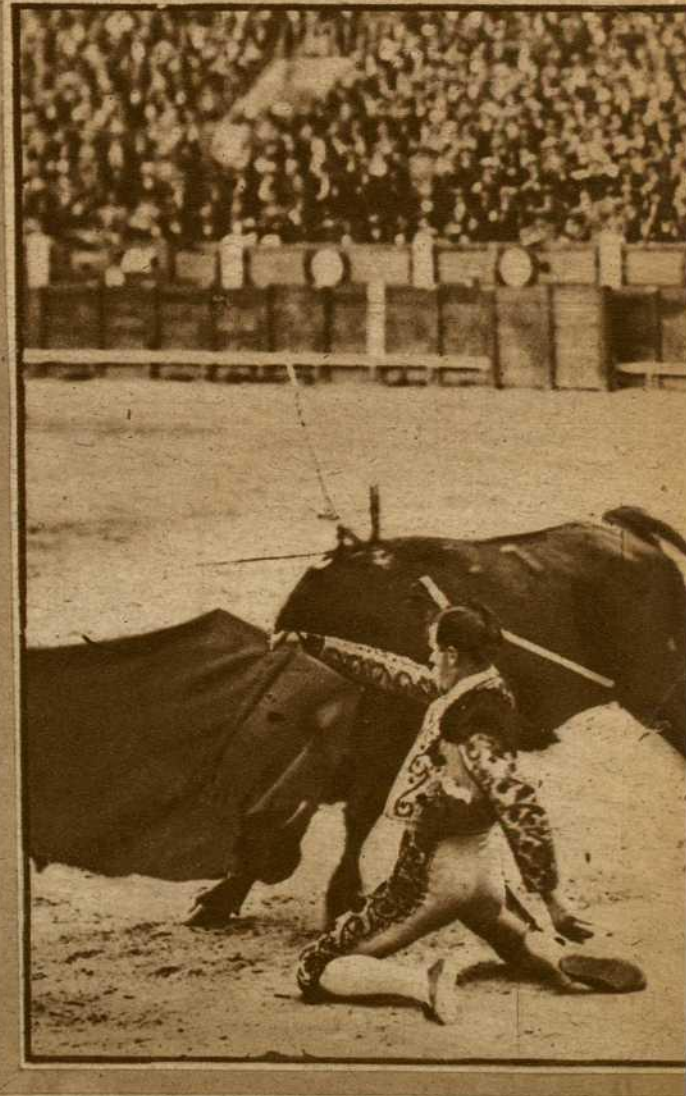
La cornada se la infirió una res de don Argimiro Pérez Tabernero, al rematar un ceñido farol. Fué en la corrida de San Isidro del año 27, en la que tomaron parte también Martín Agüero y Villalta. Hubo que hacer al herido varias transfusiones de sangre y un año más tarde aun permanecía bajo los efectos de la espantosa cornada.

En un formidable esfuerzo de voluntad, volvió Gitanillo a torear en la temporada siguiente, sin duda para probar sus mermadas fuerzas. Los públicos de Alicante, Madrid, Zaragoza y Barcelona comprobaron con pena cómo a las llamadas de un corazón gigante no podían responder unas energías rotas y maltrechas.

El mismo Braulio, tan poco dado a exagerar nada que con sus pasadas actuaciones se refiera, al poner el último comentario a nuestra charla, en voz baja como si hablara en soliloquio, dijo:—Más terribles que las cornadas mismas, son lo que viene después. Cuando se siente que la herida quema y taladra cada vez más. Cuando camino de la enfermería se oye decir, como a mí me sucedió: «¡Pobre Gitanillo, va bien «calados!» Y luego, conforme se iban perdiendo las fuerzas, la acuciante incertidumbre de no despertar nunca. Son impresiones que los que las hemos pasado difícilmente podremos olvidarlas.



En las fotos: Tres momentos de Gitanillo de Ricla en su actuación en los ruedos. Valor, pundonor, hombría...



DE LA HISTORIA AL CHASCARRILLO

PASAR POR NATURALES Y TOREAR POR LA CARA

Por JOSE CARLOS DE LUNA



De la Ceca a la Meca; de la Historia al chascarrillo; de la Sinfónica a la murga; del azúcar de pilón a la ragua de la cañadú... Y ya es hora de que los clásicos términos taurinos que naufragaron en *manuelinas* o *manoletinas*, *chicuelinas* y otros caldos con más olor que sabor, saquen de la pringue sus atezadas fisonomias.

En primer lugar, el matador, ¡el maestro!, no torea, sino que manda y aborma al toro pasándolo de capa o de muleta, y remata, con una o con otra, dejando al *enemigo* en suerte para varas o en trance del volapié. El peonaje es el que torea, corriendo al toro—sin pasárselo—o jarapeándolo a conveniencias del rito o a mandatos del *patrón*. Claro es que si éste los imita con más o menos arrequives, también torea; pero saliéndose de su jurisdicción... y de su compromiso.

De aquí que consideremos mal catalogados esos flamuleos por la cara en los que, cuando más, se enmienda el diestro a pitón pasado, dejando sin pasar las dos terceras partes de lo que se obliga a su mando. Y por esto son tan contados los pases clásicos con la muleta, mientras el torero por la cara o de pitón a espaldilla admite las interminables clasificaciones que arrancando del mal llamado pase de tirón, culmina en el molinete y en eso que dimos en llamar pase de la firma.

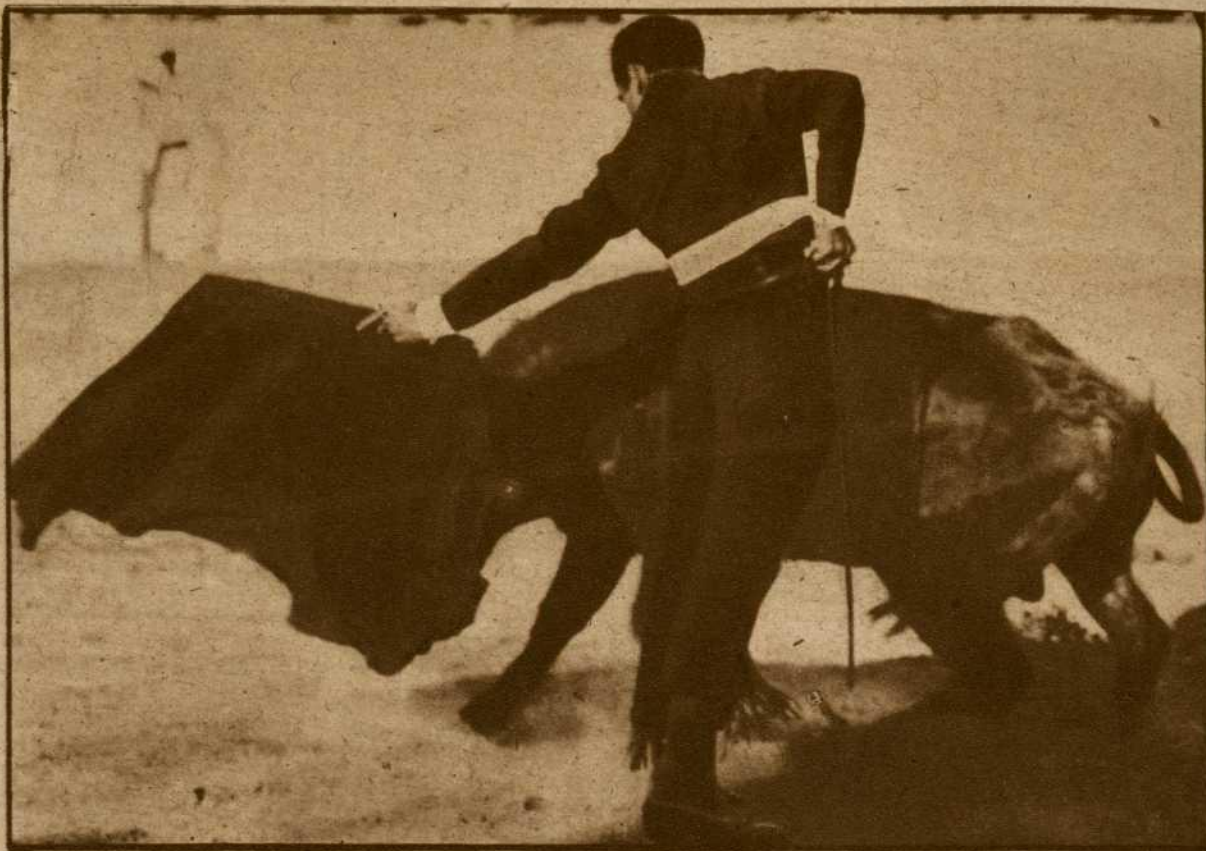
El pase natural fué, es y será el de más categoría entre todos los que merezcan el calificativo de pases de muleta; porque siendo el que requiere más dominio de la suerte, más fije, ahorma y quebranta para el posible volapié; fin—a fin de cuentas—para el que se habilitó el diploma que gradúa al diestro de matador de toros. Ligarlos en serie es de maestro, y salirse del último posible con el de pecho es el colofón al romance de la hombría y el joyel que abrocha el comentario de las palmas.

Dimos en decir, con resobada insistencia, que hoy se torea como nunca se toró. Es verdad; se pisa un terreno inconcebible antes, cuando la muerte marcaba lindes recabando la propiedad de su predio.

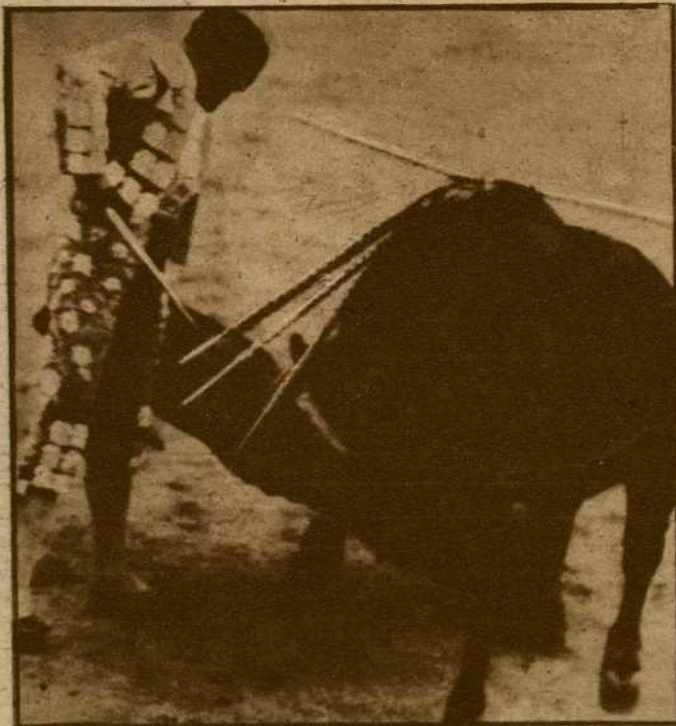
Si antaño tropezaba un toro a un torero, casi sin derribarlo, nos sorprendía el parte facultativo acusando la gravedad de una cornada de caballo; como se decían de aquellas de catorce o quince centímetros que destrozaban a un hombre. Hoy—sin que lo lamentemos; ¡no faltaba más!—vemos a un torero, no tropezado, sino corneado aparentemente entre las patas de la res, pisoteado, zarandeado... El corazón se nos sube a la garganta. Aquello dura segundos que parecen años. Y cuando horrorizados contemplamos al *guiñapo* de oro, seda y polvo en brazos de las asistencias, más nos afirmamos en las trágicas consecuencias de pisar aquel terreno vedado por los cánones. Gracias a Dios, poco nos dura el espanto; por fortuna, todo se redujo a un palatazo y una ligera conmoción. Unas compresas de árnica y unos asperges de agua fría devolvieron al maestro a su profesión y a nosotros la tranquilidad.

¡Tarari...! Han tocado a matar, y otro diestro pisa ahora el terreno inconcebible. ¡Como nunca se pisó! ¡Como antaño no podía pisarse sino una sola vez!

Pero volvamos a los naturales, pases que no pueden iniciarse y me-



El maestro Juan Belmonte toreando por naturales, vestido de corto y con el traje de luces; el fenómeno de Triana fué el revolucionario de la época contemporánea del arte del torero



nós ligarse si nose está muy dentro del terreno del toro, aunque sin necesidad de dejarse pisar por él las zapatillas, y ojeemos la reseña que un periodiquito taurino de Cádiz, *Fray Camándulas*, hace de la corrida allí celebrada el 28 de mayo de 1891, en la que lidiaron toros de don Antonio Miura las cuadrillas de Cara-Ancha, Marinero y Reverte, concretando la transcripción a los últimos tercios, que son los que cuadran a nuestra tesis:

1.º «Lezneros». «Cara-Ancha, ataviado con lujoso traje azul marino y oro, pasa al toro con tres naturales, dos de pecho y uno con la derecha, para un pinchazo y un volapié hasta la mano. Ovación.»

2.º «Calzadillo». «Marinero, con terno habana y plata, trastea al burel con tres pases naturales y cuatro con la derecha. Un pinchazo y una hasta la mano, caída. Pitos.»

3.º «Abaniqueros». «Reverte, de azul y negro, se va al toro y lo pasa ocho al natural y de pecho y seis con la derecha, para un notable volapié hasta la mano. Ovación.»

4.º «Cuchareros». «Cara-Ancha, previos cinco naturales, tres de pecho y uno con la derecha, despacha al burel con un pinchazo, una media bien puesta y una hasta la mano, tendida. Palmas.»

5.º «Perlitos». «Marinero, después de siete naturales y dos con la derecha, le atiza al toro dos cortas bien señaladas, una media y un volapié hasta la taza. Ovación.»

6.º «Muleros». «Reverte se deshace de su adversario después de once pases, con un pinchazo y una algo baja.»

Se ve al revistero, ya con las cuartillas en el bolsillo, mirando al ruedo de reojo y pugnando por las tapas y las cañitas.

Añade la revista:

«Los toros, cumplieron. Caballos muertos, 12.»

¿Qué les parece a ustedes?

Que casi esencialmente se pasaba por naturales; que había que entrar por *uvas* tantas cuantas veces se precisaban, sin encomendarse al descabello ni a los *enterradores*, y que los toros de don Antonio Miura, que tomaron cincuenta y un puyazos y mataron doce

caballos... ¡cumplieron!

Cúmplenos a nosotros suponer que entonces también había toros.

Y antes de terminar, saldremos al encuentro de una observación dura y que aparentemente desvirtúa nuestros argumentos: ¿Acaso ahora no se registran cornadas gravísimas, de las que algunos mueren?

Así es, desgraciadamente. Un eral pajuno mató a Rafael Romero, mayoral de «Los Bermejales», y una utrera enclenque por poquito acaba con Manolo Sierra, el mejor garrochista de mis tiempos. Sin que esto quiera decir sino que mientras las reses tengan cuernos serán posibles las cornadas, y que más expuestos están a recibirlas los toreros que los confiteros. Pero si aseguramos que el riesgo se disminuyó notablemente, y que si se estudiaran los percances de ahora, comprobaríamos que casi todos los ocasionan animales que barbean los cinco años. La maldad y la intención son en todas las especies función de la edad, del refinamiento del instinto o de los estímulos de la experiencia.

TEMAS TAURINOS

TOREAR DE CERCA Y TOREAR DE LEJOS

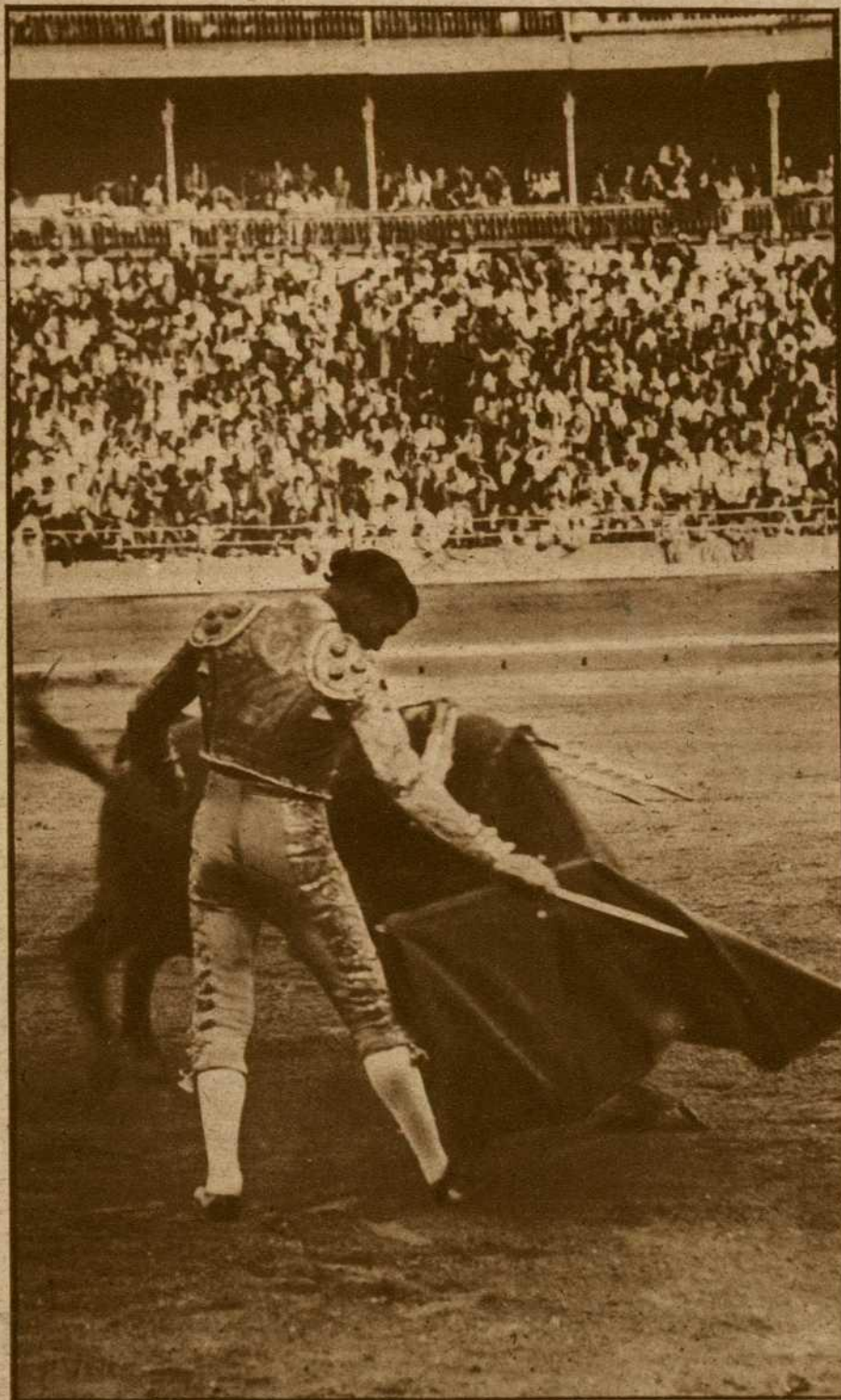
Por FELIPE SASSONE



DIJE en el artículo inmediatamente anterior a este que empiezo a pergeñar, que se domina al toro con la muleta "a condición de que el toro deje llegar, porque al que avanza antes de tiempo, aunque sólo sea ga-

zapeando, y al avanzar se cruza en sentido contrario al pase, cuando ya el torero no puede cambiarse, a ése no hay quien le torce de muleta". Había dicho también que ello puede conseguirse cuando el toro consiente en que "el muletero llegue hasta el sitio preciso e indispensable".

De todo esto deduzco yo, y deducirá el lector si quiere y le parece, como a mí, lógica la deducción, que para dominar el mal estilo de un toro y corregirlo es indispensable trastearlo desde muy cerca. El toro incierto, reservón, que desparrama la vista, que da arrancadas intempestivas, que tiene querencias porfiadas, acaba por perder todos estos resabios cuando no le dan ocasión a que los ejerce; esto es, cuando el matador se queda solo con él y el bicho ya no tiene otro enemigo a quien acometer. O embiste al único torero que tiene delante o huye de él, y del torero depende, cuando no se trata de un enemigo de mansedumbre absoluta, que el toro no huya. Aun tratándose para el toro de un solo enemigo, en el torero que se le acerca sin intervención de peones, podrá apreciar en él dos objetos: el cuerpo del lidiador y el engaño que el lidiador trae en las manos. Pues bien; el torero ha de tener el valor suficiente y la absoluta seguridad en sí mismo para quitarle al toro posibilidad de opción entre la muleta y el cuerpo y albedrío para escoger el camino de su capricho y no el que le manda el muletero. Para torear por delante poquito a poco, tirando del toro, haciéndole que se engría con el trapo y que vaya insensiblemente, por celo, por embeberse en el engaño, alargando y haciendo franca su media arrancada de reservón, hay que ponerse muy cerca. Como estando muy cerca además es necesario taparse con el engaño, la faena de corrección y de dominio sólo puede hacerse con las dos manos, o con la mano derecha sólo, usando el estoque para extender y agrandar la muleta. Puedo asegurar que antiguamente no se prodigaba el uso de la mano derecha al muletear. En otras ocasiones he dicho, y lo repito ahora, que hasta principios de este siglo, en que José García, el Algabeño, trajo como novedad un pase que no acababa de ser de pecho, dado de costadillo, con la derecha y con salida por la izquierda, no se usó la muleta en aquella mano para lucimiento o adorno. Los críticos de aquel entonces—el más encarnizado era Pascual Millán—censuraban mucho ese pase que llamaban "pase de espaldas". Después se llamó "pase del soldado". Quedó como adorno y lo prodigaron "haciendo la estatua" Manolo Bienvenida (padre) y Chicuelo. Ellos mismos mejoraron el lance, perfilándose, dejándose pasar el toro por delante, hasta elevarlo a pase de pecho con la derecha, agrandado el engaño por el estoque, tal como hoy se da



"Este pase de dominio, que llegó a su apice en el toreo seco y eficazísimo—no exento de ritmo, plasticidad y elegancia—de Domingo Ortega."

entre el aplauso de los que, erróneamente, admiran tan sólo el toreo de los pies juntos. Antes del Algabeño, la mano derecha no dió nunca salida por la izquierda. El pase con la derecha, llamado de tanteo, usábase cuando el diestro, poco seguro de las condiciones del toro, lo probaba al empezar la faena, que no se atrevía a iniciar con el ayudado de pecho—a dos manos, como era frecuente—, o llegando a la resaca la muleta en la izquierda, para el pase alto, según solía hacerlo, con majestuosa hombría, Vicente Pastor. El pase de tanteo tuvo a veces reposada y ceñida elegancia en el arte de Antonio Fuentes. Generalmente era un lance despegado, de precaución y defensa. En el transcurso del trasteo sustituía—sin lucimiento ni eficacia—al pase de pecho después del pase alto con la izquierda. Alternaba con esta mano en los medios pases por delante, en eso que se llama actualmente "machetear". Nunca hasta ahora se machateó con la mano derecha para darle salida por el lado contrario. Nunca se toreó por bajo con la mano derecha sola. Este pase de dominio, por los dos lados, con una sola mano y por bajo, es invención moderna, que llegó a su apice en el toreo seco y eficazísimo—no exento de plasticidad, da ritmo y de elegancia, fuera injusto negarlo—de Domingo Ortega, y culmina hoy en el modo, a la par apretado y suave, frío, lento, magistral y mandón, de Antoñito Bienvenida. Y ahora acude a los puntos de la pluma un nombre ilustre en el toreo, que ha de escribirse necesariamente: el de Manuel Rodríguez, Manolete. Este gran torero, de quien no fui partidario ciego al principio, pero que hoy cuenta con mi adhesión casi absoluta y con mi admiración más amplia, ha unido a su toreo, que llaman estatuario, erguido y con los pies juntos—que para mí no es todo el toreo—, este pase de dominio con la mano derecha, que ha de cumplirse con el compás abierto, y en dicho lance él y el maestro de Borox y José y Antonio Bienvenida no tienen rivales en la manera de "doblarse", en la extensión y en la lentitud que le imprimen, ligándole con el siguiente, yendo a mejorar el terreno, hacia la cola del enemigo, para que éste se escorce y "destronque", y en ello estriba la eficacia de su

virtud hominadora. Antes se dominaba por bajo con las dos manos a la vez: ésa fué la lección de Ricardo Torres, Bombita, y el secreto maravilloso de Joselito, el Gallo. Este buen toreo, por el pitón contrario, "cruzándose", no puede hacerse con los pies juntos. Por alto, con la mano derecha—el toreo por alto no domina—, nadie fué eficaz nunca, exceptuando Juan Belmonte, el inolvidable, que lograba sujetar en esta suerte, por lo ceñido, rabioso y continuado de un trasteo en el que mejoraba su terrero a cada pase, metiéndose en los costillares del bruto para retorcerle y quebrantarlo. Antes de Belmonte, nadie.

Y esto dicho, procuraré decir en el próximo artículo cómo para torear bien, con gracia y con elegancia al toro claro, hay que torear desde lejos, dejando que el toro pase cerca del torero, pero pase todo él, distanciándose, porque sólo este toreo largo, que renueva el peligro a cada cite y no es ese toreo de "cadeneta", por segmentos de pase, es el que tiene desahogo, calidad, virtud de plasticidad renovada y de ritmo constante.

El Ruedo



AMONIO CASERO

BUENA CORRIDA LA SEGUNDA DE FERIA CELEBRADA EN HELLIN DE TOROS, EN BELMONTE BECERROS, EN VEZ DE TOROS, EN BELMONTE



Bienvenida Belmonte Manolete

Cortaron orejas DOMECQ, PEPE BIENVENIDA, BELMONTE y MANOLETE

HELLIN 1 (Mencheta). — Se celebró la segunda corrida de feria, en la que se lidiaron siete toros de la ganadería de Samuel Hermanos, por Alvaro Domecq, Pepe Bienvenida, Juanito Belmonte y Manolete.

La Plaza registra un lleno absoluto.

Preside el gestor municipal señor López Torres, asesorado por Arenillas.

Alvaro Domecq, en su toro, se luce recibiendo con la garrocha a la puerta misma de los toriles. Luego torea a la jineta, y coloca un buen rejón. (Palmas.) Repite con dos más, y después brinda al público, colocando tres pares de banderillas superiores. Coge el rejón de muerte, y lo clava con tal suerte, que acaba con la res. (Ovación, oreja y vuelta al ruedo.)

Lidia ordinaria.

Primero.—Muy bravo. Bienvenida liga cinco verónicas muy buenas. Aguanta el toro tres varas, y en los quites se lucen los matadores. Bienvenida coloca tres pares muy buenos, y después ha-

ce una faena, que inicia con varios pases ayudados por alto, para seguir con naturales, derechazos, molinetes y adornos. Mata de una estocada que basta. (Ovación, las dos orejas, vuelta y saludos desde los medios. Se da la vuelta al toro por su bravura.)

Segundo.—También muy bravo. Belmonte se hace aplaudir en una serie de verónicas. Con una sola vara y un solo par de banderillas el diestro manda cambiar el tercio, y hace una faena que comienza con cinco pases ayudados por alto y un natural. Luego dos de la firma, manoleteras, afarolados molinetes, etc. Mata de una estocada entera. (Ovación, las dos orejas, vuelta al ruedo y palmas al toro en el arrastre.)

Tercero.—Igualmente bravo. Siete verónicas de Manolete le vantán al público de los asientos. Apuntamos dos varas y dos pares de banderillas. Con la muleta el de Córdoba da cuatro pases por alto, dos derechazos uno de la firma, tres derechazos más, al son de la música; tres naturales más quietísimo, tres derechazos, un ayudado, cambios de muleta y manoleteras entre olas. Mata de

un volapié y el descabello. (Ovación, las dos orejas, vuelta al ruedo y salida a los medios. Manolete invita a sus dos compañeros y a Alvaro Domecq, y los cuatro saludan desde el tercio en medio de una ovación imponente.)

Cuarto.—Cuatro verónicas de Bienvenida, buenas. Hay un buen tercio de quites a la salida de tres varas. Pepe Bienvenida coge las banderillas y pone tres pares, todos ellos de gran exposición, especialmente uno saliendo del estribo. La faena la inicia sentado en el estribo, y luego sigue con dos ayudados, dos derechazos y un farol. El público pide música, y a sus acordes sigue la faena Bienvenida con tres pases en redondo rodillazos y otros de diversas marcas. Entrando bien deja media superior; luego, un pinchazo y media en todo lo alto. (Ovación y saludos.)

Quinto.—Más pequeño que los anteriores. Se aplaude a Belmonte en cinco verónicas. Anotamos dos varas y tres pares de banderillas, a la salida de uno de los cuales el toro cae. Juanito, con la franela hace una faena inteligente para conservar la escasa energía de la res, y en cuanto iguala, mata de una estocada buena. (Palmas al torero y pitos al toro.)

Sexto.—También es pequeño. Manolete liga cinco verónicas aceptables. Hay dos varas y dos pares de banderillas cambiando se el tercio a petición del diestro, quien con la flámula da cuatro pases por alto, dos con la derecha, otros dos por alto, otros cambiados y naturales, dos manoleteras, otro de la firma y varios adornos. Entrando de cerca larga una estocada buena que basta. (Ovación, oreja y despedida apoteósica a los cuatro maestros que han participado en la fiesta taurina.)

Toreros españoles en Méjico

En breve cruzará el Atlántico, para actuar en la Plaza del Torero, de Méjico, junto a Pepe Luis Vázquez, cuya noticia de viaje dimos ya, los siguientes diestros: Sánchez Mejías, Joselito, Antonio Bienvenida, Cayetano y Gitanillo de Triana.

BELMONTE 1. (Mencheta). — Se lidiaron cinco toros de la ganadería de Garrudo para Alvaro Domecq, Curro Caro y Morenito de Talavera.

Primero.—Alvaro Domecq ciava dos rejones, que se aplauden, y después dos pares de banderillas magníficos. Cambia de jaca, y después de jugar con la res pone tres rejones. Pie a tierra realiza una faena vistosa, que corona con una estocada. (Ovación y oreja.)

Segundo.—Es muy pequeño, y por ello se suprime el tercio de varas. Tres pares de banderillas. Curro realiza una faena vistosa a base de molinetes y rodillazos. Mata de media estocada y se le concede la oreja.

Tercero.—Por igual causa que el anterior, se suprime el tercio de varas. Los dos matadores son aplaudidos toreando de capa. Morenito de Talavera pone un magnífico par al cambio. Con el trapo rojo da unos pases por bajo y después otros afarolados, adornándose con tocadura de pitones. Dos pinchazos y una estocada

delantera acaban con la res. (Palmas.)

Cuarto.—Tampoco salen los pinqueros. Tres pares de banderillas. Curro alinea una faena que termina con un pinchazo y media estocada.

Quinto.—Es más pequeño que los anteriores, y como a los primeros lances se cae, el presidente ordena que sea retirado al corral, para lo cual fué preciso levantarlo.

Quinto bis.—Es sacado al ruedo por los mansos desde los corrales, y es una mínima expresión de novillo. Morenito le pone tres pares al cambio y luego hace una faena por bajo intercambiando algunas manoleteras y rodillazos. Un pinchazo, un bajonazo y el descabello dan fin a la corrida.

Las reses, por orden de salida, pesan en canal: 137, 131, 142, 143 y 133 kilos, respectivamente.



Curro Caro

LLORENTE CORTA OREJAS EN SEVILLA

SEVILLA 1 (Mencheta). — Se lidiaron seis novillos de Andra y Hermanos, de Portugal, por Vicente Vega, Gitanillo de Triana, que sustituye a Manolo Cortés; Rafael Llorente y Rafael Martín Vázquez. Preside el funcionario municipal don Fernando Medina. La Plaza registra un lleno.

Primero.—Gitanillo lo lancea bien. Dos varas y dos pares de banderillas. Faena breve, con pases por bajo, para media y el descabello al segundo intento. (Palmas.)

Segundo.—Llorente lo saluda con cuatro lances y medio, que se aplauden, así como un quite por chicuelinas. El toro es bravo con los caballos. Cuatro varas y dos pares y medio. Llorente brinda al público. Empieza con pases de trasteo y saca varios en redondo, con la derecha, buenos. Sigue con molinetes, naturales y de pecho, sonando la música. Mata de una estocada, de la que sale cogido, sin importancia. (Gran

ovación, orejas y vuelta al ruedo. El toro en el arrastre también da la vuelta al ruedo.)

Tercero.—Vázquez lo lancea regular. El novillo hace una pelea brava con los caballos. Cuatro varas, una muy recargada, por lo que se llama la atención al picador Máquina. Tres pares. Martín hace una faena por bajo, en redondo y de otras marcas, y mata de dos pinchazos y una estocada. (Algunos aplausos. Se da al toro la vuelta al ruedo y se ovaciona al ganadero.)

Cuarto.—Gitanillo lancea regular, y Llorente quita por faroles temerarios. Cuatro varas y dos pares y medio. Gitanillo brinda al ganadero y hace una faena por alto, para media que basta. (División.)

Quinto.—Llorente no se luce en la capa. Tres varas. Dos pares y medio. Hace una faena por alto breve, para media caída. (Palmas.)

Sexto.—Vázquez es aplaudido en dos lances y media verónica. Tres varas y dos pares y medio. Vázquez trastea por bajo y termina de dos pinchazos y una que basta. (Siseo.)

Peso de los novillos en canal: 286,300, 264,200, 274,400, 273,300, 279,900 y 287,200.



Llorente

En Zaragoza destacó Bullido



Bullido

ZARAGOZA 1. (Mencheta). — Se celebró una novillada en la que se lidiaron ocho reses: seis de Domingo Ortega (antes Perladé) y dos de Bernardino Jiménez. Primero (de Ortega).—Parrilla verónica con arte y valor. (Palmas.) Tres varas y dos pares. Muleteado movido, pero valiente y adornado. Media entrando bien, y descabello a pulso. (Ovación.)

Segundo (de Ortega).—Paco Bullido es aplaudido en verónicas. Tres varas y dos pares. Faena adornada por naturales. (Música.) Sigue valiente, pero desligado, y mata de una estocada. (Ovación y oreja.)

Tercero (de Ortega).—Manolo Navarro se adorna con el capote. Cuatro varas y dos pares y medio. Navarro brinda al público y hace una gran faena, con pases de todas las marcas. (Ovación y vuelta.)

Cuarto (de Ortega).—Niño del Barrio II verónica valiente. Cuatro va-

ros y dos pares. Se adorna en la faena y mata de una estocada entera, siendo ovacionado.

Quinto (de Ortega).—Parrilla verónica, aplaudido. Cuatro varas y tres pares. Al hilo de las tablas, Parrilla realiza una faena por ayudados. Sigue con la izquierda por naturales y suena la música. Una estocada buena, un pinchazo y otra entera. (Ovación, petición de oreja y vuelta al ruedo.)

Sexto (de Ortega).—Al lanceador Bullido recibe un fuerte golpe. Es cogido el banderillero Fernando Usón y trasladado a la enfermería. Bullido continúa en la Plaza, cojeando algo. Dos varas y tres pares. Bullido realiza una faena de alivio, para un pinchazo y media estocada. (Aplausos al toro en el arrastre.)

Séptimo (de Bernardino Jiménez).—Navarro lancea bien. Cinco picotazos y tres pares. Muleteado Navarro con decisión, adornándose. Un pinchazo, un intento y el descabello. (Aplausos.)

Octavo (de Jiménez).—Se le fue el Niño del Barrio, seña adornada, y mata de una gran estocada. (Aplausos.)

Parte facultativa.—Durante la lidia del sexto toro entró en la enfermería el banderillero Usón, que sufrió contusión en la región lumbal, que le impide continuar la lidia.



Manolo Cortés, que ha visto truncada su enorme afición taurina a consecuencia de una grave cogida en Algemesí



El pequeño torero valenciano el primer día que paseó por la clínica en que estuvo hospitalizado a raíz de su primera cogida en Barcelona. Le vemos con Alejandro Montani y nuestro redactor Subirán

con que el torero chico de corazón grande había entretenido su larga y forzada quietud de gladiador herido. Ciñóse el fino batín al enflaquecido cuerpo y gozosamente, apoyado en nuestros brazos, bajó al jardín de la clínica:

—Ya te lo advertimos, Manolo, que no se puede torear lo mismo a todo lo que sale por el portón de los sustos...

—Si, tiene razón; pero cuando yo me veo en el ruedo, sólo veo las orejas del toro... y me da mucha rabia que se las lleve puestas para el desolladero.

—Además, te empeñas en cambiar con las cortas y tu talla no se presta mucho para asomarse al balcón...

—Pues mire lo que son las cosas: tres años he toreado sin picadores y me he hinchado de banderillar con las cortas, porque no sé hacerlo con las largas.

—Bien, haz lo que gustes, pero paso a paso, sin prisas, que al final pueden ser fatales.

—Es que quiero aprovechar bien esta temporada. Ya he ganado el cartel de Barcelona, y ahora lo que necesito es que me salga un toro en Madrid y cortarles las orejas.

—¿Y después?

—Después... que me den la alternativa en la feria de Valencia, en la stierrotas; sacar adelante a los míos y guardar unos «chavos» para

MANOLO CORTÉS o la víctima de una enorme valentía

No daba la menor importancia a los toros, y un corazón tan grande no cabía en un cuerpo tan pequeño

En una novillada picada de novelas, acompañado de dos novilleros más, tan desconocidos como él, hizo su presentación ante el público de Barcelona el novillero valenciano Manolo Cortés en la presente temporada. Los toros no se prestaron a florituras y los incipientes diestros poco pudieron hacer con ellos; pero de los tres, Manolo apuntó cosas tan buenas que se ganó la repetición. Y en ella le salió un toro aprovechable, y el chaval, de diecisiete años escasos, rabioso de palmas y de subir los empinados peldaños de la fama, armó verdadero escándalo y triunfó tan rotundamente que fué llevado a hombros desde la Plaza al hotel.

Sus largas cambiadas a la salida de toriles, sus espeluznantes verónicas, siempre rubricadas con la media arrollándose la trágica media luna a la cintura, nos hicieron concebir la casi desvanecida esperanza de que acababa de surgir el verdadero sucesor de Juan Belmonte, el «spasmo» de Triana. Se hizo del todo punto imprescindible en los carteles de las novilladas que todos los jueves se celebraban en Las Arenas, e hizo el milagro de que el coso taurino se llenara indefectiblemente cada vez que aparecía su nombre en los carteles.

No pudimos nosotros sustraernos a la impresión general y llegamos a clasificarlo, con excesiva precipitación, como futuro «fenómeno». Pero el rumbo del mismo cambió prontamente, porque Manolo Cortés venía con tanta «hambre» de toros que todo lo que le salía por los chiqueros lo toreada con la misma confianza y desmedida afición, por lo cual pisaba la zona de lo temerario.

En una de nuestras crónicas de EL RUEDO se lo advertimos lealmente, y Manolo, por lo que hemos visto después, poco caso hizo de nuestras advertencias. Y así le llegó el primer aviso, en el anillo de Las Arenas, con un manso de solemnidad, al que, después de hartarse de torear con la muleta, se empeñó en sacarle unas manoleteras; el resultado final fué una cornada grande y tres semanas de estancia en la clínica del doctor Oliver Gumá.

Allí fuimos a visitarle y a sermonearle en unión del peruano Montani, precisamente la mañana en que se le autorizó para abandonar el lecho y dar el «pasello» sin indumentaria aurífera. Sobre la mesilla de noche quedaron las novelas policíacas y la filarmónica



Manolo Cortés en el toro que hizo su debut en la Plaza de Las Arenas, de Barcelona. El valenciano en un buen pase de muleta

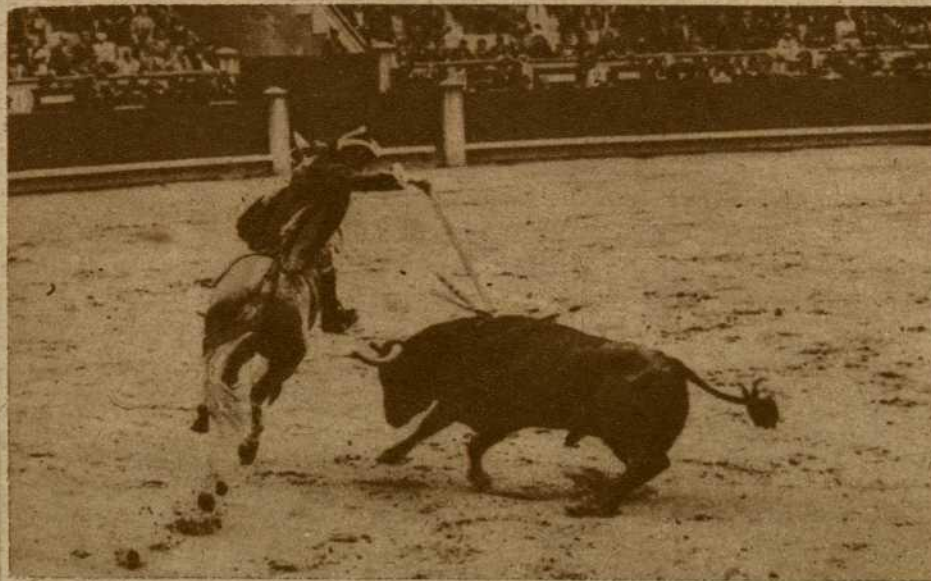
cuando no pueda seguir dando suelta a mi afición. Mientras nos hablaba, Manolo había recobrado fuerzas en sus piernas vacilantes.

—De aquí a una semana ya estaré toreado de nuevo.

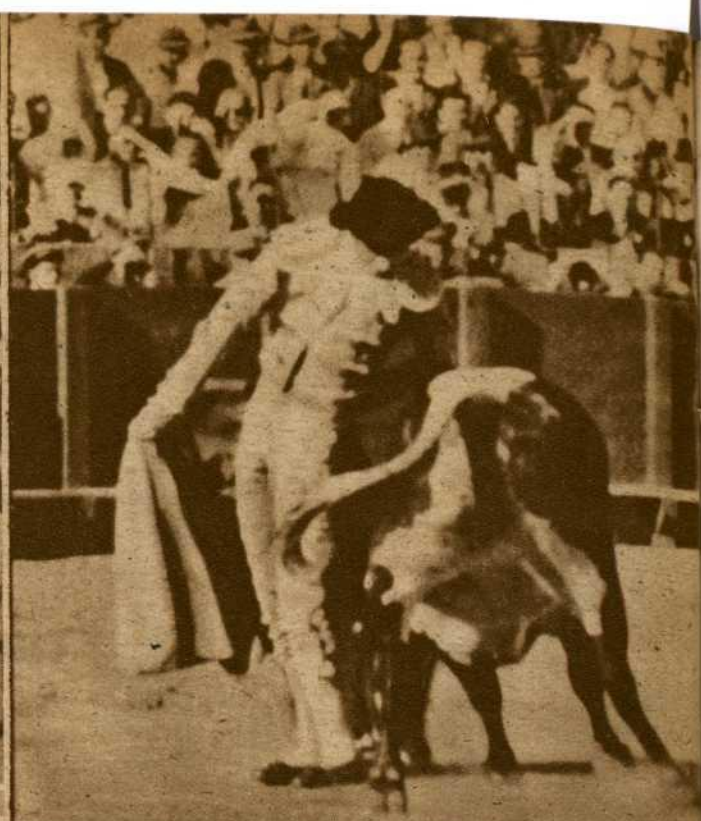
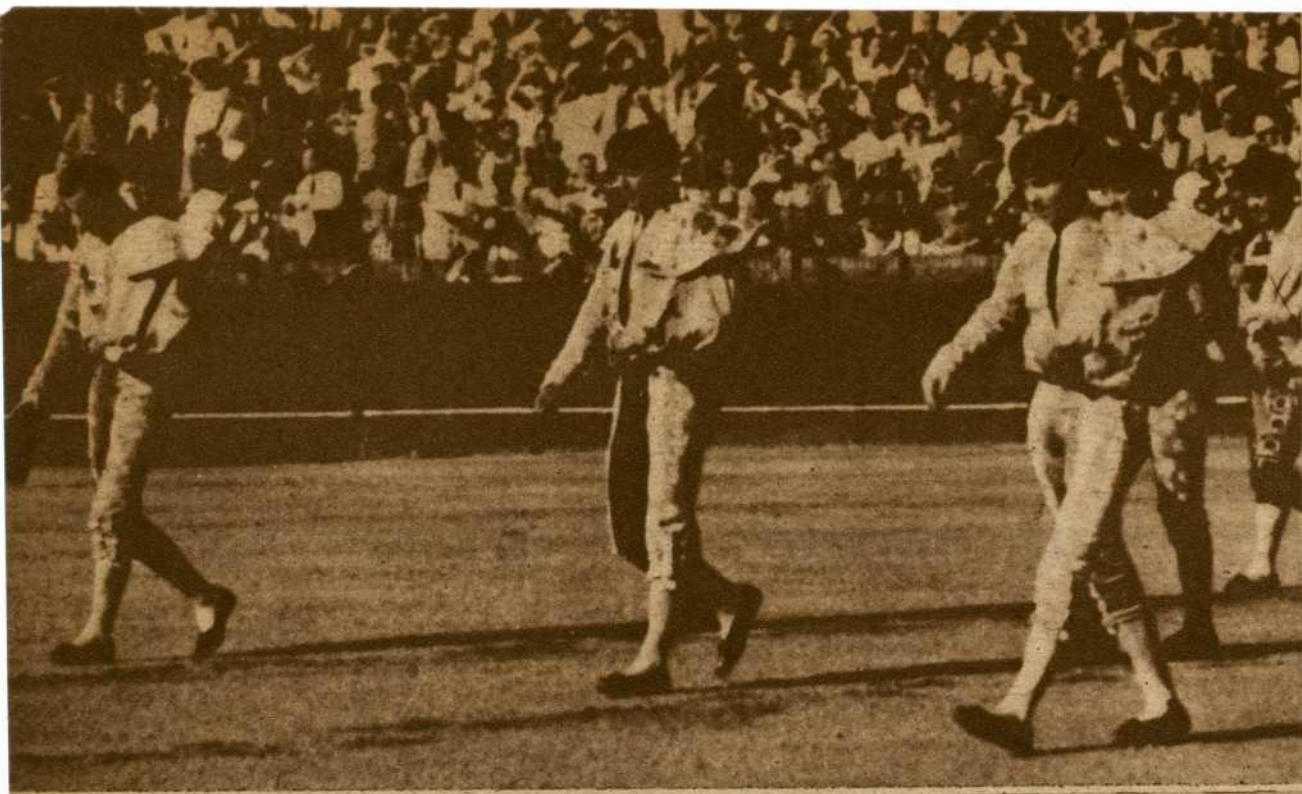
Ahora la ciencia lucha por salvarle la vida. La tragedia del toreo hizo carne en esta figura que se abría camino entre los novilleros. Manolo Cortés ha sufrido la amputación de la pierna izquierda.

Lo que le anticipamos en la clínica que pisó por vez primera, al recibir una cornada en el ruedo de Las Arenas, se ha cumplido. El valenciano, si, como parece, salva la vida, queda fuera de la práctica del toreo.

Sus esperanzas se han malogrado. El ansia de gloria deja fuera de la lucha a esta promesa de figura que por sus diecisiete años prometía llegar a la cumbre.



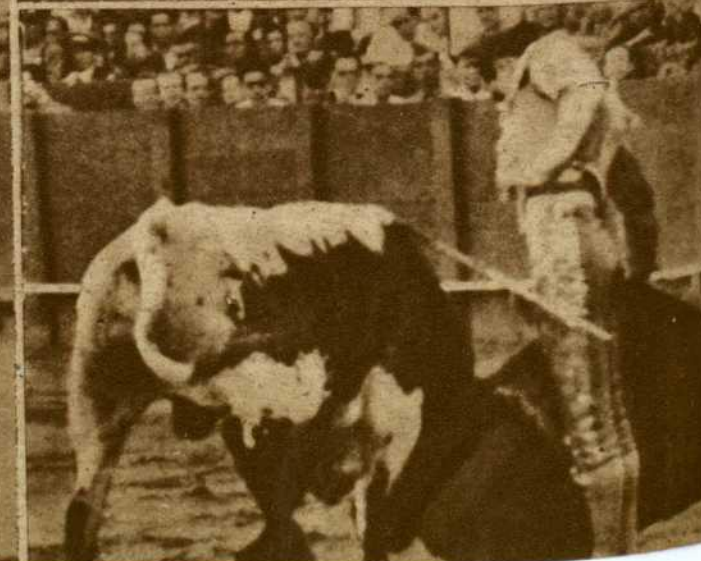
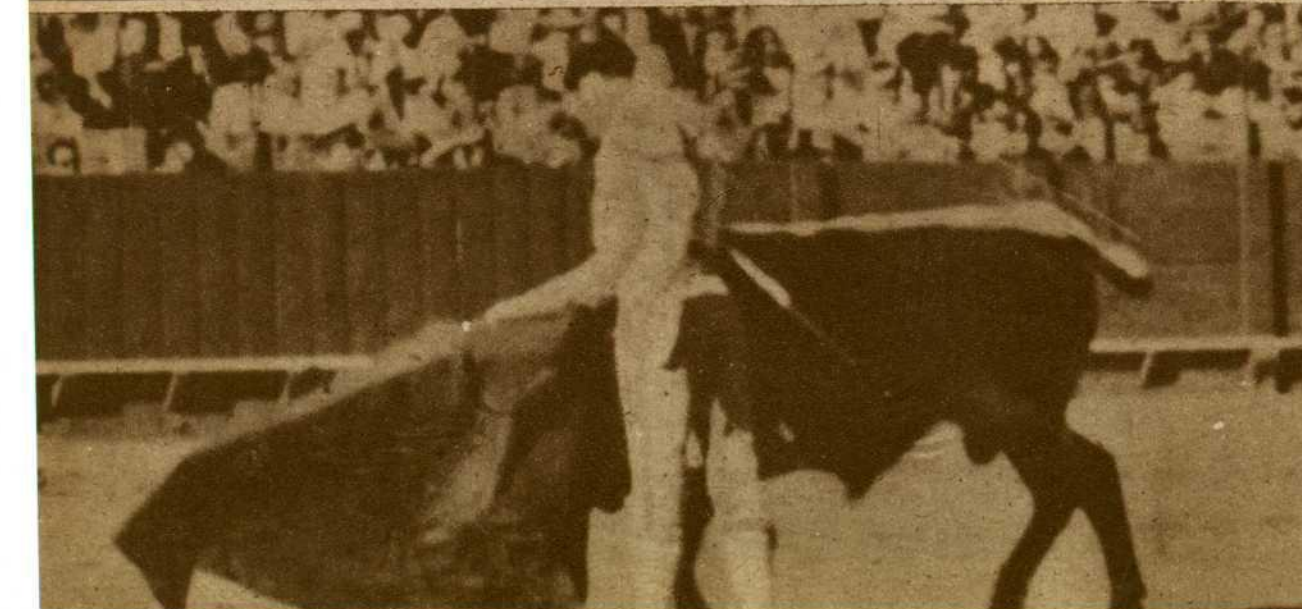
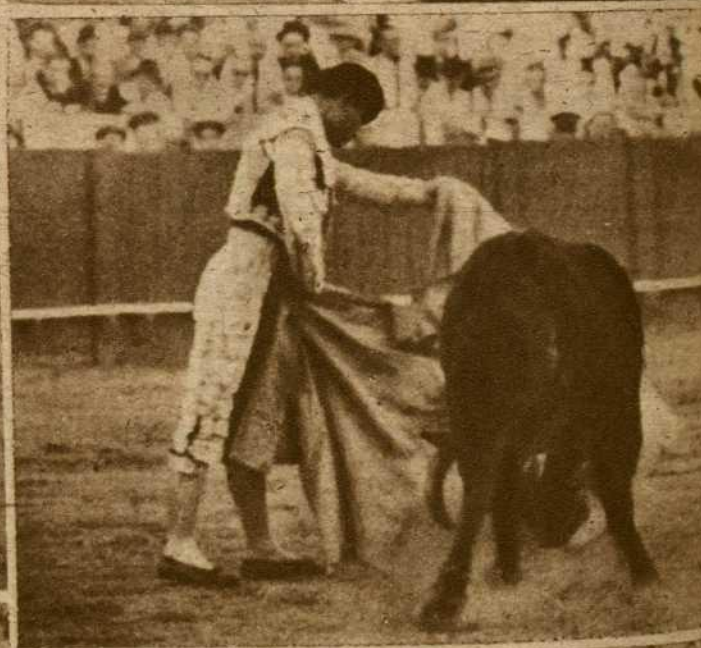
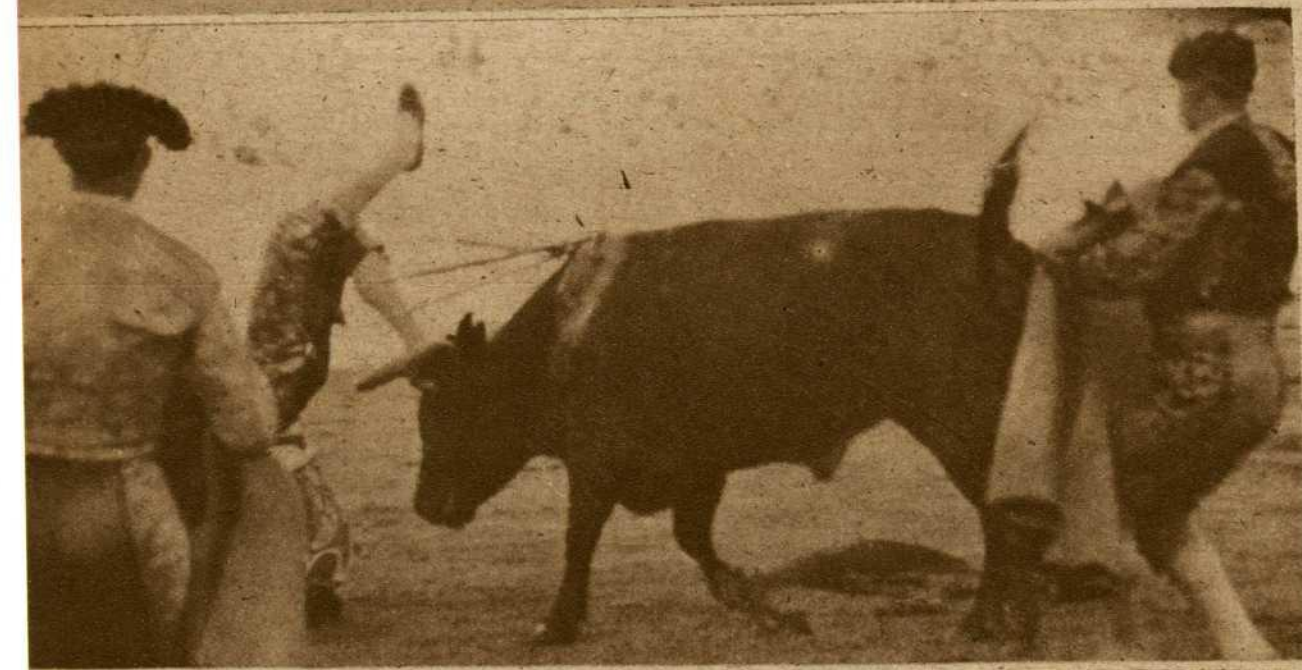
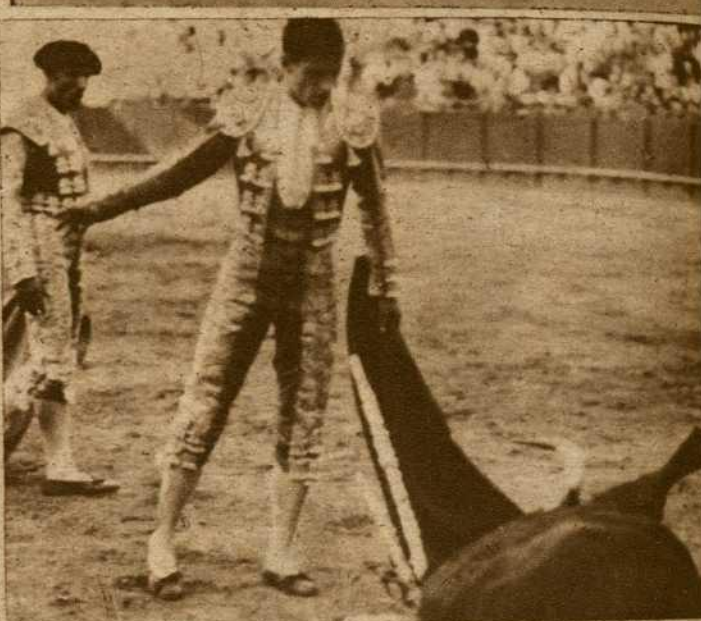
Caballo Armillita, en el que el rejoneador portugués Simao da Veiga hará el paseo en la corrida de toros del día 12 de octubre en la Plaza de Toros de Madrid, y que se regalará al público, adjudicándose al espectador que en el billete de su localidad tenga el número igual al del premio mayor del sorteo de la Lotería Nacional que se celebrará al día siguiente de dicha corrida



CARTEL DE SEVILLA

Toros de doña JULIA COSSIO para DOMINGO ORTEGA, CARLOS ARRUZA y ALEJANDRO MONTANI

Reproducimos en esta página unos momentos gráficos de la corrida celebrada en Sevilla, en la que resultó cogido Carlos Arruza, que se despedía del público español.—De arriba abajo: Las cuadrillas haciendo el paseillo.—Un momento de la cogida de Arruza.—Domingo Ortega pasando de muleta.—Arriba, a la derecha: El mejicano toreando de capa.—Carlos Arruza, después de su cogida, contempla el toro que le hirió y al que mató de una estocada.—Montani toreando de capa.—Carlos Arruza en su primer toro. (Fotos Luis Arenas.)





Herir con aviso.

(Dibujo de Perea)



ENRIQUE
SEGURA